





**GLOBALIZACIÓN Y SINDICALISMO (VOL. 1)**  
**PERSPECTIVAS DE LA GLOBALIZACIÓN**

DIRECTOR DE LA COLECCIÓN

Carlos Alberto Capa

COORDINADOR DE LA COLECCIÓN

Francesc J. Hernàndez

CONSEJO DE DIRECCIÓN

*Presidente:* Gregorio Marchán

*Vocales:* Salvador Piera, Abraham Canales,  
Carlos Alberto Capa y Antonio J. Martínez

COMITÉ ASESOR CIENTÍFICO

Lorenzo Cachón, Ernest Garcia, Carlos Prieto,  
Jorge Riechmann, Amat Sánchez y Dámaso Javier Vicente

**JOAQUÍN ARRIOLA (ED.)**

# GLOBALIZACIÓN Y SINDICALISMO

VOL. 1

PERSPECTIVAS DE LA GLOBALIZACIÓN

*Germania*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni la compilación en un sistema informático, ni la transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico o por fotocopia, por registro o por otros medios, ni el préstamo, alquiler o cualquier otra forma de cesión del uso del ejemplar, sin el permiso previo y por escrito de los propietarios del copyright.

© los autores, 2001

© de la presente edición: Germania Serveis Gràfics, s. l.,

Dr. José González, 99 - 46600 Alzira (Valencia)

E-mail: [germania@germania.es](mailto:germania@germania.es)

Printed in EU - Impreso en la UE

ISBN 84-89847-54-1 (O.C.)

ISBN 84-89847-55-X (Vol. 1)

Depósito legal: V-2831-2001

## ÍNDICE

Presentación.....	9
GREGORIO MARCHÁN	
Prólogo .....	11
JOAQUÍN ARRIOLA	
Épocas de poder .....	31
FRANCES FOX PIVEN Y RICHARD A. CLOWARD	
Democracia y mercados en el Nuevo Orden Mundial .....	47
NOAM CHOMSKY	
Globalización y pobreza.....	85
VANDANA SHIVA	
Nuestro siguiente programa: ¡Oximorón! La derecha intelectual y el fascismo liberal.....	101
SUBCOMANDANTE MARCOS	
El mercado mundial: un reto primordial para el sindicalismo (Capítulo 1º) .....	127
CIOSL	



## PRESENTACIÓN

La tarea formativa en CCOO ha tenido históricamente una importancia singular. Capacitar a los cuadros, delegados y delegadas se ha entendido siempre como una labor imprescindible en la consolidación de un proyecto autónomo, solidario, reivindicativo y eficaz para la defensa de los intereses de los trabajadores y trabajadoras.

Desde esta filosofía, la edición de materiales formativos o de estudios y análisis, que desde diferentes perspectivas ilustren y enriquezcan el debate sindical, se convierte en un esfuerzo constante en CCOO.

Así, esta publicación que tienes en las manos pretende aportar un empuje más a la construcción de un discurso que permita la mejora constante de las condiciones de vida y trabajo en un mundo globalizado.

GREGORIO MARCHÁN

*Secretario de Formación Sindical  
Confederación Sindical de CCOO*



# PRÓLOGO

JOAQUÍN ARRIOLA

En el mundo al revés, la libertad oprime: la libertad del dinero exige trabajadores presos de la cárcel del miedo, que es la más cárcel de todas las cárceles. El dios del mercado amenaza y castiga; y bien lo sabe cualquier trabajador, en cualquier lugar. El miedo al desempleo, que sirve a los empleadores para reducir sus costos de mano de obra y multiplicar la productividad, es, hoy por hoy, la fuente de angustia más universal. ¿Quién está a salvo del pánico de ser arrojado a las largas colas de los que buscan trabajo? ¿Quién no teme convertirse en un «obstáculo interno», para decirlo con las palabras del presidente de la Coca-Cola, que hace un año y medio explicó el despido de miles de trabajadores diciendo que «hemos eliminado los obstáculos internos»?

Y en tren de preguntas, la última: ante la globalización del dinero, que divide al mundo en domadores y domados, ¿se podrá internacionalizar la lucha por la dignidad del trabajo? Menudo desafío.

Eduardo Galeano

*Abril 2001*

## 1. QUÉ ES LA GLOBALIZACIÓN

Pocos términos han dado lugar a tantos libros y artículos y a tan escaso consenso sobre su significado como el de *globalización*. Según la OCDE, la expresión «globalización» en su sentido actual fue utilizada por primera vez en 1985, por Theodore Levitt en su *The Globalization of Markets*, para

caracterizar los amplios cambios acontecidos en las últimas dos décadas en la economía internacional –la rápida difusión a lo largo y ancho del planeta de la producción, consumo inversión y comercio en bienes, servicios, capital y tecnología.

Desde de entonces, este sentido del término, utilizado para designar los cambios estructurales más recientes, convive con otras acepciones del término, más concretas como sinónimo de mercados mundiales o incluso más abstractas, como su uso para designar las tendencias político-sociales dominantes (el poder de las multinacionales, la ideología neoliberal, la cultura norteamericana hegemónica a escala mundial...). Globalización es por tanto un término polisémico, que obliga cada vez que se utiliza a especificar en qué sentido se hace.

Confrontados a sus efectos, los sectores sociales mayoritariamente perdedores con este proceso han ido entendiendo que se trata de un fenómeno que afecta negativamente a sus condiciones de vida, quizá sin entender por qué es así, incluso asumiendo el axioma reaccionario pero de gran predicamento, que afirma que la globalización define el único mundo posible, y además es irreversible.

### *1.1. La globalización económica*

La globalización *económica* hace referencia a la formación de un mercado mundial, en el que circulen libremente los capitales financiero (dinero, préstamos y créditos internacionales, inversión extranjera), comercial (bienes y servicios) y productivo (mediante la segmentación de la producción en varios países, buscando maximizar ganancias y reducir costos, utilizando materias primas y mano de obra baratas).

Se trata de eliminar todas las trabas que los diferentes

países ponen a la entrada de capitales financieros y de bienes y servicios provenientes del extranjero.

La globalización es la culminación del proceso histórico de expansión del capitalismo y el efecto de sus propias leyes económicas: la centralización (compras, fusiones y adquisiciones) y concentración de capital (crecimiento por ventas y expulsión de competidores) a escala mundial.

La concentración y centralización de capital ha llegado a un punto en que los actuales mercado nacionales, incluso los más grandes (Japón, EEUU...) se han quedado pequeños para el volumen de producción de las mayores empresas, en sectores como el transporte, alimentación, químico, las industrias culturales, y sobre todo, para el volumen de fondos que pueden movilizar los grandes agentes financieros (bancos, fondos de pensiones, compañías de seguros).

Ante este problema de dimensión del mercado las grandes empresas se han volcado en generar una *sociedad de consumo de masas internacional*, lo cual tiene varias ventajas desde su punto de vista: les permite fragmentar internacionalmente a la clase obrera: una parte de la clase obrera textil alemana son los trabajadores de Singapur y Malasia de las empresas textiles alemanas; una parte de la clase obrera de la industria electrónica de los Estados Unidos son los trabajadores mexicanos o dominicanos en las plantas ensambladoras; sin embargo, los sindicatos del textil o de la industria electrónica sólo representan a los trabajadores que viven dentro del territorio nacional de EEUU.

Por otro lado aumenta la capacidad de consumo de una franja minoritaria de la población de los países pobres (profesionales, empleados públicos, empleados de multinacionales), un sector reducido de la población pero suficiente para hacer rentable el comercio internacional de productos de alto valor agregado e incluso la comercialización interna de parte de la producción de las multinacionales. Estos nuevos consumidores sustituyen a los nuevos pobres que aparecen

en los países desarrollados, como consecuencia del aumento del desempleo —el ejército industrial de reserva— necesario para permitir un mejor control de los trabajadores de los países desarrollados.

El objetivo último de la globalización económica y de la nueva división internacional del trabajo es dotar al capital de una flexibilidad mucho mayor que antes para mantener su tasa de ganancia y elevar la rentabilidad, facilitando la circulación del capital a escala mundial.

La globalización no deja de generar problemas para el capital: la quiebra en la que se ven sumidas muchas empresas por la desregulación y apertura súbita de los mercados a la competencia internacional (como ocurrió en España después de 1986). También se produce una contradicción entre el capital productivo (que necesita tasas de interés bajas) y el capital financiero (que impone tasas de interés altas). La hegemonía del capital financiero durante los años ochenta y noventa se ha traducido por una transferencia masiva de recursos desde el sector productivo hacia el financiero.

La tendencia a la centralización y concentración del capital y los nuevos procesos de producción (fragmentación de los procesos productivos, producción flexible) está modificando también la relación entre las empresas según su tamaño: las pequeñas y medianas empresas industriales tienden a convertirse en subcontratantes de las grandes, pues los volúmenes de inversión iniciales requeridos para participar en la producción y comercialización en la mayoría de las ramas industriales (química, metal, automóvil, bienes de equipo...) son cada vez mayores. Las pequeñas inversiones sólo se pueden hacer en actividades subordinadas a los grandes procesos de producción multinacionales (fabricación de piezas y componentes, maquila, etc.). Algo parecido ocurre en el comercio, donde las pequeñas empresas de distribución se encuentran subordinadas a los precios que les fijan las grandes empresas productoras o distribuidoras. Tan sólo en los

servicios personales se mantiene un espacio para las pequeñas inversiones.

## 1.2. La globalización sociopolítica

Hay otra dimensión de la globalización que sí está avanzando rápidamente: en materia ecológica hay problemas regionales (como la lluvia ácida o la contaminación del aire, tierra y agua) pero también hay problemas mundiales (como el estrechamiento de la capa de ozono, la reducción de la biodiversidad y el recalentamiento de la atmósfera).

En la medida en que las nuevas tecnologías y los procesos de apertura externa facilitan la movilidad del capital, éste aprovecha para colocar sus producciones más contaminantes en aquellos países con menores controles ambientales. Incluso se produce un traslado masivo de residuos contaminantes de unos lugares a otros, para colocarlos finalmente allí donde la sociedad está menos organizada y cuenta con menos recursos legales y políticos para informarse y oponerse: los países pobres se convierten así en receptores de los residuos contaminantes de los países desarrollados.

Pero los principales problemas son los que afectan directamente a los sectores empobrecidos del planeta: aparecen nuevas formas de pobreza, vinculadas a la *exclusión* de participar en la nueva división internacional del trabajo: los pobres de los países ricos son cada vez más jóvenes, porque los parados son sobre todo jóvenes. Y la pobreza en los países de la periferia no deja de aumentar y genera una quiebra total de la sociedad y las instituciones en aquellos países que no cuentan en los planes de aprovisionamiento o de producción de las multinacionales,

En general, la globalización va de la mano con un aumento de la *desigualdad*, que en los países empobrecidos es la que se da entre los propietarios del capital y los gestores

del sistema por un lado y las mayorías populares por otro: podemos identificar a los pobres y a los que no lo son, porque estos últimos son sujetos de crédito, tienen acceso a los bancos como clientes grandes o pequeños, y aquéllos no.

La centralización del poder económico y político en manos de los grandes capitalistas propietarios de las empresas multinacionales contribuye a reforzar el carácter oligárquico de los sistemas democráticos, hasta el punto de que en los países donde la democracia es más frágil, por reciente o por el atraso educativo de la población, el estado está exclusivamente al servicio de los intereses de una minoría que controla toda la riqueza del país: a eso es a lo que se le denomina «neoliberalismo».

El proceso de globalización aumenta la polarización entre ricos y pobres y profundiza el *desarrollo desigual*. Las desigualdades van en aumento entre los países, los países ricos se vuelven cada vez más ricos y los pobres cada vez más pobres. El control de la tecnología es la clave de la desigualdad que se genera en el comercio internacional: los productos de alta tecnología cuestan trabajo pero se venden más caros que los que incorporando más trabajo, utilizan una tecnología más sencilla. De este modo, aunque el capital tenga un precio cada vez más parecido en todo el mundo, por la globalización financiera, el trabajo se paga de forma muy diferente en unos países y otros.

El control de los recursos financieros por su parte permite a las grandes empresas de los países ricos apoderarse de las empresas de los países pobres y de sus riquezas naturales –a eso se le denomina «ajuste estructural»–. Empresas como Telefónica, Renfe, Repsol, Endesa, Iberdrola, o los grandes bancos españoles, se apropian en muchos casos a precios inferiores al valor contable actualizado de las empresas de telecomunicaciones, transporte, energía de los países de Iberoamérica, o de los ahorros de los trabajadores. Los beneficios de esas actividades se reinvierten en una propor-

ción muy inferior a la que se acostumbra en España, y se transforman en plusvalía que fluye desde las Américas hacia los países desarrollados. Precios similares, peores servicios y un negocio muy lucrativo para el capital extranjero, pero poco beneficioso para las poblaciones locales.

Teóricamente, en la medida que avance el proceso de globalización, se deben ir diluyendo las fronteras económicas, y entre éstas, las que separan las condiciones de vida y de trabajo de unos países a otros: la unificación del mercado de trabajo a escala mundial en algún momento deberá significar la igualación de las condiciones de los trabajadores en todo el mundo. Probablemente esto signifique un deterioro de las condiciones de vida de los trabajadores en los países desarrollados, y una mejora de las condiciones de vida de los trabajadores de los países subdesarrollados que se incorporen a la nueva división internacional del trabajo. Especialmente en los países ricos, esto sólo se puede llevar a cabo mediante una verdadera contrarrevolución social, que elimine cualquier rastro de poder de los trabajadores en los Estados nacionales. Esto sólo sería posible eliminando completamente la democracia de esos países. Esto solo se puede lograr mediante profundas convulsiones sociales, que convertirían a las guerras mundiales de este siglo y a la lucha contra el fascismo en una pelea de niños.

La libre movilidad de la fuerza de trabajo es imposible bajo el capitalismo, pues el sistema no puede funcionar sin mecanismos de coerción sobre los trabajadores. El desempleo, las diferencias de remuneración en función de la cualificación que muchas veces es solo un distintivo de estatus social, pero no un factor vinculado realmente a la productividad (es igual de productivo un maestro de obra que un ingeniero, pero aquel recibe un salario muy inferior; es igual de productivo un maestro de primaria que un licenciado de secundaria, pero la remuneración es diferente; la especialización de conocimiento es la misma en un sicólogo-

go que en un abogado, pero este tiene mayores ingresos que aquél, etc.).

### *1.3. La globalización cultural*

La unificación de los mercados de trabajo se enfrenta también a las diferencias culturales, de idioma, de clima, etc., que impide que las condiciones de unos trabajadores en la misma rama de producción pero en diferentes lugares, sean las mismas.

La unificación del mercado de trabajo en ningún caso se puede hacer igualando las condiciones de los trabajadores de los países desarrollados, porque los niveles de consumo que eso significaría no pueden ser soportados por los recursos existentes en el planeta.

Por todo eso es bastante improbable que la globalización del capitalismo se pueda dar de forma plena. Aunque cada vez está más presente en el mundo y abarca nuevas dimensiones, aún no existen las condiciones para la constitución de un sistema productivo mundial único. Esto genera un cúmulo de contradicciones y de tensiones, que no permiten predecir si los procesos de globalización llegarán a término o serán revertido por algún tipo de convulsión social ligado a otras tendencias también presentes en la escena mundial (los procesos de regionalización y conformación de bloques económico-militares apuntan a este otro escenario posible).

### *1.4. La globalización y las luchas populares*

Con todo, la globalización no tiene porqué ser un fenómeno negativo. No es cierto que sólo a escala local se puedan resolver los problemas de la gente: la cuestión no es el

tamaño de la economía a regular, sino el reparto del poder para tomar las decisiones.

Si el proceso de globalización avanza desde la esfera financiera a la producción y a la distribución, de la economía a la política y la cultura, si «los de abajo» no están informados y organizados para responder a escala global a estos desafíos, se facilita la centralización el poder en manos de quienes si están participando activamente en la globalización: los grandes capitalistas, los tecnócratas internacionales, las burocracias de los organismos multilaterales...

Por eso, para enfrentar la actual globalización desde un propuesta de modelo social más justo, más democrático y más libre, necesitamos lo que alguien denominó una *perestroika de los pobres*, un nuevo pensamiento alternativo. Los procesos de cambio en el mundo se iniciaron con una fuerte batalla contra las ideas favorables a los pobres de la tierra: la teoría de la dependencia fue excluida por la fuerza de las armas (Chile) o por la fuerza del dinero (subvenciones, becas para estudiar en EEUU) de las universidades y centros de investigación de América Latina. La ola neoliberal se encargó, con el dinero de las multinacionales y de los gobiernos de los países desarrollados especialmente de EEUU de convencer a la opinión pública de que el único sector de la sociedad capaz de gobernar adecuadamente son los empresarios. Que cualquier política que no reforzara los intereses de los empresarios, era una política ineficiente y antinacional.

Al mismo tiempo, las políticas neoliberales arrasaban con toda una categoría de medianos empresarios en nuestros países, incapaces de competir en las condiciones de desigualdad con los grandes empresarios que dominan los mercados internacionales. Los sectores populares fueron convencidos de que en lugar de organizaciones reivindicativas de masas, tenían que crear organizaciones educativas o productivas financiadas con fondos externos (ONG).

La crisis de la política en realidad se transformó en la desaparición de los políticos defensores de los intereses populares, pues los otros sectores sociales permanecieron con sus partidos, le arrebataron partidos a los sectores populares o crearon sus nuevos «partido-fujimori» de ocasión. Esta situación facilitó la llegada de la versión pobre de la globalización a esos países: venta de empresas públicas a las multinacionales, entrega del control de la política económica a los organismos multilaterales (FMI, BID, Banco Mundial), etc.

Para contrarrestar esta situación hace falta reforzar la capacidad de análisis, de interpretación de la realidad, para dotar a los sectores sociales populares de nuevas propuestas de cambio, de nuevas ideas con las cuales enfrentar los procesos de empobrecimiento y de pérdida de poder que acompañan a la globalización.

En esta perspectiva, y pensando en un actor fundamental de las luchas populares como es el movimiento sindical, hemos preparado esta selección de textos que presentamos en tres volúmenes.

## 2. CRITERIOS PARA LA SELECCIÓN DE TEXTOS

En el primero de los tres volúmenes de esta obra recogemos diversas reflexiones sobre el contenido de la globalización en sus múltiples dimensiones.

La contraposición entre globalización y poder estatal ha dado lugar a un largo debate, al cual nos introduce el artículo de Frances Fox Piven y Richard Cloward. ¿Hasta qué punto la globalización supone una ruptura con las formas de dominación y de acumulación existentes antes de los años ochenta? En su artículo los autores muestran cómo se puede argumentar desde una toma de posición, sin haber encontrado necesariamente una respuesta definitiva. Lo que quere-

mos resaltar aquí es la importancia de analizar y adoptar una posición en el diagnóstico de los fenómenos sociales contemporáneos, pues de la misma se derivará la orientación esencial de las luchas emancipatorias actuales y futuras: los objetivos inmediatos y de largo plazo, las alianzas sociales, los programas reivindicativos, las formas organizativas que se consideren más adecuadas, los interlocutores sociales... no es casualidad si este debate se está desarrollando sobre todo en Gran Bretaña y en Estados Unidos, allí donde más duramente ha golpeado la política de la globalización (el neoliberalismo) al poder de la clase obrera organizada y en el centro neurálgico de las nuevas o no tan nuevas tendencias globalizadoras.

El artículo de Noam Chomsky nos introduce en una posible lectura del actual proceso de globalización: ¿no nos encontramos más bien en una nueva fase del dominio económico, militar y cultural de los Estados Unidos? La pretendida pérdida de sustancia de los Estados-nación, no es más bien un proceso de subordinación creciente de los Estados al poder de EEUU? En este caso, la globalización no sería sino una nueva versión de que lo que antaño denominábamos imperialismo, ahora bajo una nueva forma de hegemonía global de unos intereses locales: el americanismo como modelo cultural, social y económico.

Vandana Shiva explica cómo, en todo caso, la globalización es real, y afecta a las formas de vida y culturas subordinadas en sus propios fundamentos. Como señala esta autora, la economía global, con su lógica del beneficio mercantil aplicada a todos los procesos y situaciones sociales, es una amenaza a la sustentabilidad ecológica del propio sistema al perseguir de forma consciente la extinción de la diversidad cultural y biológica del planeta.

La reflexión del subcomandante insurgente Marcos pretende desvelar la dialéctica de la globalización con otros recursos semánticos: la globalización es una expresión de la

cara más dura del capitalismo, y si no se percibe como tal, parte de la responsabilidad recae en los intelectuales orgánicos del sistema global, que nombran para ocultar, que señalan el reflejo para desviar la mirada de la imagen de lo real, que sustituyen para mixtificar. La lucha contra la globalización es la lucha contra la versión postmoderna del imperialismo, y es por tanto la nueva lucha contra el viejo capitalismo que sobrevive tras el descrédito del socialismo en una permanente lucha ideológica que a menudo no es entendida por los propios actores sociales que reaccionan contra el sistema, y que por ello termina con frecuencia disolviéndolos por fragmentación, o disecándolos por ineficacia.

Con una frecuencia que raya en el ataque organizado, el movimiento sindical es presentado como una institución del viejo sistema de poder capitalista, excesivamente articulado al modelo de regulación de la economía bajo la dirección del estado nación, y por lo tanto poco o nada adaptado a las nuevas condiciones de la globalización. Sin embargo, el movimiento sindical está realizando un importante esfuerzo de comprensión de las nuevas realidades y de adaptación de su estrategia a la nueva situación. Por eso, pese a su tamaño superior al resto de los textos seleccionados, hemos querido incorporar la reflexión que la *Confederación Internacional de Organizaciones Sindicales Libres* (CIOSL) viene realizando en los últimos años, a partir del documento de base del XVI Congreso Mundial, donde se reflexiona sobre el mercado mundial.<sup>1</sup>

La lectura de este documento puede ayudar a entender porqué el sindicalismo internacional debe aportar respuestas urgentes a las demandas de los trabajadores de la periferia

---

<sup>1</sup> La primera parte de dicho informe, más descriptiva, se incluye en el primer volumen, y el resto del documento, junto con las grandes líneas del programa sindical global contenido en las propuestas del XVII Congreso Mundial «Globalizar la Justicia Social».

del sistema, tanto a la que denominamos coloquialmente «tercer mundo», donde trabajan actualmente cerca de 400 millones de trabajadores industriales (frente a unos 120 millones en los países desarrollados; solo en China hay casi tantos trabajadores industriales como en todos los países de la OCDE), como a las *nuevas periferias* que se están formando en los propios países desarrollados: inmigrantes, mujeres (30 millones de trabajadoras industriales en los países centrales, más de 130 millones en los países de la periferia). Ahí se encuentra la base de un futuro sindicalismo renovado, y en la falta de respuesta a estos sectores, se encuentra la definitiva pérdida de protagonismo social del que sigue siendo el movimiento social más amplio y de mayor incidencia de todo el mundo.

De este primer volumen se desprende una primera constatación: la globalización es real; la globalización está dominada por el capital, y los sectores sociales dominados precisan desarrollar alternativas a todas las dimensiones del proceso. En este sentido, el «internacionalismo» se presenta como una propuesta que surge del movimiento obrero, que se abandona con el auge del nacionalismo y del imperialismo a principios de siglo, pero cuya recuperación actual permite presagiar un *neointernacionalismo*, que, con nuevos actores y propuestas, sea capaz de confrontar le desafío neoliberal de la globalización actual.

En el volumen segundo, los dos primeros textos aportan diferentes perspectivas sobre esta necesidad. Michael Löwy constata como en los últimos años se ha ido generando un movimiento de resistencia contra la ofensiva capitalista neoliberal. Si ésta cristalizó en el proceso de globalización vigente, la reacción contra éste deberá cristalizar a su vez en un nuevo internacionalismo, que recupere y actualice el carácter universalista y humanista del internacionalismo obrero. Las mutaciones sociales y económicas de las últimas décadas impiden sin embargo que la renovación del interna-

cionalismo pueda realizarse exclusivamente por las fuerzas sindicales y políticas del movimiento obrero de tradición socialista en sentido amplio. Ahora, existen nuevas sensibilidades internacionalistas de vocación planetaria, que aportan nuevas categorías, sensibilidades y propuestas de actuación al movimiento emancipador. Una clarificación que comienza a darse es la que permite distinguir cuales de estos movimientos y organizaciones tienen una vocación claramente antiimperialista. Y cuales están en proceso de ser integrados en el orden global neoliberal dominante.

Por su parte, Peter Waterman identifica en el proceso de globalización neoliberal una trayectoria de dominio institucional que va de los Estados a las multinacionales, pero que deja de lado, marginando y subordinando, a la población. Por eso, sus propuestas se orientan a identificar nuevos códigos y referencias comunes a la compleja y dispersa red de movimientos, organizaciones y expresiones de resistencia que se manifiestan en uno u otro lugar del planeta, frente a una u otra expresión de las nuevas formas de dominio y hegemonía del capital. La articulación en red de estas expresiones de rechazo y resistencia, a través del reconocimiento mutuo y el desarrollo de nuevas formas de expresión, de lucha y de propuesta, debería abocar a la constitución de una sociedad civil global, expresión de un poder articulado desde abajo frente al poder desde arriba que se forma en la red de los Estados, instituciones internacionales y multinacionales.

El movimiento sindical internacional ha heredado de la guerra fría unas estructuras poco funcionales, con escasos medios y autonomía, y se está construyendo en todo caso con grandes dificultades operativas, fuerte dependencia institucional y escaso dinamismo militante. El hasta hace poco secretario general de la UITA, Dan Gallin, realiza un repaso a las principales características de la globalización económica le lleva a concluir que la agenda del sindicalismo global

no se reduce exclusivamente a la negociación colectiva, sino que pasa previamente por la creación de las condiciones de entorno que permitan dicho marco de relaciones laborales. De este modo, la lucha por la democracia, la defensa activa de los derechos humanos, o la lucha por los derechos de ciudadanía con alcance universal, es parte irrenunciable de la agenda del movimiento sindical, en la hora en que como los múltiples ejemplos que su artículo aporta, los propios gobiernos democráticos tienen como preocupación prioritaria el fortalecimiento de las medidas de control policiaco contra la globalización de las personas, en defensa de la globalización del capital. Dan Gallin advierte con claridad que el nuevo sindicalismo global, o incorpora una participación mucho más activa de las bases en las luchas globales, y de la dimensión global de los problemas en las plataformas reivindicativas de los afiliados, o no dejará de perder posiciones. Y tampoco debe caer en saco roto su advertencia contra los peligros del *eurocentrismo sindical*, cuando la estructura de las empresas dominantes es mundial, no regional.

Richard Hyman profundiza en la misma herida; pero ve sin embargo una ventana de oportunidad en las nuevas condiciones del capitalismo global, allí donde otros sólo ven amenazas y riesgos de pérdida de identidad colectiva del sindicalismo. Pero siempre que las organizaciones sindicales hagan un reconocimiento adecuado de los cambios que se están operando en la estructura de la fuerza de trabajo, y se reaccione dotando a los trabajadores de nuevos instrumentos para confrontar los desafíos ideológicos a los que les someten los medios de adoctrinamiento masivo de la opinión pública, pues los problemas ideológicos de los trabajadores no son menores que los problemas materiales, y la innovación sindical pasa por afrontar con brio la lucha de ideas. El artículo de Hyman aporta los elementos iniciales y las referencias fundamentales para realizar esta reflexión al interior de las organizaciones sindicales, constatando que en todo caso,

que la supervivencia de los sindicatos pasa por reinventarse a sí mismos, por encontrar vías de superación de la agenda tradicional y estándar, por introducir las propias estructuras en una dinámica de flexibilidad, solidaridad, democracia, sentido de la oportunidad, solidez ideológica y sentido de pertenencia y comunidad. Sugerencias bastante alejadas del sindicalismo tecnocrático, aséptico, diplomático y jerarquizado que en ocasiones se postula, en una orientación tan conservadora como orientada al fracaso a medio plazo.

En este segundo volumen ya se han empezado a escuchar algunas voces que invitan a situarse frente a la globalización como desafío y con perspectiva histórica, no solo coyuntural. En el tercer volumen se ha querido insistir en presentar las opiniones de las organizaciones sindicales, en particular de la que como dice Dan Gallin, es a efectos prácticos la sola representación del sindicalismo internacional, la CIOSL.

Los textos de Juan Somavía y Bill Jordan reproducen las conferencias introductorias a una experiencia muy interesante de debate abierto, utilizando las nuevas tecnologías de la comunicación, que se llevó a cabo con el apoyo de la OIT y la CIOSL en los últimos años del siglo pasado y en el cual participaron más de 800 sindicalistas y académicos de todo el mundo. Ambos reconocen la necesidad de una repolitización de las organizaciones sindicales y una ampliación de sus agendas, más allá de la negociación colectiva, para que puedan ser considerados interlocutores en representación de amplios intereses sociales. Las normas laborales acordadas en la OIT suponen una plataforma de intervención muy importante en la lucha por la mejora de las condiciones de trabajo a escala planetaria, y como fuente de inspiración para nuevas propuestas de desarrollo económico y social, ante el fracaso de los programas neoliberales en la consecución de un desarrollo sostenible y justo.

Al mismo tiempo, la experiencia única de dicha organización, como marco de encuentro y participación de los

estados, el capital y el trabajo, contrasta con el carácter anti-democrático de la mayor parte de las organizaciones multilaterales, en particular las que tienen alguna responsabilidad en la financiación de las economías de la periferia y en la gestión de las políticas económicas, como en FMI, el Banco Mundial o la Organización Mundial de Comercio.

La CIOSL y los Secretariados Profesionales Internacionales deben incorporar con más fuerza entre sus cometidos, la articulación con otras organizaciones representativas de los sectores sociales perjudicados por la globalización neoliberal, para demandar unas instituciones y una agenda internacional más democráticas y socialmente equitativas.

El artículo de Joaquín Arriola pretende situar los textos sindicales «oficiales» que vienen a continuación, en un análisis de los avances y limitaciones de la práctica internacional del sindicalismo oficial de la CIOSL. Los análisis sin duda van mejorando la percepción de la globalización desde su carácter clasista y concentrador del poder y la riqueza a escala mundial. Pero la herencia del pasado puede ser muy fuerte, y la reconversión de una maquinaria que arrastra muchos vicios desde su origen como instrumento de parte en la época de la guerra fría, y el nacionalismo que impregna la práctica de la mayoría de las organizaciones sindicales del mundo, pueden conjuntarse para limitar el alcance de las organizaciones actualmente existentes como expresión de un nuevo internacionalismo obrero.

El diagnóstico que ha venido elaborando la CIOSL en los últimos años está reflejado en el capítulo segundo del informe sobre el «Mercado Mundial», que reproducimos en el volumen tercero. Se trata de un esfuerzo de síntesis de lo que debería ser una agenda política alternativa, aprovechando los pocos espacios institucionales que se abren a la consideración de las necesidades de las mayorías sociales del planeta: la Cumbre Social de Copenhague (1994), o la OIT. El capítulo tercero aporta algunos elementos imprescindibles

bles para hacer avanzar dicho programa alternativo: lucha sindical, visión compartida, apertura a nuevos sectores sociales tradicionalmente ajenos a la vida sindical, etc.; sin embargo, el mismo texto deja traslucir algunas de las debilidades del movimiento sindical internacional: al afirmar que el verdadero poder lo detentan «los mercados financieros», se difumina la responsabilidad política de los gobiernos, no sólo de la derecha, que han impulsado las reformas neoliberales. Al presentar los datos del deterioro generalizado de las condiciones de vida de trabajo, no se analiza con igual fuerza la lógica profunda del proceso que ha conducido a esta situación. Puesto que ese deterioro resulta funcional al funcionamiento del sistema y al logro del objetivo básico del actual proceso económico; la decisión política fundamental no fue «priorizar la baja inflación frente al bajo desempleo» sino más bien buscar la maximización del beneficio a costa de reducir la participación de los trabajadores en el producto social. Es decir, la evolución de la economía es en última instancia el reflejo de la pérdida de poder de los trabajadores –en las fábricas, en los estados, en el campo de las ideas y de la formación de la opinión pública– que ha tenido lugar mediante cambios estructurales que hacen inviable un programa que pretenda la reconstrucción de los «estados de bienestar», modelo que sigue enmarcando las reflexiones del sindicalismo internacional, como un pasado idolatrado que dificulta el dedicar la atención a construir el futuro.

¿Cuánto ha avanzado la práctica y el pensamiento del sindicalismo internacional en los años más recientes? La síntesis de las reflexiones del congreso de Durban en 2000 permite intuir algunos énfasis nuevos: el cambio de rumbo es más una cuestión política que de propuestas regulatorias; la profundización del sistema democrático, más allá del corsé de las democracias de participación exclusivamente electoral, controlada y dosificada; colocar en el centro de las reivindicaciones la agenda de las mujeres, de las mayorías

empobrecidas de los países de la periferia, de los inmigrantes en los países desarrollados; abordar la negociación con las multinacionales en el espacio global, y no desde los sindicatos nacionales descoordinados y cada uno con su propia plataforma... son ideas que apuntan en una nueva línea. Falta por ver si se está en condiciones de realizar lo que se reclama en la última parte del documento, y que queda como una propuesta para el futuro: «una reforma estructural efectiva en el movimiento sindical internacional, basada en el análisis de las fuerzas y flaquezas de las estructuras actuales». Al igual que en los organismos internacionales, donde son los estados nacionales (sobre todo Estados Unidos) quienes deciden las orientaciones básicas y la estructura de los mismos, en el sindicalismo internacional es por decisión de los sindicatos nacionales que se avanzará en la globalización de la lucha sindical. Que los afiliados estén más y mejor informados de los contenidos, alcances y desafíos que representa la globalización, será una condición fundamental para que las propuestas de cambio organizativo en el sindicalismo internacional cuenten con el respaldo activo de los afiliados, y permita al sindicalismo convertirse en un actor de primera magnitud en el escenario político, económico y cultural global.

En la selección de textos, hemos escogido autores de dentro del movimiento sindical (Bill Jordan, Dan Gallin, CIOSL), de su entorno (Frances Fox Piven y Richard A. Cloward, Richard Hyman, Peter Waterman, Juan Somavía) o situados más o menos al margen del mismo (Noam Chomsky, Vandana Shiva, Marcos, Michel Löwy), pero todos ellos con un denominador común: el esfuerzo por contribuir a encontrar propuestas alternativas de reflexión y acción para las mayorías empobrecidas, explotadas y alienadas del planeta, perdedores absolutos o relativos de esta globalización en marcha. Que así sea.



## ÉPOCAS DE PODER

FRANCES FOX PIVEN Y RICHARD A. CLOWARD

Durante los últimos años un gran desafío se ha ido relatando en las páginas de *Monthly Review* (MR) el argumento –prevalciente tanto en la izquierda como en la derecha– de que la globalización y el cambio tecnológico se han combinado para llevarnos a una nueva época. Ellen Meiksins Wood<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> Ellen Meiksins Wood: «Modernity, Postmodernity, or Capitalism?» *Monthly Review*, vol. 48 n° 3 julio-agosto 1996; Doug Henwood: «Post What?» *Monthly Review*, vol. 48 n° 4 (septiembre 1996); Doug Henwood: «Talking About Work» *Monthly Review*, vol. 49 n° 3 julio-agosto 1997; William K. Tabb: «Globalization in an Issue, The Power of Capital is the Issue» *Monthly Review*, vol. 49 n° 2 junio 1997. Ver también David Gordon: «The Global Economy: New Edifice or Crumbling Foundations?» *New Left Review* n° 168, marzo-abril 1998; Paul Hirst y Grahame Thompson: *Globalization in Question: The International Economy and the Possibilities of Governance* Polity Press, Cambridge 1996 y Robert Zevin: «Our World Financial Market is More Open: If So, Why and with What Effect» en: *Financial Openness and National Autonomy; Opportunities and Constraints*, ed. Por Tariq Banuri y Juliet Schor, Oxford University Press 1992.

Tras un cuidadoso examen de las tendencias en los mercados financieros mundiales, Zevin concluye que «no existe evidencia convincente que la disciplina política/de política de los mercados de capital sea mayor de lo que lo haya podido ser anteriormente». De hecho, él no constata la existencia de ninguna tendencia hacia la apertura financiera no sólo durante el pasado siglo, sino durante los últimos tres siglos. Por supuesto, también hay diferencias en esta creciente escuela de escépticos. Por ejemplo Tabb parece pensar que el cambio tecnológico es más importante de lo que opina Henwood, y Zevin también argumenta de forma persuasiva que las tendencias financieras no se han visto influidas por las tecnologías de la comunicación.

recupera el punto esencial de la emergente postura en *MR* en un ensayo titulado «Modernidad, postmodernidad o capitalismo», en el que afirma que no ha habido ruptura histórica, ningún cambio de época que anunciar en la globalización, el postfordismo o el postmodernismo. Todos estos conceptos tienen «el efecto de obscurecer la especificidad histórica del capitalismo», que «por definición significa un cambio y desarrollo constantes...». De lo que sí damos fe es de la diversificación y extensión de la antigua lógica de la economía de producción masiva. «Esto es capitalismo».

Estamos de acuerdo con gran parte de la base empírica para el desafío de *MR* con los nuevos catecismos sobre globalización y cambio tecnológico. Estamos de acuerdo, por ejemplo, con los argumentos expresados por Wood, Tabb y Henwood en las páginas de *Monthly Review*, y también de Gordon, Zevin, Hirst y Thompson; y de otros, allí donde la presión de la competencia en los mercados domésticos, destinados a un movimiento creciente global y capital, ha sido vastamente exagerada, especialmente con relación a Estados Unidos, que permanecen menos expuestos al comercio internacional y la huida de capital que otros muchos países industriales ricos. También estamos de acuerdo en que mucho de todo esto no es nuevo en ningún caso, ya que la integración internacional caracterizó los períodos anteriores de desarrollo capitalista, en especial los años previos a la Primera Guerra Mundial.

Pero si el sistema es básicamente el mismo, ¿por qué cambia tanto? En especial, ¿por qué cambian las relaciones de poder de clases? La prueba es clara. Los sindicatos, antaño fundamento del poder de la clase trabajadora, están a la defensiva, perdiendo miembros en la mayoría de los países capitalistas, y en Gran Bretaña y en los Estados Unidos perdiendo batallas –por lo menos cuando se atreven a mantenerlas–. Mientras tanto, los partidos históricos de izquierda se están poniendo al día como líderes de políticas neoliberales,

y volviendo la espalda a la clase trabajadora organizada que antiguamente fue su base. Las protecciones del estado de bienestar, que son el mayor logro de la clase trabajadora industrial, se han visto reducidas a costa de la «flexibilidad» del mercado laboral; recortes en los beneficios sociales incrementan la inseguridad de los trabajadores, facilitando el camino a salarios bajos y condiciones de empleo menos seguras. Las desigualdades se van agrandando, especialmente en Gran Bretaña y Estados Unidos, donde los ingresos y las desigualdades de riqueza caen en picado hacia niveles propios del siglo XIX.

Sin duda, esto aún se puede considerar capitalismo. Pero pensamos que la innovación y el desarrollo característicos del capitalismo interactúan con cambios en el poder de clases para generar cambios convulsivos no sólo en los modelos de producción e intercambio, sino también en los modelos de cultura y política. Contrariamente a Wood, pensamos que estos desarrollos se caracterizan acertadamente como rupturas con el pasado, a pesar de la continuidad de las relaciones capitalistas sociales. En verdad, pensamos que dichas rupturas han jalonado la historia del capitalismo, a veces afectando industrias en concreto, pero a veces transformando sociedades enteras. El capitalismo evoluciona no sólo a través de cambios graduales y de incremento propulsados por la lógica de la acumulación, sino también a través de cambios bruscos forjados por momentos de conflicto de poder de clases, como cuando la organización de la producción de acero se transformó enviando a los trabajadores al gremio en el siglo XIX de EEUU, o cuando el sindicalismo del sector público fue aplastado en el período de la Primera Guerra Mundial. De nuevo, al contrario que Wood, pensamos que tales cambios son tan amplios en perspectiva e importancia que delimitan acertadamente épocas diferenciadas. Los sucesos que culminaron en el fin de la ayuda a los pobres en Inglaterra, para contribuir a la creación de un mer-

cado «no regulado» del empleo de los años 30 y sucesivos del siglo XIX, marcaron un cambio de época, al que las intensas protestas del movimiento *chartist* (chartista) no pudieron contrarrestar. Puede ser que la interacción de las reestructuraciones económicas contemporáneas y los cambios de poder en los países capitalistas avanzados, y especialmente en Estados Unidos, pertenezcan también por su propia importancia a una época nueva. En cualquier caso, hay una lucha de poder de clases que debe entenderse en términos de poder, una movilización encarnizada de los capitalistas llevada a cabo gracias al desorden y la debilidad de la clase trabajadora, aunque justificada en términos económicos como el resultado de los imperativos del nuevo mercado.

## I

Estructuramos nuestro argumento sobre los cambios de poder en dos partes. Primero, abordamos la base teórica de la vieja convicción de la izquierda de que el poder laboral se basa en las relaciones capitalistas de producción, y en la organización de los trabajadores para el poder político que las relaciones de producción facilitan. Los autores de *MR* comparten esta convicción, y nosotros también. En segundo lugar, y éste es nuestro argumento más diferenciador, pensamos que la actualización del poder no es bajo ningún concepto automática o inevitable, sino que se intuye sólo a lo largo del tiempo y con dificultad, a medida que la gente corriente profundiza en ideologías dominantes, construye la solidaridad que haga posible la realización de poder y desafía a las normas que garantizan su cooperación. El desorden que conlleva que la gente descubra y actúe sobre las capacidades de poder, sometidas a ellos, mediante formas específicas de organización política y económica, llevan a nuevas disposiciones institucionales: la creación de un

pacto social para conciliar las fuerzas populares, al mismo tiempo que las regula y las ajusta. El cambio económico puede romper estos logros, no sólo porque el capital ya no dependa del trabajo en lo abstracto, o porque los gobernantes ya no dependan de las masas, sino porque se debiliten dolorosamente las formas constituidas de entendimiento y organización populares, que hicieron posibles la realización de cierto poder desde abajo. La erosión de los contenidos del poder popular, en cambio, facilita el camino para nuevas reivindicaciones del poder desde arriba. El capital rompe con el pacto social, el mismo que el poder de la clase trabajadora hizo posible. Con ello, en cualquier caso, se pueden provocar nuevas posibilidades para la lucha popular.

Las sociedades capitalistas organizan la producción y el intercambio a través de redes de actividades especializadas e interdependientes. Estas redes de cooperación son también de contención. Ayudan a dar forma a los intereses y valores que fomentan el conflicto. Lo más importante en nuestro argumento es que las redes de interdependencia generan también capacidades dispersas de poder. Los trabajadores agrícolas dependen de los terratenientes, pero éstos también dependen de los trabajadores, al igual que el capitalismo industrial depende de los trabajadores; el príncipe depende en cierta medida de la sociedad urbana, y las elites gobernantes en el Estado moderno dependen de la conformidad, cuando no la aprobación del pueblo con derecho a sufragio.

Las relaciones de poder reales están por supuesto entrelazadas e intrincadas, desde que las sociedades urbanas, democráticas y capitalistas generan múltiples formas de interdependencia que interseccionan. Damos por hecho, en cualquier caso, que algunas relaciones son mucho más importantes que otras. Las interdependencias *dominantes* —y las constelaciones de poder que ellas posibilitan— se desarrollan dentro de las relaciones económicas y de las relaciones que anclan las elites estatales a las sociedades que go-

biernan. Así, las interdependencias dominantes, y las formas dominantes de poder reflejan las actividades cooperativas que generan las bases materiales para la vida social, y que sostienen la fuerza y la autoridad del Estado. Si los trabajadores se niegan a trabajar, se para la producción; si se niegan a votar, caen los regímenes. Por supuesto, una parte de las relaciones está profundamente entrelazada con la otra. Por ejemplo, los Estados definen y refuerzan los derechos de propiedad, regulan la moneda y el crédito y también las relaciones entre el empresario y los empleados. Las relaciones entre los grupos de interés de clases y las autoridades estatales se concentran inevitablemente en estas políticas económicas. La amplia evolución paralela del capitalismo industrial y las instituciones con representación electoral en el siglo XX significa que los desafíos económicos de la clase obrera se transportan sistemáticamente a las relaciones entre los votantes y el Estado.

Este énfasis en las capacidades de poder formadas por las relaciones interdependientes que constituyen la economía y el Estado, es coherente con la visión marxista del poder de la clase trabajadora como raíz del papel del proletariado como fuerza en la producción capitalista. Es, deberíamos destacar, también consistente con otras tradiciones importantes y teóricas, incluyendo por ejemplo el retrato de Norbert Elias del desarrollo de los Estados centrales europeos, como propulsados por la dinámica generada por las redes de interdependencia que desarrollaron entre los guerreros gobernantes de estas sociedades. Esto se ajusta al modelo de Schumpeter que caracteriza el Estado capitalista como «Estado recaudador» que, al depender de recursos económicos que no controla, une las autoridades estatales en cercana interdependencia con los propietarios de la propiedad privada que controla estos recursos»

La confianza de la izquierda en el poder de la clase obrera también se reflejó en la creencia de que el poder de la

clase trabajadora crecería. Marx había basado el crecimiento del poder del proletariado en el desarrollo del capitalismo industrial: Bernstein vio posibilidades más o menos paralelas del poder de la clase trabajadora en el desarrollo de esquemas de representación electoral. Las perspectivas socialdemócratas se acomodaron más tarde al poder cedido a los trabajadores por el capitalismo industrial por medio del poder generado por los esquemas de representación electoral, de manera que los recursos de la clase trabajadora se consideraba que crecían a la vez que el capitalismo industrial y la democracia electoral. En las variantes más optimistas, estos recursos de poder resultaron de un pacto del estado de bienestar que fomentó la «desestandarización» del trabajo («*decommodation*»), y además un importante fortalecimiento del poder («*empowerment*») importante del trabajos en las relaciones de mercado.

Una visión del todo compatible con el crecimiento del poder de la clase trabajadora está incluida en la obra de los historiadores dedicados a recuperar la historia de «los movimientos de protesta» en la Europa preindustrial, tales como Eric J. Hobsbawm, George Rudé, y Charles Tilly. Incluso los analistas pluralistas apuntan a las interdependencias entre los votantes y las elites políticas generadas por la misma democracia liberal, argumentando que las elecciones periódicas y un público masivo con derecho a sufragio fuerzan elites para ceder ante la voluntad popular. Una u otra variante de esta perspectiva optimista ha nutrido la izquierda como mínimo durante un siglo y medio.

Vistos estos puntos, está claro que la tesis de la globalización llega hasta el núcleo de la convicción política de la izquierda. La práctica efectiva del poder laboral ha sido también una premisa para la capacidad limitada del capital para salir o amenazar con su salida de las relaciones económicas. La globalización, junto a métodos de producción de postfordismo, parece abrir oportunidades ilimitadas para

huir, ya sea de la reasignación de la producción, de un comercio acelerado, de la substitución de trabajadores o del movimiento del capital, todo lo que parece reducir radicalmente la dependencia del capital respecto a los trabajadores. Los obreros, por su parte, unidos por su simple temor humano al cambio y a la ruptura nunca se podrán ajustar a estas opciones de salida. Mientras los votantes de la clase trabajadora puedan ser aún capaces de hacer sucumbir regímenes, la importancia del poder de voto depende de la importancia del poder del Estado. Sin embargo, tal como indica el argumento, los Estados cuya soberanía está restringida a territorios fijos debe también someterse a los caprichos de un capital móvil. La globalización económica suprime presumiblemente las formas económicas y políticas del poder de la clase trabajadora. Como resultado, los trabajadores y votantes en los países en los que apareció el capitalismo se oponen a los trabajadores de salarios bajos y a los gobiernos débiles, y también a los avances tecnológicos. Así pues, si la tesis de la globalización es cierta, ésta resulta devastadora para la izquierda tal como nosotros la conocemos.

No es de extrañar la determinación con la que los autores de *MR* (y nosotros también) examinan y desafían dicho argumento. No obstante, evaluar y discrepar de la magnitud del comercio global o del movimiento de capital no afronta las realidades del poder de las clases bajo nuevas condiciones. De lo que aquí se trata no es, simplemente, si esto es aún capitalismo, o si el capital aún depende del trabajo en un nivel abstracto, o bien si aún tienen importancia las naciones-Estado, sino por el contrario de si los cambios económicos han minado las condiciones que una vez hicieron posible la realización parcial desde abajo del poder económico y político.

## II

Más allá del amplio alcance del desarrollo occidental y capitalista, la vieja idea de que la clase trabajadora crecerá tanto como se desarrolle el capitalismo puede considerarse correcta. Hay unas cuantas poderosas razones teóricas para pensar así. Si el poder se basa en relaciones interdependientes, entonces la creciente división del trabajo que caracteriza las sociedades capitalistas, así como la penetración continua del núcleo en la periferia con la consecuente absorción de los grupos previamente marginales en la división capitalista del trabajo, difuminaría las capacidades de poder de una manera cada vez más amplia. Nuestra lectura de la implicación política de la idea de Durkheim sobre el crecimiento de la solidaridad orgánica es similar: una red más estrecha de interdependencia significa que cada uno en esa red tiene cierta influencia, por lo menos bajo ciertas condiciones. Esta línea de razonamiento da la vuelta a la antigua creencia de que no es la descentralización, sino la centralización y la integración que supone, la que acaba incrementando, por lo menos, la posibilidad abstracta del poder popular. El lejano pueblo tiene que escudarse en su lejanía frente a un Estado o un capital parasitario, pero no puede tener ningún tipo de influencia sobre el Estado o el capital hasta que no sea llevado a algún tipo de relación con ellos.

Pero mientras el desarrollo capitalista incrementa el poder *potencial* de la clase trabajadora y los grupos previamente marginales, puede también trabajar para impedir la *actualización* de ese poder potencial. Cuando todo se ajusta según el principio de la división anticipada del trabajo, la capacidad de poder de los grupos de bajo estrato no ha avanzado del todo bien. Finalmente, ha habido agudos y bruscos cambios de forma periódica, y ahora creemos estar ante uno de ellos.

En principio, la organización económica y política cede

poder a todas las partes que contribuyen de forma necesaria a los procesos tanto económicos como políticos. En principio, los trabajadores en una economía capitalista ejercen siempre un poder de tipo potencial sobre los capitalistas, tanto si trabajan como arrendatarios agrícolas, como trabajadores industriales, o como técnicos en una economía postindustrial. En principio, ellos tienen poder porque sus contribuciones son necesarias para los procesos acumulables de producción e intercambio. Sin embargo, la actualización de estas capacidades de poder depende de su habilidad para detener o amenazar con frenar su cooperación, y esta capacidad depende de otros rasgos de las relaciones entre trabajadores y empresarios ante el hecho de la interdependencia. Para entender la dinámica de poder de clases, y especialmente para entender el impacto de los cambios postindustriales en el poder económico y político del trabajador, tendemos a prestar atención a las diversas maneras en que el cambio económico afecta las ideas y capacidades para la organización de los grupos de la clase trabajadora, y su habilidad para resistir las amenazas de fuga de capital o desplegar ellos mismos amenazas de huida.

La primera condición para la reivindicación de poder del proletariado es que la gente reconozca su contribución a la vida económica y política. Las interdependencias económicas y políticas son reales en el sentido de que tienen consecuencias reales. Pero también son construcciones culturales. Ciertamente, si la gente tiene realmente influencia, ésta otorga como mínimo cierta habilidad para penetrar una ideología dominante, y cierta capacidad de actuar fuera de las reglas que les privan de poder; entonces, el mismo hecho de la participación en actividades interdependientes les llevaría a reconocer sus contribuciones, y además sus capacidades de poder. Pero tal reconocimiento siempre debe vencer las interpretaciones heredadas e impresas que privilegian las contribuciones de los grupos dominantes y deben también

vencer la habilidad permanente de los grupos dominantes para proyectar nuevas y oscurecedoras interpretaciones.

En segundo lugar, dado que la contribución relevante a actividades económicas y políticas en marcha involucra a numerosos individuos, la gente debe desarrollar un sentido de la solidaridad y cierta capacidad para la acción concertada, de manera que su influencia colectiva pueda ser desplegada contra los que dependen de ellos, para trabajar, para los votos o la aceptación de las normas de la vida cívica. Éste es el clásico problema de organizar, cuando no a trabajadores, a votantes o residentes de una comunidad. Y finalmente, la amenaza de salida, incluyendo la amenaza de que los empresarios volverán a substituir trabajadores o que los políticos apelarán a bloques de votantes alternativos, debe limitarse o, al menos, la perspectiva de salida no debe ser tan terrible que la gente no pueda soportarla.

Estas condiciones para la realización del poder de clases, y la habilidad de grupos para manipularlos, dependen mucho de las circunstancias históricas específicas y concretas. Para apreciar esto, tenemos que abandonar nuestra tendencia a hablar de clases y sistemas. Para ciertos propósitos, estas abstracciones son muy útiles. Sin embargo, las interdependencias que posibilitan reivindicaciones de poder popular no existen de manera general o abstracta. Existen para grupos en concreto, que tienen relaciones concretas con capitalistas o autoridades estatales en concreto, en lugares y momentos concretos.

Los cambios económicos pueden ser significativos no porque las interdependencias de clases se evaporen, sino porque el cambio económico, especialmente rápido y desigual, transforme estas particularidades en lo concreto. La gente reconoce su influencia sobre determinados empresarios, no sobre el capital en general, a pesar de que están seguramente influidos por ideas genéricas sobre la relación entre los empresarios y los empleados. Ellos reconocen aspectos co-

munas y capacidades para la acción colectiva entre los miembros de grupos concretos en particular, mucho más dispuestos que en la clase trabajadora, aunque aquí identidades de grupo demasiado amplias y los antagonismos los puedan indisponer de una manera o de otra. La gente teme la pérdida de formas concretas de empleo a las que tiene acceso y en especial los lugares donde sus vidas están arraigadas, aunque no obstante estén de nuevo más seguros de querer estar alerta de estos peligros, si piensan que la fuga de capital es un fenómeno cada vez más extendido. El declive de los talleres manuales en el siglo XIX en Inglaterra es un ejemplo que no significó que los productores no siguieran dependiendo del trabajo, pero sí significó que los tejedores a mano y los sistematizados pudieran extinguirse cuando los productores volvieron a echar mano de mujeres y niños para trabajar en las plantas. Cuando sucedió esto, los acuerdos, las formas de solidaridad, las estrategias para controlar el despido, desarrollados en una época prematura de extensión de la producción, se desgastaron.

Así pues, mientras el capital depende aún del trabajo en general, los cambios económicos actualmente en marcha están socavando las ideas, la solidaridad y las estrategias frente a las amenazas de salida que se desarrollaron por unos grupos concretos bajo las circunstancias concretas del capitalismo industrial. Las antiguas categorías ocupacionales —los mineros, los siderúrgicos, los estibadores portuarios y demás— que estuvieron en primera fila de la lucha laboral, han dejado de existir. Y aquéllos que siguen ya no tienen la seguridad de que puedan llegar a «apagarla», paralizar la industria, e incluso hacer que vacile la economía entera. Mientras tanto, las ciudades de clase trabajadora y los barrios se están vaciando, y la cultura de la clase trabajadora que especialmente sustentaban se hunde. Los sindicatos que dirigían todo esto se han debilitado. Están más débiles debido a las estrategias de los empresarios que toman ventaja del

descenso de las antiguas formas de poder de la clase para lanzar nuevas y terribles amenazas de despido —con la contratación de trabajadores contingentes y substituciones por huelga, con la reestructuración de la producción, con la amenaza de cerrar plantas o llevarse la producción a otra parte.

Una charla continua sobre globalización y cifras que reducen indirectamente todo esto, se presenta como el origen de una ideología que afirma la supremacía y la inevitable autonomía de los mercados y a su vez de capital, una resurrección de doctrinas *«laissez-faire»* del siglo XIX sobre el mercado no regulado expandido ahora a escala mundial. Pero nada de esta charla tendría cuerpo por sí solo. La ideología es terriblemente persuasiva no sólo porque se oye en todas partes, sino porque parece explicar la caída de grupos concretos y particulares de la clase trabajadora. La charla sobre la globalización gana fuerza no con generalidades abstractas sobre comercio y movimiento de capital, sino cuando los trabajos se interrumpen o se reestructuran, cuando los camiones con la etiqueta «México» se detienen en una planta en huelga, o simplemente cuando una fábrica cruza la línea del Estado.

### III

Comprendiblemente, hay una buena dosis de nostalgia hacia las formaciones de la clase trabajadora de la era industrial. Hoy en día, en cierto sentido, todos somos demócratas, y lamentamos el ocaso de las antiguas garantías de la huelga de masas, del gran sindicato y los partidos laboristas que ayudan a producir no sólo las ayudas del estado del bienestar sino la legitimación política de la clase trabajadora de la era industrial. Todo esto se consiguió no sólo gracias a que las relaciones económicas y políticas de la era industrial hicieron que el capital dependiera de los trabajadores de

forma abstracta, sino porque la gente en ciertas situaciones logró que esa dependencia se tradujera a su favor. La pérdida es incalculable.

Existe aún así otra cara del cambio económico. El cambio económico debilita las viejas formas de poder de la clase trabajadora, y libera al capital de hecho al fulminar el pacto que el poder del proletariado convirtió en necesario. Esto significa más restricciones, sobre todo para los grupos vulnerables. Esto significa también un tipo de liberación de las represiones que fueron una condición de las concesiones que otorgó el pacto. La protección federal al derecho a organizarse fue una victoria. Así los industrialistas consideraron el reconocimiento del sindicato como una victoria. Sin embargo, estas victorias no llegaron sin complicaciones. Trajeron consigo un nuevo régimen de regulación laboral que limitó el derecho a la huelga, estimuló la oligarquía del sindicato y permitió aumentar la influencia del empresario gradualmente con el paso del tiempo. Hoy en día, al igual que se redujeron las antiguas victorias, las restricciones impuestas a la política popular pueden perder fuerza. Si lo hacen, las posibilidades de nuevas oleadas de política destructiva del proletariado aumentarán.

Mientras tanto, el cambio económico crea también nuevas posibilidades concretas para el poder del trabajador. La gente trabaja en nuevas y diferentes ocupaciones, tiene diferentes cualificaciones y verán a su tiempo el poder potencial inherente en las interdependencias de un nuevo y fabuloso complejo, y una economía dirigida a las comunicaciones, que es tan vulnerable a la ruptura de masas como lo fue la economía dirigida a la producción. Con el tiempo, quizá sólo dentro de poco tiempo, desarrollarán la conciencia de comunidad y las capacidades para la acción conjunta que hará posible de nuevo el poder de la clase trabajadora. Están deseosos por encontrar la imaginación y el valor necesarios para romper las nuevas reglas de gobierno de las comunica-

ciones, que incluso ahora se promulgan para criminalizar la práctica del poder del proletariado.

Es el final de una época de poder y, también, el principio de una época de poder.



## DEMOCRACIA Y MERCADOS EN EL NUEVO ORDEN MUNDIAL

NOAM CHOMSKY<sup>1</sup>

Existe una imagen convencional acerca de la nueva era en que estamos entrando y las promesas que implica. Esa imagen fue formulada con claridad por el asesor de Seguridad Nacional, Anthony Lake, cuando presentó la Doctrina Clinton en septiembre de 1993: «Durante la Guerra Fría, contuvimos la amenaza global hacia las democracias de mercado: ahora deberíamos tratar de ampliar su alcance». El «nuevo mundo» que se abre ante nosotros «presenta inmensas oportunidades» para adelantarse a fin de «consolidar la victoria de la democracia y de los mercados abiertos», agregó un año después.

### LA «VERDAD DURADERA»

Las temáticas son más profundas que la Guerra Fría, dijo Lake. La «verdad duradera» es que nuestra defensa de la libertad y justicia contra el fascismo y el comunismo fue solamente una fase en una historia de dedicación hacia

una sociedad tolerante, en la cual líderes y gobiernos existen, no para usar o abusar de la gente, sino para proveerles con libertad y oportunidades. Ésta es la «cara constante» de lo que Estados Unidos ha hecho en el mundo, y «la idea» que estamos «defendiendo» nuevamente en la actualidad. Es en la verdad duradera sobre este «nuevo mundo» en que podemos per-

---

<sup>1</sup> Tomado de la librería virtual UTOPIA.

seguir nuestra misión histórica de una manera más efectiva, enfrentando a los «enemigos de la sociedad tolerante» –a la cual siempre estuvimos dedicados– que siguen en pie, moviéndonos desde la «contención» hacia el «agrandamiento». Por fortuna para el mundo, la única superpotencia es, «por supuesto», única en la historia en el sentido de que «no estamos buscando expandir el alcance de nuestras instituciones mediante la fuerza, subversión o represión», utilizando la persuasión, compasión y medios pacíficos».

Los comentaristas estuvieron debidamente impresionados con esta lúcida «visión de política exterior». Este punto de vista domina el discurso público y académico a tal grado que es superfluo contrastarlo con la realidad. Su temática básica fue posiblemente expresada de manera más sucinta por el Eaton profesor para la Ciencia de Gobierno y Director del Instituto Olin para Estudios Estratégicos de Harvard, en la revista académica *International Security*: los Estados Unidos tienen que mantener su «primacía internacional» en beneficio para el mundo, explicaba Samuel Huntington, porque de manera única entre las naciones, su «identidad nacional está definida por una serie de valores políticos y económicos universales», particularmente «libertad, democracia, igualdad, propiedad privada, y mercados»; «la promoción de la democracia, los derechos humanos y mercados (*sic*) son mucho más importantes para la política americana que para la política de cualquier otro país».

Dado que esto es un asunto de definición, como enseña la Ciencia de Gobierno, podemos ahorrarnos la aburrida tarea de la confrontación empírica. Una medida sabia. Una indagación revelaría rápidamente que la imagen convencional presentada por Lake tiene un rango de verdad desde dudoso hasta falso en todos los aspectos cruciales, excepto en uno: tiene razón en urgirnos a que miremos la historia para descubrir las «verdades duraderas» en lo referente a

ciertas estructuras institucionales y tomarlas en serio cuando consideramos el futuro probable, cuando esa estructura queda esencialmente sin cambios y libre para operar con pocas restricciones. Una revisión honesta sugiere que «este nuevo mundo» podría caracterizarse por un marcado cambio de la «contención» hacia el «agrandamiento», aunque no precisamente en el sentido que Lake y el coro de seguidores procuran hacernos entender. Adoptando una retórica ligeramente diferente a la de la Guerra Fría, lo que estamos viendo en proceso de evolución es un cambio de la «contención» de la amenaza de una democracia y de mercados que funcionan, hacia una campaña para «hacer retroceder» lo que se ha avanzado en un siglo de luchas frecuentemente amargas.

Aquí no hay espacio para revisar la «faz constante del poder estadounidense», pero podría ser de ayuda ver algunos casos típicos que ilustran estructuras que son bastante generales y que son instructivos en cuanto a eventuales desarrollos futuros.

Primero, una verdad metodológica trivial. Si queremos aprender algo sobre los valores y objetivos de los líderes soviéticos, observamos lo que hicieron dentro de sus ámbitos de poder. El mismo curso será seguido por un analista racional que quiere saber acerca de los valores y objetivos del liderazgo americano y el mundo que trataron de crear. Los contornos de este mundo fueron delineados por la embajadora ante las Naciones Unidas, Madeleine Albright, justo cuando Lake elogiaba nuestro histórico compromiso con los principios pacifistas. Ella informó al Consejo de Seguridad, que estaba dudando de una resolución dictada por Estados Unidos acerca de Irak, que Estados Unidos seguirá actuando de manera «multilateral, cuando podamos, y unilateral, cuando tengamos que hacerlo». Haga su juego como quiera, pero en el mundo real «se hace lo que nosotros decimos», como expresaba el presidente Bush sobre esta doctrina fundamental de una manera más brusca, mientras que bombas y

misiles llovían sobre Irak. Estados Unidos tiene derecho a actuar unilateralmente, la embajadora Albright instruía al errado Consejo, porque «nosotros reconocemos al Medio Oriente como vital para los intereses nacionales estadounidenses». No se requiere mayor concesión de autoridad.

De hecho, Irak sería un buen ejemplo para ilustrar las «verdades duraderas» del mundo real, pero es más informativo volver la mirada hacia la región donde Estados Unidos ha tenido la mayor libertad para actuar como le plazca, de tal manera que los valores y objetivos de liderazgo político y su versión del «interés nacional» que representa son exhibidos con la mayor claridad. Volvamos hacia «nuestra pequeña cercana región que nunca ha preocupado a nadie», como el secretario de Guerra Henry Stimson describió el hemisferio occidental a final de la Segunda Guerra Mundial, mientras explicaba que todos los sistemas regionales tienen que ser desmantelados excepto el nuestro, que tiene que ser extendido, una posición perfectamente razonable, dado que «lo que era bueno para nosotros era bueno para el mundo» y cualquier cosa que hacemos es «parte de nuestra obligación para con la seguridad del mundo», agregaba el colega liberal de Stimson, Abe Fortas, despejando las sospechas irracionales de Churchill de que Estados Unidos albergaba ideas de dominación.

El derecho de Estados Unidos de actuar unilateralmente y de controlar esas regiones que selecciona es único, tal como compete a la única potencia que está «definida» por su dedicación hacia todo lo bueno. El intento de Japón de mimetizar la Doctrina Monroe en su «pequeña región» produjo la Segunda Guerra Mundial en el Pacífico, y la Guerra del Golfo fue una reacción a la propuesta de Saddam Hussein de que los asuntos de otra región «vital para los intereses estadounidenses» fueran manejados por una organización regional. Dentro de «nuestra pequeña región», la organización regional que nosotros seguramente dominamos está autori-

zada para funcionar, pero dentro de ciertos límites. Si los latinoamericanos «intentaran usar irresponsablemente su fuerza numérica dentro de la OEA», explicaba John Dreier en su estudio de la organización, «si llevan a extremos la doctrina de la no-intervención, si no le dejan a Estados Unidos otra alternativa que la de actuar unilateralmente para protegerse a sí mismo, entonces habrán destruido no sólo la base de la cooperación hemisférica para el progreso sino toda la esperanza de un futuro seguro para ellos mismos». Estados Unidos tendrá que actuar «unilateralmente cuando esté obligado a hacerlo». Esas condiciones están aún vigentes en los límites extremos de la tolerancia, bajo la política del Buen Vecino, de Franklin Delano Roosevelt, que llevaban una «obligación implícita de reciprocidad», enfatizó el oficial para América Latina del Departamento de Estado, Robert Woodward: «La admisión de una ideología extraña en un gobierno americano obligaría a Estados Unidos a tomar medidas defensivas» unilateralmente. Huelga decir, que nadie más tiene tal derecho, en particular, ningún derecho de defenderse de Estados Unidos y su «ideología» que no son «extranjeros», sino, de hecho, nada más que la vindicación de objetivos que cualquier persona razonable ha de buscar.

La dedicación hacia las «verdades duraderas» cubre el espectro. En el extremo disidente, el historiador y asesor del presidente Carter para América Latina, Robert Pastor, escribe que Estados Unidos quiere que otras naciones «actúen de manera independiente, excepto cuando esto afectaría los intereses estadounidenses adversamente»; Estados Unidos nunca ha querido «controlarlas», mientras no «se salgan de control». Nadie, pues, puede acusar al liderazgo de Estados Unidos de no estar preocupado salvo con «el bien del mundo», incluyendo la plena libertad para actuar como nosotros dictamos. Si nuestros subalternos usan la libertad que concedimos, en una forma necia, entonces tenemos todo el derecho de responder unilateralmente en autodefensa, aunque las

opiniones varíen en cuanto a las decisiones tácticas correctas, lo que genera las divisiones entre «palomas» y «halcones».

Por supuesto, es la región centroamericana-caribeña la que refleja de manera más clara «la idea» con la cual el poder estadounidense está más comprometido, de la misma forma que los satélites de Europa oriental revelaron los objetivos y valores del Kremlin. Esta región, que es rica en recursos y potenciales, es una de las principales regiones de horror en el mundo. Durante los años ochenta fue nuevamente el escenario de terribles atrocidades, cuando Estados Unidos y sus clientes dejaron esos países devastados –seguramente más allá de una posible recuperación–, cubiertos con cientos de miles de cuerpos torturados y mutilados. Las guerras terroristas promovidas y organizadas por Washington se dirigieron en gran medida contra la Iglesia, que se había atrevido a adoptar «la opción preferencial por los pobres» y, por lo tanto, se le tenía que enseñar la lección habitual por desobediencia criminal. Casi no sorprende que esa horripilante década se iniciara con el asesinato de un arzobispo y terminara con la matanza de seis líderes intelectuales jesuitas, en ambos casos por fuerzas armadas y entrenadas por Washington.

Durante los años que delimitan ambos eventos, estas fuerzas devastaron toda la región, acumulando un horroroso récord, incluidos la agresión y el terror condenados por la Corte Mundial de Justicia en una decisión que fue descartada con un gesto de irritación y desprecio por Washington y la opinión intelectual, en general. La misma suerte le tocó al Consejo de Seguridad y la Asamblea General de las Naciones Unidas, cuyas llamadas en favor de la adhesión a la ley internacional apenas fueron tenidas en cuenta. Después de todo, un juicio razonable, ¿Por qué debería prestarse atención a aquellos que sostienen la ridícula idea de que la ley internacional o los derechos humanos podrían entrar en

los cálculos de un poder que siempre ha rechazado «la fuerza, la subversión o represión», y que, por definición se adhiere al principio de que «los gobiernos no existen para usar o abusar de su gente, sino para proveerlas con libertad y oportunidades»? La «verdad duradera» fue bien formulada por un distinguido hombre de Estado hace dos siglos: «Las grandes almas se preocupan poco por pequeñas moralidades».

Una mirada a esta región nos enseña mucho sobre nosotros mismos. Pero éstas son lecciones falsas y, por ende, excluidas del discurso respetable. Otra lección equivocada, y por lo mismo necesariamente consignada al mismo destino, es que la Guerra Fría ha tenido poco que ver con todo esto, aparte de proveer pretextos. Las políticas fueron las mismas antes de la Revolución Bolchevique y han continuado sin cambio desde 1989. Sin una «amenaza soviética», Woodrow Wilson invadió Haití (y la República Dominicana), desmantelando el sistema parlamentario porque se negó a adoptar una constitución «progresista» que permitiera a los norteamericanos apropiarse de las tierras de Haití, matando a miles de campesinos, restaurando virtualmente la esclavitud y dejando al país en manos de un ejército terrorista como plantación estadounidense y posteriormente como una plataforma de exportación para empresas de ensamblaje bajo condiciones miserables. Después de su desafortunado y rápidamente terminado experimento con la democracia, el sistema tradicional fue restaurado con asistencia estadounidense, justo cuando Lake anunciaba la Doctrina Clinton, mostrando a Haití como el principal ejemplo de nuestra pureza moral. En otras partes también las políticas continuaron sin cambio esencial después de la caída del muro de Berlín, seguido a las pocas semanas por la invasión de Bush a Panamá para restaurar en el poder a una camarilla de banqueros europeos y narcotraficantes, con las consecuencias previsibles en un país que quedó bajo ocupación militar, tal como lo aceptó el mis-

mo gobierno títere puesto en el poder por la fuerza estadounidense.

Habría mucho que decir sobre estos asuntos. Pero vamos a ver un caso que posiblemente es aún más revelador y que también ilustra la relevancia marginal de la Guerra Fría en cuanto a las actitudes tradicionales estadounidenses hacia la democracia y los derechos humanos. Regresaré a los «mercados libres» más adelante.

El ejemplo que sugiero analizar es Brasil, descrito en décadas anteriores del siglo como «el coloso del Sur», un país con enormes riquezas y ventajas que debería ser uno de los más ricos del mundo. «No hay mejor territorio en el mundo para la explotación que el de Brasil», observó el *Wall Street Journal* hace 70 años. Entonces, Estados Unidos procedía a desplazar a sus principales enemigos, Francia e Inglaterra, aunque éstos lograron durar hasta la Segunda Guerra Mundial, cuando Estados Unidos fue capaz de excluirlos de la región y apoderarse de Brasil como un «área de experimentación para métodos modernos de desarrollo industrial», en palabras de una muy reputada monografía escolástica sobre las relaciones Estados Unidos-Brasil, escrita por el historiador y diplomático Gerald Haines, que también es un historiador de jerarquía de la CIA. Esto fue un componente de un proyecto global, que Estados Unidos «asumió por interés propio, la responsabilidad para el bienestar del sistema mundial capitalista» (Haines). Desde 1945, el «área de experimentación» ha sido favorecida por una intensa guía y tutela de Estados Unidos. El resultado es «una verdadera historia americana de éxito; las políticas americanas para Brasil fueron enormemente exitosas», produciendo «un crecimiento económico impresionante basado sólidamente en el capitalismo», un testimonio de nuestros objetivos y valores.

El éxito es real. Las inversiones y ganancias estadounidenses florecieron y a la pequeña elite le fue de maravilla;

un «milagro económico», en el sentido técnico de este término. Hasta 1989, el crecimiento brasileño superó con creces el de Chile —muy elogiado—, que ahora es el alumno estrella, dado que Brasil sufrió un colapso y entonces cambió automáticamente de triunfo de una democracia de mercado a ilustración de los fracasos del estatismo, si no del marxismo, una transición que se realiza sin esfuerzos y de manera rutinaria dentro del sistema doctrinal, según las circunstancias lo requieran.

Mientras tanto, en el apogeo del milagro económico, la abrumadora mayoría de la población ocupaba un lugar entre las más miserables en el mundo, y hubiera considerado a Europa oriental como un paraíso, un hecho que también enseña las lecciones equivocadas y que por lo tanto es suprimido con una disciplina impresionante, junto con otros semejantes.

La historia del éxito para inversionistas extranjeros y una fracción de la población, refleja los valores que guían a los tutores y diseñadores de esta política. Su objetivo, como lo describe Haines, consistía en «eliminar toda competencia extranjera» de América Latina a fin de «mantener el área como un mercado importante para la producción excedente industrial estadounidense e inversiones privadas y explotar las amplias reservas de materias primas y para mantener fuera al comunismo internacional». La última frase es simplemente un ritual; como anota Haines, la inteligencia estadounidense no podía encontrar ninguna indicación de que el «comunismo internacional» trató de «meterse», aun si esto hubiera sido una posibilidad.

Pero aunque el «comunismo internacional» no fue un problema, el «comunismo» definitivamente lo fue, si entendemos el término en el sentido técnico de la cultura de elite. Este sentido fue incisivamente explicado por John Foster Dulles en una conversación privada con el presidente Eisenhower, quien había observado tristemente que en todo el mundo, los comunistas locales tenían ventajas injustas. Ellos

estaban en condiciones de «apelar directamente a las masas», se quejaba Eisenhower. Es una apelación «que nosotros no podemos duplicar», agregó Dulles, explicando por qué: «Ellos apelan a la gente pobre y éstos siempre han querido robar a los ricos». Nosotros encontramos difícil «apelar directamente a las masas» en vista de nuestro principio de que los ricos tienen que robar a los pobres, un problema de relaciones públicas que queda sin resolverse.

En este sentido —el operativo—, los comunistas abundan, y nosotros tenemos que asegurar «la sociedad tolerante» de sus abusos y crímenes, asesinando a sacerdotes, torturando a organizadores sindicales, matando campesinos y persiguiendo en otras formas nuestra vocación gandhiana.

El problema existía aun antes de que el término «comunista» se volviera disponible para etiquetar a los heréticos. En los debates de 1787 sobre la Constitución Federal, James Madison observó que: «En Inglaterra, en este día, si las elecciones fueran abiertas para toda clase de gente, la propiedad de los dueños de tierras estaría insegura. Pronto se haría una ley agraria». Para parar semejante injusticia, «nuestro gobierno debe asegurar los intereses permanentes del país contra la innovación», estableciendo pesos y contrapesos para «proteger a la minoría de los opulentos contra la mayoría». Se requiere bastante talento para no ver que esta «verdad duradera» ha sido el «interés nacional» desde entonces hasta hoy día, y que la «sociedad tolerante» reconoce el derecho de sostener este principio «unilateralmente si nos obligan», y con extrema violencia si es necesario.

El lamento de Dulles es persistente en los documentos internos. De ahí que, en julio de 1945, cuando Washington asumió por interés propio la «responsabilidad por el sistema capitalista mundial», una extensa investigación de los Departamentos de Estado y de Guerra advirtió sobre una «creciente marea a nivel mundial en la cual la gente común aspira a horizontes más altos y amplios». La Guerra Fría no

fue irrelevante para este prospecto ominoso. El estudio advierte –si bien Rusia no había dado señales del crimen– que ella «no hubiera coqueteado con la idea» de apoyar esas aspiraciones de la gente común. Tenemos que actuar, en consecuencia, en forma directa para contener la amenaza para las democracias de mercado, como entendemos la noción. De hecho, el Kremlin alegremente se unió con el capo en jefe de la Mafia en la destrucción de las aspiraciones de la gente común, en «nuestra pequeña región» y otras partes. Pero uno nunca puede estar seguro, y la mera existencia de una fuerza «fuera de control» ofreció un espacio peligroso para el no-alineamiento y la independencia, lo que es parte del significado real de la Guerra Fría.

Por cierto, la URSS fue culpable de otros crímenes. Washington y sus aliados estaban profundamente preocupados porque sus dependencias tradicionales estuvieran impresionadas con el desarrollo soviético (y chino), particularmente en comparación con «historias de éxito» como la de Brasil; los disciplinados intelectuales occidentales posiblemente no son capaces de entender esto, pero los campesinos tercermundistas pueden. La asistencia económica del bloque soviético fue considerada también una seria amenaza, a la luz de las prácticas occidentales. Tomemos India como ejemplo. Bajo el dominio británico cayó en decadencia y miseria, pero algún desarrollo comenzó después de la salida de los británicos. Esto, sin embargo, no fue válido para la industria farmacéutica, donde empresas transnacionales (en su mayoría británicas) hicieron ganancias tremendas en la India mediante precios muy altos, aprovechando su monopolio de mercado. Con ayuda de la Organización Mundial de la Salud y de UNICEF, India comenzó a escaparse de estos controles, pero la producción de medicinas por parte del sector público fue finalmente establecida mediante tecnología soviética. Esto produjo una reducción radical en los precios de medicinas; para algunos antibióticos los precios cayeron

hasta el 70%, obligando a las transnacionales a recortar sus precios. Una vez más, la malicia soviética había socavado la democracia de mercado, permitiendo a millones de personas en India sobrevivir a enfermedades. Por suerte, con el criminal ido y el capitalismo triunfante, las transnacionales están volviendo a tener el control, gracias, recientemente, a las características fuertemente proteccionistas del último tratado de GATT; de ahí que quizás podemos esperar un marcado incremento en defunciones junto con crecientes ganancias para la «minoría opulenta» en cuyos «intereses permanentes» los gobiernos democráticos tienen que trabajar.

La historia oficial es que Occidente estuvo horrorizado por el estalinismo debido a sus atrocidades. Esta pretensión no puede tomarse en serio ni por un momento, como tampoco las pretensiones semejantes sobre los horrores fascistas. Moralistas occidentales han tenido poca dificultad en unirse con asesinos a gran escala y torturadores, desde Mussolini y Hitler hasta Suharto y Saddam Hussein. Los horribles crímenes de Stalin preocupaban poco. El presidente Truman admiraba al brutal tirano, considerándolo «honesto» y «astuto como el diablo». Truman sentía que su muerte sería una «verdadera catástrofe». Él podía «entenderse» con Stalin, mientras Estados Unidos imponía sus intereses el 85% de las veces, observaba Truman: lo que pasaba dentro de la URSS no era su asunto. Otras figuras dirigentes estaban de acuerdo. En reuniones de los tres grandes, Winston Churchill elogiaba a Stalin como «un gran hombre, cuya fama se ha extendido no sólo en toda Rusia sino en el mundo entero», y hablaba cálidamente de su relación de «amistad e intimidad» con esta estimable criatura: «Mi esperanza –decía Churchill– radica en el ilustre presidente de Estados Unidos y en el Mariscal Stalin, en quienes encontraremos los campeones de la paz, quienes, después de golpear al enemigo nos conducirán para llevar adelante la tarea contra la pobreza, la confusión, el caos y la opresión». «El Premier

Stalin es una persona de mucho poder, en quien tengo toda la confianza», dijo Churchill a su gabinete en privado en febrero de 1945, después de Yalta; por eso era importante que quedara en el poder. Churchill estuvo particularmente impresionado con el apoyo de Stalin a la sanguinaria represión de la resistencia antifascista griega, encabezada por los comunistas, que fue uno de los brutales episodios dentro de la campaña mundial de los libertadores para restaurar las estructuras básicas y las relaciones de poder de los enemigos fascistas, mientras dispersaban o destruían la resistencia, con sus radicales democráticas tendencias y su incapacidad para comprender los derechos y necesidades de la «minoría opulenta».

Regresando a Brasil, durante los primeros años de la década de los sesenta, el experimento estadounidense se enfrentó a un problema familiar: la democracia parlamentaria. Para remover el impedimento, el gobierno de Kennedy preparó las bases para un golpe militar, que instituyó un régimen de torturadores y asesinos que entendieron las «verdades duraderas». Brasil es uno de los países principales, y el golpe tuvo un significativo efecto de dominó, La plaga de la represión se extendió desde el Coloso del Sur a través de todo el continente, con un apoyo e involucramiento consistente de Estados Unidos. El objetivo fue descrito de manera precisa por Lars Schoultz, el reconocido especialista académico americano en derechos humanos y política exterior estadounidense en América Latina: «Destruir de manera permanente una amenaza percibida para la estructura existente de privilegio socioeconómico mediante la eliminación de la participación de la mayoría numérica...». Nuevamente, la Guerra Fría no tenía virtualmente nada que ver con esto. Y como siempre, la URSS estuvo muy contenta de colaborar con los asesinos más depravados, aunque por razones completamente cínicas ofreció a veces asistencia a gente que trataba de defenderse del ejecutor hemisférico, y sirvió

como un disuasivo contra la implementación total de la violencia estadounidense –uno de los pocos casos auténticos de disuasión, pero que por algún motivo sufre de prominencia en tantos estudios sobrios de la teoría de la disuasión.

Conforme a la doctrina convencional, mediante el derrocamiento del régimen parlamentario en nuestra «área privada» e instalando un Estado de Seguridad Nacional gobernado por generales neonazis, los gobiernos de Kennedy y Johnson –en el apogeo del liberalismo americano– estaban «conteniendo la amenaza mundial hacia las democracias de mercado». Ésta es la tesis que debíamos entonar con solemnidad propia. Y en aquel entonces el asunto fue presentado en esta forma, levantando pocos escrúpulos detestables. El golpe militar fue «una gran victoria para el mundo libre», explicó el embajador de Kennedy, Lincon Gordon, antes de volverse presidente de una gran universidad no lejos de aquí. El golpe fue realizado «para preservar y no para destruir la democracia brasileña». En efecto, se trató del «caso más decisivo de victoria de la libertad durante mediados del siglo XX», que debería «crear un clima muy mejorado para las inversiones privadas», de ahí que contenía una amenaza para la democracia de mercado, en un cierto sentido del término.

Esta concepción de democracia es ampliamente aceptada. En Estados Unidos, sus pobladores son «entrometidos e ignorantes extraños» que pueden ser «espectadores» pero no «participantes en acción», sostenía Walter Lippmann en sus ensayos progresistas sobre la democracia. En el otro lado del espectro, estadistas reaccionarios de la variedad de los reaganistas les niegan aun el papel de espectadores: de ahí su dedicación sin precedente a la censura, y operaciones clandestinas que son secretas únicamente para el enemigo doméstico. La «gran bestia», como Alexander Hamilton llamaba al temido y odiado enemigo público, tiene que ser domesticado o enjaulado, si el gobierno quiere asegurar «los intereses permanentes del país».

Las mismas «verdades duraderas» son aplicables a nuestros clientes extranjeros, de hecho con mucho más vigor, dado que sus limitaciones son mucho menores. Su práctica consistente lo demuestra con brutal claridad.

La tradicional oposición estadounidense a la democracia es entendible, y a veces reconocida con justicia de manera explícita. Tómese la década de los ochenta, cuando Estados Unidos estuvo dedicado a una «cruzada por la democracia», particularmente en América Latina, según la doctrina estándar. Algunos de los mejores estudios de este proyecto —un libro y varios artículos— son de Thomas Carothers, quien combina el enfoque del historiador con el del informador. Él estuvo en el Departamento de Estado bajo Reagan, involucrado en los programas para «asistir la democracia» en América Latina. Ésos fueron «honestos», escribe, pero en gran medida un fracaso —un fracaso extrañamente sistemático—. Donde la influencia estadounidense era menor, el progreso fue mayor: en el cono sur de América Latina, donde hubo un progreso real al cual se opusieron los reaganistas, éstos se adjudicaron el crédito por él, cuando no pudieron impedirlo. Donde la influencia estadounidense fue más grande —en Centroamérica—, el progreso fue menor. Ahí Washington «buscó inevitablemente sólo formas de cambio democrático limitadas y de arriba hacia abajo, que no pusieran en riesgo las estructuras tradicionales de poder con las cuales Estados Unidos ha estado aliado por mucho tiempo», escribe Carothers. Estados Unidos buscó mantener «el orden básico de [...] sociedades bastante no-democráticas» y de evitar el «cambio basado en el populismo» que podría trastornar «órdenes económicos y políticos establecidos» y abrir «una dirección de izquierda».

Esto es precisamente lo que estamos viendo justo ahora en el modelo primordial de Lake, si decidimos abrir nuestros ojos. En Haití, al presidente electo le fue permitido regresar después de que las organizaciones populares fuesen sometidas

das a una dosis suficiente de terror, pero únicamente después de que aceptó un programa económico dictado por Estados Unidos que estipulaba que «el Estado renovado tiene que centrarse en una estrategia económica enfocada hacia la energía e iniciativa de la sociedad civil, especialmente del sector privado, tanto nacional como internacional». Inversores estadounidenses son el núcleo de la sociedad civil haitiana junto con los super-ricos que apoyaron el golpe de Estado, pero no los campesinos y habitantes de los guetos que escandalizaron a Washington creando una sociedad civil tan viva y vibrante que fue capaz de elegir un presidente y entrar en la arena pública. Esta desviación de las normas aceptables fue superada de manera usual, con amplia complicidad estadounidense; por ejemplo, mediante la decisión de los gobiernos de Bush y Clinton de permitir a Texaco el envío de petróleo a los líderes golpistas en violación de las sanciones, un hecho crucial revelado por la Associated Press el día antes del desembarco de tropas estadounidenses, pero que todavía está a la espera de pasar por las portadas de los medios nacionales. El «Estado renovado» ha vuelto a la normalidad, siguiendo las políticas apoyadas por el candidato de Washington en las elecciones de 1990, que «salieron fuera de control», en las que recibió el 14% del voto.

Las mismas «verdades duraderas» son válidas para el peor violador de los derechos humanos en el hemisferio que —sin sorpresa alguna para cualquiera que sabe de historia— recibe la mitad de toda la ayuda militar estadounidense en el hemisferio: Colombia. Aquí se elogia como una democracia excepcional y es descrita por un grupo de derechos humanos de los jesuitas —que trata de funcionar a pesar del terror— como una «democra-dura», un término de Eduardo Galeano para la mezcla de formas democráticas y terror totalitario favorecida por la «sociedad tolerante realmente existente», cuando la democracia amenaza con «salirse del control».

## DEMOCRACIA, MERCADOS Y DERECHOS HUMANOS

En el mundo real, democracia, mercados, y derechos humanos están bajo un serio ataque en muchas partes del mundo, incluyendo a las más importantes democracias industriales. Además, la más poderosa de ellas –Estados Unidos– encabeza el ataque. Y en el mundo real, Estados Unidos nunca ha apoyado mercados libres, desde su historia más temprana hasta los años de Reagan, en que establecieron nuevos estándares de proteccionismo e intervención estatal en la economía, contrario a muchas ilusiones.

El historiador de economía Paul Bairoch recalca que «la escuela moderna de pensamiento proteccionista [...] nació en efecto en Estados Unidos», que fue el «país padrino y el bastión del proteccionismo moderno». Tampoco estuvo solo Estados Unidos. Gran Bretaña seguía un curso semejante antes que nosotros, volcándose hacia el libre comercio sólo después de que 150 años de proteccionismo le hubiese dado tan enormes ventajas que «condiciones competitivas iguales» parecían estar aseguradas, abandonando esta posición cuando la expectativa dejó de ser satisfecha. No es fácil encontrar una excepción. Los Primer y Tercer Mundos de hoy fueron mucho más similares durante el siglo XVIII. Una de las razones de las enormes diferencias desde entonces es que los que dominaban no aceptarían la disciplina del mercado que impusieron a la fuerza en sus dependencias. El «mito» más extraordinario de la ciencia económica, concluye Bairoch desde una revisión del desarrollo histórico, consiste en que el mercado libre provee el sendero del desarrollo: «Es difícil encontrar otro caso donde los hechos contradicen tanto una teoría dominante», escribe, subvalorando la importancia de la intervención del Estado para los ricos porque se limita de manera convencional a una restringida categoría de interferencias de mercado.

Para mencionar sólo un aspecto de la intervención esta-

tal que, comúnmente se omite de la historia económica estrechamente construida, hay que recordar que la revolución industrial temprana fue fundada sobre el algodón barato, al igual que la «edad de oro» de post-1945 dependía del petróleo barato. El algodón no se mantuvo barato por los mecanismos de mercado, sino por la eliminación de la población nativa y la esclavitud, –una interferencia más bien seria con el mercado, no considerado como un tópico de Economía, sino de otra disciplina–. Si las ciencias naturales tuvieran un departamento dedicado a los protones, otro a los electrones, un tercero a la luz, etc., cada uno limitándose a su dominio designado, habría poco temor de que se entendiera a la naturaleza.

El historial es impresionantemente consistente. Gran Bretaña utilizaba la fuerza para impedir el desarrollo industrial en la India y Egipto, actuando muy conscientemente para socavar una potencial competencia. Después de la revolución estadounidense, sus antiguas colonias se desarrollaron sobre un sendero propio, basándose en una extensiva protección y subsidios para su propia revolución industrial, primero en textiles y maquinaria, después acero y manufactura y así hasta el día de hoy: computadoras y electrónica en general, metalurgia, la industria aeronáutica, la agricultura, los farmacéuticos, de hecho, virtualmente todo sector operativo de la economía. Desde la Segunda Guerra Mundial, el sistema del Pentágono –incluyendo a la NASA y al Departamento de Energía– ha sido usado como un mecanismo óptimo para canalizar subsidios públicos hacia los sectores avanzados de la industria, una de las razones por las que sigue existiendo con escasos cambios después de la desaparición del presupuesto alegado. El actual presupuesto del Pentágono es más alto en dólares reales que bajo Nixon y no muy por debajo de su promedio durante la Guerra Fría y probablemente se incrementará bajo las políticas de los reaccionarios estadistas mal llamados «conservadores». Como

siempre, mucho de eso funciona como una forma de política industrial, un subsidio del contribuyente fiscal a la ganancia y el poder privados.

Partidarios más extremos del poder estatal y de la intervención han expandido estos mecanismos de asistencia social para los ricos. Básicamente por medio de los gastos militares, el gobierno de Reagan aumentó la proporción estatal en el PIB a más del 35% hasta el año de 1983, un incremento superior al 30%, respecto a la década precedente. La guerra de las galaxias fue vendida al público como «defensa» y a la comunidad empresarial como un subsidio público para tecnología avanzada. Si se hubiera permitido que las fuerzas del mercado funcionaran, entonces no habría una industria de acero automovilístico estadounidense ahora. Los reaganistas simplemente cerraron el mercado a la competencia japonesa. El entonces secretario de Hacienda, James Baker, proclamó orgullosamente ante un público empresarial que Reagan «había concedido más alivio frente a las importaciones a la industria estadounidense que cualquiera de sus predecesores en más de medio siglo». Era demasiado modesto: fue, de hecho, más que todos sus predecesores juntos, aumentándo las restricciones a las importaciones en un 23%. El economista internacional y director del instituto para la Economía Internacional, en Washington, Fred Bergsten (quien realmente aboga en favor del comercio libre), agrega que el gobierno de Reagan se especializó en el tipo de «comercio gerenciado» que más «restringe el comercio y cierra mercados», como por ejemplo los acuerdos de restricción voluntaria de exportaciones. Ésta es la «forma más insidiosa de proteccionismo», recalca, que «aumenta los precios, reduce la competencia y refuerza el comportamiento tipo cartel». El Informe Económico 1994 para el Congreso estima que las medidas proteccionistas de Reagan redujeron las importaciones industriales en un 20%.

Mientras que la mayoría de las sociedades industriales

se han vuelto más proteccionistas en las décadas recientes, los reaganistas muchas veces lideraron el proceso. Los efectos sobre el Sur han sido devastadores. Las medidas proteccionistas de los ricos han sido un factor principal en la duplicación del abismo –ya de por sí grande– entre los países más pobres y los más ricos, desde 1960. El Informe de las Naciones Unidas sobre el Desarrollo, de 1992, estima que tales medidas han privado al Sur de 500.000 millones de dólares al año, esto es alrededor de 12 veces la «ayuda» total –que en su mayor parte, de hecho, es promoción de exportaciones bajo diferentes disfraces. Este comportamiento es «virtualmente criminal», observó recientemente el distinguido diplomático y autor irlandés, Erskine Childers. Uno podría detenerse un momento para ver, por ejemplo el «genocidio silencioso» condenado por la OMS: 11 millones de niños que mueren cada año porque los países ricos les niegan centavos de ayuda, siendo Estados Unidos el más miserable de todos, aun si incluimos el componente más grande de «ayuda», que va hacia uno de los países ricos, el cliente americano Israel. Es un tributo al sistema de propaganda estadounidense el que sus ciudadanos groseramente sobrestiman los gastos de ayuda externa, al igual que hacen con la asistencia social, que también es miserable a la luz de los estándares internacionales, si excluimos la asistencia social para los ricos, y no la que tienen en la mente.

Los reaganistas reconstruyeron también la industria estadounidense de tarjetas electrónicas (chips) mediante medidas proteccionistas y un consorcio de gobierno e industria, para impedir que los japoneses tomaran posesión de ella. El Pentágono, bajo Reagan, apoyó también el desarrollo de ordenadores avanzados, convirtiéndose –en palabras de la revista *Science*– en «una fuerza clave del mercado» y «catapultando la computación paralela masiva del laboratorio hacia el estado de una industria naciente», para ayudar de esta manera a la creación de muchas «jóvenes compañías de supercomputación».

La historia continúa en la misma línea en prácticamente todos los sectores de la economía que funcionan.

La crisis social y económica global es comúnmente atribuida a fuerzas de mercado que son inexorables. Los analistas se dividen entonces en torno a la contribución de varios factores, primordialmente la automatización y el comercio internacional. Hay un elemento considerable de decepción en todo esto. Grandes subsidios estatales y la intervención del Estado siempre han sido necesarios, y todavía lo son, para hacer aparentar como eficiente al comercio, pasando por alto los costos ecológicos impuestos a las generaciones futuras que no «votan» en el mercado, y otras «externalidades», consignadas en las notas al pie de página. Para mencionar sólo una pequeña distorsión del mercado, una buena parte del presupuesto del Pentágono ha sido dedicada para «asegurar el flujo del petróleo a precios razonables» desde el medio Oriente, «predominantemente un territorio reservado para Estados Unidos», como observa Phebe Marr, de la Universidad de Defensa Nacional, en una revista académica; ésta es una contribución a la «eficiencia del comercio» que pocas veces recibe atención.

Véase el segundo factor, la automatización. Seguramente contribuye a las ganancias en algún momento, pero este momento fue alcanzado por décadas de protección dentro del sector estatal —la industria militar— como David Noble ha demostrado en una importante obra. Además ha demostrado que la forma específica de automatización fue escogida frecuentemente por razones de poder más que de ganancia o eficiencia; fue diseñada para desprofesionalizar a los trabajadores y subordinarlos al *management*, no por principios de mercado o la naturaleza de la tecnología, sino por razones de dominación y control.

Lo mismo es cierto en un sentido más general. Ejecutivos han informado a la prensa empresarial que una razón principal para trasladar trabajos industriales a países que tie-

nen mano de obra más cara es obtener ventajas en la guerra de clases. «Nos preocupa tener sólo un lugar donde se hace un producto», explica un ejecutivo de la corporación Gillette, principalmente por «problemas laborales». Si los trabajadores en Boston van a la huelga, explica, Gillette podría suministrar tanto a los mercados europeos como a los estadounidenses desde su planta en Berlín, rompiendo, de esta manera la huelga. Por lo mismo es simplemente razonable que Gillette emplee tres veces más trabajadores fuera de Estados Unidos, independientemente de los costos y no por razones de eficiencia económica. De manera similar, la corporación Caterpillar, que ahora está tratando de destruir los últimos restos del sindicalismo industrial, está prosiguiendo «una estrategia empresarial que ha empujado a los trabajadores americanos desde una posición de desafío hacia una de sumisión», informa el corresponsal para asuntos empresariales, James Tyson. La estrategia incluye «manufacturar en instalaciones más baratas en el exterior y contar con importaciones desde fábricas en Brasil, Japón y Europa». Esto se facilita por las ganancias que se han vuelto extraordinarias al tiempo que se diseña la política social para enriquecer a los acaudalados; la contratación de «temporales» y «trabajadores de remplazo permanente» en violación de los estándares internacionales del trabajo; y la complicidad del Estado criminal que se niega a cumplir con las leyes laborales, una posición convertida en cuestión de principio por los reaganistas, como *Business Week* documentó en una importante reseña.

El significado real del «conservadurismo de mercado libre» es ilustrado si observamos de cerca a los entusiastas más apasionados por querer «quitarnos el gobierno de encima» y dejar que el mercado reine sin ser perturbado. El portavoz de la Cámara baja, Newt Gingrich, es quizás el ejemplo más impresionante. Él representa al Condado de Cobb en Georgia, al cual el *New York Times* seleccionó para ilustrar en

una nota de primera plana la creciente ola de «conservadurismo» y de desprecio para el «Estado-nodrizo». El titular dice: «El conservadurismo florece entre los supermercados», en este acaudalado suburbio de Atlanta, escrupulosamente aislado de cualquier infección urbana, de tal manera que los habitantes pueden disfrutar de sus «valores empresariales» y entusiasmo de mercado, defendidos en el Congreso por el guía conservador, Newt Gingrich, en un «mundo de Norman Rockwell con computadores de fibra óptica y aviones jet», como Gingrich describió su distrito con mucho orgullo.

Hay, sin embargo, una pequeña nota al pie de página. El Condado de Cobb recibe más subsidios federales que cualquier otro suburbio en el país, con dos excepciones interesantes: Arlington, Virginia, que es, efectivamente, parte del gobierno federal, y la zona de Florida que alberga el Centro Espacial Kennedy, otro componente del sistema de subsidio público-ganancia privada. Si salimos del sistema federal mismo, el Condado de Cobb toma el liderazgo en extorsionar fondos del contribuyente fiscal, quien es también responsable del financiamiento de «aviones jet y computadores con fibras ópticas» del mundo de Norman Rockwell. La mayoría de los trabajos en el Condado de Cobb, debidamente con altos salarios, se generan nutriéndose del pesebre público. La riqueza de la región de Atlanta, en general, puede rastrearse sustancialmente hacia la misma fuente, Mientras tanto, los elogios de los milagros de mercado llegan a los cielos donde el «conservadurismo está floreciendo».

El «contrato con América» de Gingrich ejemplifica claramente la ideología del «libre mercado» de doble filo: protección estatal y subsidio público para los ricos, disciplina de mercado para los pobres. Llama a «recortar los gastos sociales» y los pagos en salud para los pobres y personas mayores, negando ayuda para niños y recortando programas de asistencia social —para los pobres—. También convoca a incrementar la asistencia a los ricos, siguiendo el camino clá-

sico: medidas fiscales regresivas y subsidios directos. En la primera categoría están incluidas mayores franquicias fiscales para empresas y ricos, reducción de impuestos sobre ganancias de capital, etc. En la segunda categoría se trata de subsidios de los contribuyentes fiscales para inversiones en plantas y equipo, reglas más favorables para la depreciación, el desmantelamiento del aparato regulador que sólo protege a la población y las generaciones futuras y fortaleciendo nuestra defensa nacional» para que podamos «mantener (mejor) nuestra credibilidad en el mundo» de tal manera que, cualquiera que tenga ideas extrañas, como sacerdotes y organizadores campesinos en América Latina, va a entender que «lo que nosotros decimos, se hace».

La frase «defensa nacional» no es siquiera un chiste enfermizo, que debería provocar burlas entre gente que se respeta a sí misma. Estados Unidos no enfrenta ninguna amenaza, pero gasta casi tanto en «defensa» como el resto del mundo combinado. Sin embargo, los gastos militares no son bromas. Además de asegurar una particular forma de «estabilidad» en el «interés permanente» de los que cuentan, necesita el Pentágono para proveer a Gingrich y a su rica clientela, para que puedan fulminar contra el Estado-nodriza que está llenando sus bolsillos.

El contrato es notablemente descarado. De ahí que las propuestas para incentivos empresariales, reducción de impuestos sobre ganancias y otras asistencias sociales de este tipo para los ricos aparecen bajo el concepto de «Ley para la creación de empleos y el acrecentamiento de los salarios». La sección incluye, en efecto, una provisión de medidas «para crear empleos y aumentar los salarios de los trabajadores» —con la palabra agregada: «sin financiamiento»—. Pero no importa. En el *Newspeak* contemporáneo, la palabra «empleos» debe entenderse como «ganancias», de ahí que se trata, en efecto, de una propuesta para «crear empleos», que continuará «acrecentando» los salarios hacia abajo.

Este patrón retórico es también general. Mientras estamos reunidos, en noviembre de 1994, Clinton se prepara para ir a la cumbre económica de Asia-Pacífico en Yakarta, donde tendrá poco que decir sobre la conquista de Timor Oriental que llegó a su clímax casi genocida con la amplia ayuda militar estadounidense, o sobre el hecho de que los salarios en Indonesia son el 50% de los de China, mientras que los trabajadores que tratan de formar sindicatos son asesinados o encarcelados. Pero, sin lugar a dudas, hablará sobre los temas que enfatizó en la última cumbre de la APEC en Seattle, donde presentó su «gran visión de un futuro de libre mercado», ante mucha reverencia, asombro y aclamación. Había decidido hacer esto en un hangar de la corporación aérea Boeing, ofreciendo este triunfo de valores empresariales como el ejemplo primordial de la gran visión del mercado libre. La selección (del lugar) tiene sentido: Boeing es el principal exportador del país, aviones civiles encabezan las exportaciones industriales estadounidenses, y la industria del turismo —basada en el transporte aéreo— representa el 30% del excedente comercial estadounidense en servicios.

Sólo algunos hechos fueron omitidos ante el entusiasta coro. Antes de la Segunda Guerra Mundial, Boeing prácticamente no tenía beneficios. Se enriqueció durante la guerra, con un gran incremento en inversiones, de las que más del 90% provenían del gobierno federal. Las ganancias también florecieron cuando Boeing incrementó su valor neto en más de cinco veces, realizando su deber patriótico. Su «fenomenal historia financiera» en los años que siguieron, se basaba también en la largueza del contribuyente fiscal, señaló Frarik Kofsky en un estudio de las primeras fases de posguerra del sistema del Pentágono, «permitiendo a los dueños de las compañías aéreas cosechar ganancias fantásticas con inversiones mínimas de su parte».

Después de la guerra, el mundo empresarial reconoció

que «la industria aérea contemporánea no puede existir satisfactoriamente en una economía libre empresarial pura, competitiva, sin subsidios y que «el gobierno es su único salvador posible» (*Fortune, Business Week*). El sistema del Pentágono fue revitalizado como el «salvador», para sostener y expandir la industria junto con la mayor parte del resto de la economía industrial. La Guerra Fría proveyó el pretexto. El primer secretario de la Fuerza Aérea, Stuart Symington, presentó el asunto con claridad en enero de 1948: «La palabra a usar no era “subsidio”; la palabra a usar era “seguridad”». Como representante industrial en Washington, Symington regularmente demandó suficientes fondos de adquisición en el presupuesto militar para «satisfacer las necesidades de la industria aérea», como decía, ganando la Boeing la mayor parte.

Y así la historia continúa. A inicios de los ochenta, Boeing contaba con los negocios militares para «la mayor parte de sus ganancias» y después de una baja de 1989 a 1991, su sección de defensa y espacial tuvo un «tremendo retorno» como informó el *Wall Street Journal*. Una razón es el auge de ventas militares externas, cuando Estados Unidos se convertía en el mayor vendedor de armamentos, cubriendo alrededor del 75% del mercado del Tercer Mundo, basándose en una amplia intervención del gobierno y subsidios públicos para suavizar el camino. En cuanto a las ganancias del mercado civil, una estimación adecuada de su volumen excluiría la contribución que se deriva de la tecnología de doble uso y otras contribuciones del sector público que son difíciles de cuantificar con precisión pero, sin lugar a dudas, muy sustanciales.

La comprensión de que la industria no puede sobrevivir en una «economía de libre empresa» se extendió mucho más allá de los aviones. La pregunta operativa después de la guerra consistía en qué forma debería tomar el subsidio público. Líderes empresariales entendieron que gastos sociales po-

drían estimular la economía, pero prefirieron la alternativa militar, por razones que tienen que ver con privilegio y poder, no con «racionalidad económica». En 1948, la prensa empresarial consideraba los «gastos de Guerra Fría» de Truman como una «fórmula mágica para tiempos buenos casi interminables» (*Steel*). Tales subsidios públicos podrían «mantener un tono ascendente», comentó *Business Week*, siempre y cuando los rusos cooperaran con una postura lo suficientemente amenazante. En 1949, notaron con alivio que «hasta ahora las iniciativas de paz han sido barridas a un lado» por Washington, pero siguieron preocupados porque su «ofensiva de paz», pese a todo, pudiera interferir con «la perspectiva de un continuo crecimiento en los gastos militares». El *Magazine of Wall Street* vio los gastos militares como una forma de «inyectar nueva fuerza en toda la economía» y un par de años más tarde, consideró «obvio que tanto las economías extranjeras como la nuestra dependen ahora principalmente del volumen de los continuos gastos para armamentos en este país», refiriéndose al keynesianismo militar internacional que finalmente tuvo éxito en la reconstrucción de las sociedades capitalistas industriales foráneas.

El sistema del Pentágono tiene numerosas ventajas sobre formas alternativas de intervención en la economía: Traslada al público una gran carga de los costos mientras asegura un mercado garantizado para la producción en exceso. No menos significativo es que no tiene los efectos colaterales indeseables que tiene el gasto social dirigido hacia las necesidades humanas. Aparte de sus efectos redistributivos no bienvenidos, tales gastos tienden a interferir con las prerrogativas de los ejecutivos; una producción útil puede socavar la ganancia privada, mientras que la producción de derroche (armas, extravagancias tales como el hombre en la luna, etc.) subsidiada por el Estado es un regalo para el dueño y el ejecutivo quien se entregará enseguida a cualquier producto derivado que sea interesante para el mercado. Los gastos

sociales pueden levantar también el interés y la participación públicos, aumentando de esta forma la amenaza de la democracia. Por estas razones, *Business Week* explicaba en 1949 que, «existe una diferencia social y económica tremenda entre gastos de inversiones gubernamentales para la asistencia social y para lo militar», siendo lo último mucho más preferible. Y así continúa, notablemente en el Condado de Cobb y otros baluartes semejantes de la doctrina libertaria y de los valores empresariales.

Los mercados libres son buenos para el Tercer Mundo y su creciente contraparte aquí. Madres con niños dependientes pueden ser aleccionadas severamente sobre la necesidad de tener confianza en sí mismas, pero no los ejecutivos e inversionistas dependientes, por favor. Para ellos, el Estado benefactor tiene que florecer. «Amor duro» es justo la consigna adecuada para la política estatal, siempre y cuando le demos el significado correcto: amor para los ricos, dureza para todos los demás.

Sobra decir que concentrándose en los países ricos como el nuestro, esto es altamente engañoso. El «neoliberalismo» de doble filo tiene, con mucho, sus efectos más letales en los tradicionales dominios coloniales, que —aparte del área basada en Japón—, son en gran medida un desastre, mejorando solamente por medidas económicas asentadas ideológicamente, que ignoran los efectos sobre las personas. Con apologías desesperanzadamente inadecuadas para las víctimas, dejaré a un lado esta terrible historia de grandes crímenes contra la humanidad, por los cuales seguimos teniendo responsabilidad.

## CRISIS GLOBAL ECONÓMICA

Los principales factores que han conducido a la actual crisis económica global se entienden razonablemente bien.

Uno es la globalización de la producción, que ha ofrecido a los empresarios la provocadora perspectiva de hacer retroceder las victorias en derechos humanos conquistadas por la gente trabajadora. La prensa empresarial francamente advierte a los «mimados trabajadores occidentales» que tienen que abandonar sus «estilos de vida lujosos» y tales «rigideces del mercado» como seguridad del trabajo, pensiones, salud y seguridad laboral, y otras tonterías anacrónicas. Economistas enfatizan que el flujo laboral es difícil de estimar, pero ésta es una parte pequeña del problema. La amenaza es suficiente, para forzar a la gente a aceptar salarios más bajos, jornadas más largas, beneficios y seguridad reducidos y otras «inflexibilidades» [«rigideces»] de esta naturaleza. El fin de la Guerra Fría que reintegra a la mayor parte de Europa del Este a su tradicional papel de proveedor de servicios, pone nuevas armas en las manos de los dueños, como informa la prensa empresarial con irrestricto regocijo, General Motors y Volkswagen pueden desplazar la producción hacia un Tercer Mundo restaurado en el Este, donde pueden encontrar trabajadores a una fracción de los costos de los «mimados trabajadores occidentales», mientras se benefician con altas tarifas proteccionistas y demás amenidades que los «mercados libres realmente existentes» proveen para los ricos. Estados Unidos y Gran Bretaña conducen el proceso de pulverizar a los pobres y a la gente trabajadora, pero otros serán arrastrados, gracias a la integración global.

Y mientras el ingreso familiar medio continúa descendiendo, aun bajo las condiciones de una recuperación lenta, la revista *Fortune* disfruta con malicia de las ganancias «deslumbrantes» de los *Fortune* 500, pese al «estancado» crecimiento de las ventas. La realidad de la «magra y mala época» es que el país está inundado en capital —pero en las manos correctas—. La desigualdad ha regresado a los niveles anteriores a la Segunda Guerra Mundial, si bien América

Latina tiene la peor historia en el mundo, gracias a nuestra benevolente tutela. Como el Banco Mundial —entre otros— reconoce, una igualdad relativa y gastos para la salud y educación son factores significantes para el crecimiento económico (para no mencionar la calidad de vida que dan). Pero aquél sigue actuando también, para incrementar la desigualdad y socavar el gasto social, en beneficio de los «intereses permanentes».

Un segundo factor en la actual catástrofe del capitalismo de Estado que ha dejado una tercera parte de la población mundial virtualmente sin medios de subsistencia, es la gran explosión del capital financiero no regulado desde que el sistema de *Bretton Woods* fue desmantelado hace veinte años, con quizás un billón de dólares fluyendo diariamente. Su constitución ha cambiado también de manera radical. Antes de que el sistema fuera desmantelado por Richard Nixon, alrededor del 90% del capital en intercambios internacionales era para inversión y comercio, el 10% para especulación. Alrededor de 1990, esos números se habían invertido. Un informe de la UNCTAD estima que el 95% se usa actualmente para la especulación. En 1978, cuando los efectos ya estaban a la vista, el premio Nobel en Economía, James Tobin, sugirió en su discurso presidencial a la Asociación Economistas Estadounidenses que deberían constituirse impuestos para desacelerar los flujos especulativos, que llevarían el mundo hacia una economía de escaso crecimiento, bajos salarios y altas ganancias. En la actualidad, este punto es ampliamente reconocido; un estudio dirigido por Paul Volcker, anterior jefe de la Reserva Federal, atribuye alrededor de la mitad de la desaceleración sustancial en el crecimiento económico desde los comienzos de los años setenta al incremento de la especulación.

En general, el mundo está siendo movido hacia un tipo de modelo del Tercer Mundo, por una política deliberada de Estado y las corporaciones, con sectores de gran riqueza,

una gran masa de miseria y una gran población superflua, desprovista de todo derecho porque no contribuye en nada a la generación de ganancias, el único valor humano.

La población excedente tiene que ser mantenida ignorante, pero también debe ser controlada. Este problema es enfrentado de manera directa en los dominios del Tercer Mundo que han sido sometidos por mucho tiempo al control occidental, y, por lo tanto, reflejan los valores conductores con mayor claridad: mecanismos favorecidos incluyen el terror a gran escala, escuadrones de la muerte, la «limpieza social» y otros métodos de probada eficiencia. Aquí, el método favorito ha sido el de confinar a la gente superflua en guetos urbanos que crecientemente se parecen a campos de concentración. Si esto falla, van a las cárceles, que son la contraparte en una sociedad más rica, a los escuadrones de la muerte que nosotros entrenamos y apoyamos en nuestros dominios. Bajo los entusiastas reaganistas del poder estatal, el número de presos en Estados Unidos casi se triplicó, dejando nuestros principales competidores, África del Sur y Rusia, muy atrás —si bien Rusia acaba de alcanzarnos, ya que empieza a dominar los valores de sus tutores estadounidenses.

La «guerra de las drogas», que es en gran medida fraudulenta, ha servido como un mecanismo principal para encarcelar a la población no deseada. Una nueva legislación penal debería facilitar el proceso, con sus procedimientos judiciales mucho más severos. Los nuevos y enormes gastos para prisiones también son bienvenidos como otro estímulo keynesiano a la economía. «Las empresas cobran», escribe el *Wall Street Journal*, reconociendo una nueva manera de ordeñar al público en esta era «conservadora». Entre los afortunados se encuentran la industria de la construcción, consultorios legales, el floreciente y beneficioso complejo de cárceles privadas, «los nombres más elevados de las finanzas», tales como Goldman Sachs, Prudential y otros, «compitiendo para asegurar la construcción de cárceles con

bonos (obligaciones) privados, exentos de impuestos»; y, para no olvidarse «el establecimiento de defensa» (Westinghouse, etc.), «olfateando un nuevo campo de negocios» en la supervisión de alta tecnología y sistemas de control del tipo que *Big Brother* habría admirado».

No sorprende que el Contrato de Gingrich llame a la expansión de esta guerra contra los pobres. La guerra tiene como blanco primordial a los afroestadounidenses; la estrecha correlación entre raza y clase hace el procedimiento simplemente más natural. Los hombres negros son considerados como una población criminal, concluye el criminólogo William Chambliss, autor de muchos estudios, incluyendo la observación directa por parte de estudiantes y profesores en un proyecto con la policía de Washington. Esto no es exactamente correcto; se supone que los criminales tienen derechos constitucionales, pero como muestran los estudios de Chambliss y otros, esto no es cierto para las comunidades escogidas como puntos de mira, que son tratadas como una población bajo ocupación militar.

Los negros constituyen un blanco particularmente bien escogido porque están indefensos. Y la generación de miedo y odio es, por supuesto, un método estándar de control de la población, trátase de negros, judíos, homosexuales, reinas de la asistencia social o algún otro diablo designado. Éstas son las razones básicas, parece, para el crecimiento de lo que Chambliss llama «la industria de control del crimen». No es que el crimen no sea una amenaza real para la seguridad y la supervivencia; lo es y lo ha sido durante mucho tiempo. Pero no se enfrentan las causas; más bien, el crimen es explotado de diferentes maneras como un método de control de la población.

En general, son los sectores más vulnerables, los que están siendo atacados. Los niños son otro blanco natural. El asunto ha sido tratado en varios estudios importantes, uno de ellos es un análisis de 1993 de la UNICEF, realizado por la

reconocida economista estadounidense Silvia Ann Hewlett, llamado *La negligencia para con niños en las sociedades ricas*. Estudiando los últimos quince años, Hewlett encuentra una marcada división entre las sociedades angloamericanas y las de Europa continental y Japón. El modelo angloamericano, escribe Hewlett, es un «desastre» para niños y familias; el modelo europeo-japonés, en contraste, ha mejorado su situación considerablemente. Como otros, Hewlett, atribuye el «desastre» angloamericano a la preferencia ideológica para los «mercados libres». Pero ésta es sólo una verdad a medias, como he mencionado. Cualquier nombre que uno quisiera dar a la ideología reinante, es injusto manchar el buen nombre del «conservadurismo», aplicándolo a esta forma de estatismo reaccionario, violento y sin ley, con su desprecio hacia la democracia y los derechos humanos, y también a los mercados.

Dejando a un lado las causas, no hay mucha duda sobre los efectos de lo que Hewlett llama «el espíritu antiniños desatado en estas tierras», primordialmente en Estados Unidos y Gran Bretaña. El «modelo angloamericano lleno de negligencia» ha privatizado en gran medida los servicios de atención a los niños, dejándolos fuera del alcance de la mayoría de la población. El resultado es un desastre para niños y familias, mientras que en el «modelo europeo que es mucho más asistencial», la política social ha reforzado los sistemas de apoyo hacia ellos.

Una comisión de alto nivel de los Consejos Educativos de los Estados y de la AMA ha recalcado que «nunca antes una generación de niños ha sido menos salubre, menos atendida o menos preparada para la vida que sus padres en la misma edad»; si bien es sólo en las sociedades angloamericanas, donde «un espíritu anti-niño y anti-familia» ha dominado durante quince años bajo la apariencia del «conservadurismo» y de los «valores familiares», un triunfo doctrinal que cualquier dictador admiraría.

En parte, el desastre es simplemente un resultado de los salarios decrecientes. Para una gran parte de la población, ambos padres tienen que trabajar tiempo extra simplemente para proveer lo necesario. Y la eliminación de las «rigideces del mercado» significa que tienes que trabajar horas extras por salarios más bajos –si no, las consecuencias son imprevisibles–. El tiempo en que padres y niños están en contacto se ha reducido radicalmente. Hay un fuerte incremento en el uso de la televisión para la supervisión de los niños, niños encerrados, alcoholismo infantil y uso de drogas, criminalidad, violencia de y contra niños, y otros efectos evidentes sobre la salud, la educación y la capacidad de participar en una sociedad democrática –o, siquiera, sobre la supervivencia.

Éstas no son, nuevamente, leyes de la naturaleza, pero sí políticas sociales conscientemente diseñadas con un objetivo particular: enriquecer a los *Fortune 500* [la lista de las 500 personas más ricas], exactamente lo que sucede, mientras Gingrich y sus semejantes predicán impunemente «valores familiares», con la ayuda de aquellos que la prensa obrera del siglo XIX llamaba «el sacerdocio comprado».

Algunas consecuencias de la guerra contra niños y familias, sí reciben gran atención, en una manera que es ilustrativa. En las últimas semanas, importantes revistas han prestado una amplia atención a nuevos libros preocupados con los decrecientes cocientes de inteligencia (IQ) y aprendizajes escolares. El *New York Times Book Review* dedicó un artículo inhabitualmente largo a este tópico, escrito por su redactor de ciencias, Malcolm Browne, quien lo inicia con la advertencia de que gobiernos y sociedades que ignoren los tópicos tematizados por estos libros «lo harán a su propio riesgo». No hay ninguna mención del estudio de la UNICEF, y tampoco he visto ninguna reseña en otra parte –o de hecho, de cualquier estudio que se ocupara de la guerra contra los niños y familias en las sociedades angloamericanas.

Entonces, ¿cuál es la pregunta que ignoramos a nuestro propio riesgo? Sucede que es bastante limitada: posiblemente el IQ es parcialmente heredado, y de manera más ominosa, vinculado a la raza, con negros que engendran como conejos y echan a perder la reserva genética. Quizás las madres negras no crían a sus niños porque se desarrollaron en el cálido pero altamente impredecible ambiente de África, sugiere uno de los autores de los libros reseñados. Ésta es ciencia verdadera, que ignoramos a nuestro propio riesgo. Pero podemos, de hecho tenemos, que ignorar las políticas sociales para los pobres y la protección estatal para los ricos –basadas en el mercado libre–, y el hecho, por ejemplo, de que en la ciudad donde aparecen estos materiales –que es la más rica en el mundo– el 40% de los niños vive debajo de la línea de pobreza, privado de la esperanza de escapar de la miseria y la indigencia. ¿Podría esto tener algo que ver con el estado de los niños y sus logros? Podemos ignorar enseguida tales interrogantes –una decisión natural de los ricos y poderosos, dirigiéndose unos a los otros y buscando justificaciones para la guerra de clases que conducen y sus efectos humanos.

No insultaré su inteligencia discutiendo los méritos científicos de estas contribuciones, habiéndolo hecho en otros trabajos, como ya lo hicieron muchos otros.

Éstas son algunas de las formas más feas de control de la población. En la variante más benigna, el populacho tiene que ser desviado hacia actividades no problemáticas por las grandes instituciones de propaganda, organizadas y dirigidas por la comunidad empresarial, estadounidense, de tipo medio, que dedica un enorme capital y energía para convertir a la gente en átomos para el consumo y herramientas obedientes para la producción (si tienen la suficiente suerte para encontrar trabajo) –aislados uno del otro, carentes aun de una concepción de lo que una vida humana decente podría ser. Esto es importante. Los sentimientos humanos normales

tienen que ser aplastados. Son inconsistentes con una ideología acomodada a las necesidades del privilegio y poder, que celebra la ganancia privada como el valor humano supremo y niega los derechos de la gente más allá de lo que ésta puede salvar en el mercado laboral –aparte de los ricos, que deben recibir una amplia protección por el Estado.

Junto con la democracia, los mercados también son atacados. Aun dejando a un lado la masiva intervención estatal en Estados Unidos y en la economía internacional, la creciente concentración económica y el control de mercado ofrecen mecanismos infinitos para evadir y socavar la disciplina de mercado, una larga historia que no podemos abordar en este ensayo por razones de espacio. Para mencionar sólo un aspecto, alrededor del 40% del «comercio mundial» no es, realmente, comercio; consiste en operaciones internas de las corporaciones, gerenciadas de manera central por una mano altamente visible, con toda clase de mecanismos para socavar los mercados en beneficio de ganancia y poder. El sistema casi-mercantilista del capitalismo transnacional corporativo está lleno de las formas de conspiraciones de los dominantes, sobre las cuales advertía Adam Smith, para no hablar de la tradicional utilización y dependencia del poder estatal y del subsidio público. Un estudio de 1992 de la OCDE concluye que la «competencia oligopólica y la interacción estratégica entre empresas y gobiernos, antes que la mano invisible de las fuerzas del mercado, condicionan en la actualidad las ventajas competitivas y la división internacional del trabajo en las industrias de alta tecnología», tales como agricultura, farmacéuticos, servicios y otras áreas importantes de la economía, en general. La gran mayoría de la población mundial, que está sujeta a la disciplina del mercado e inundada con odas a sus milagros, no debe escuchar esas palabras; y pocas veces las oye.

Me temo que esto apenas toca la superficie. Es fácil de entender el estado de desesperación, ansiedad, falta de espe-

ranza, enojo y temor que prevalece en el mundo, fuera de los sectores opulentos y privilegiados y del «sacerdocio comprado» que cantan alabanzas a nuestra magnificencia, una característica notable de nuestra «cultura contemporánea», si se puede pronunciar esta frase sin vergüenza.

Hace 170 años, muy preocupado con el destino del experimento democrático, Thomas Jefferson hizo una distinción útil entre «aristócratas» y «demócratas». Los «aristócratas» eran «quienes tienen temor y desconfianza en la gente y desean quitarles todos los poderes para ponerlos en manos de las clases altas». Los demócratas, en cambio, «se identifican con la gente, tienen confianza en ella, la elogian y la consideran el honesto y seguro depositario del interés público», si no siempre «los más sabios». Los aristócratas de sus días eran los protagonistas del naciente Estado capitalista, que Jefferson consideraba con mucha consternación, reconociendo la contradicción entre democracia y capitalismo, que es mucho más evidente en la actualidad, cuando tiranías privadas sin control adquieren un poder extraordinario sobre todos los aspectos de la vida.

Como siempre en el pasado, uno puede escoger ser un demócrata en el sentido de Jefferson, o un aristócrata. El segundo camino ofrece ricas recompensas, dado el lugar de riqueza, privilegio y poder, y los fines que naturalmente busca. El otro sendero es uno de lucha, muchas veces de derrota, pero también de recompensas que no pueden ser imaginadas por aquellos que sucumben a lo que la prensa obrera denunciaba hace 150 años como «el Nuevo Espíritu de la época»: «Gana riqueza, olvidando todo menos lo tuyo».

El mundo de hoy está lejos del mundo de Thomas Jefferson o de los trabajadores de mediados del siglo XIX. Pero, las alternativas que ofrece, no han cambiado en esencia.



## GLOBALIZACIÓN Y POBREZA

VANDANA SHIVA<sup>1</sup>

Visité Bhatinda en el Punjab, a consecuencia de una epidemia de suicidios entre los campesinos.

El Punjab fue alguna vez la más próspera región agrícola de la India. Hoy, cada campesino está desesperado y endeudado. Vastas extensiones de tierra se han transformado en desiertos sedientos de agua. Y como señaló un viejo campesino, incluso los árboles han dejado de dar frutos debido a que el fuerte uso de pesticidas ha matado a los polinizadores –las abejas y las mariposas.

Y el Punjab no está solo en esta experiencia de desastre ecológico y social. El último año estuve en Warangal, en Andhra Pradesh, donde también los campesinos se estaban suicidando, agricultores que tradicionalmente cultivaban legumbres, mijo y arroz habían sido atraídos por las compañías de semillas a comprar semillas híbridas de algodón que eran señaladas por los mercaderes semilleros como «oro blanco» y que supuestamente les haría millonarios. Al contrario, ellos se convirtieron en mendigos.

Sus semillas nativas habían sido desplazadas con nuevos híbridos que no podían ser almacenados y debían ser comprados cada año a un alto precio. Los híbridos eran también muy vulnerables a los ataques de las plagas. Los gastos en

---

<sup>1</sup> Vandana Shiva es médico, escritora y activista hindú del ecofeminismo. Directora de la Research Foundation for Science, Technology and Ecology. El texto procede de una conferencia, difundida por la BBC en el año 2000. Su versión audiovisual puede consultarse en: [http://news.bbc.co.uk/hi/english/static/events/reith\\_2000/lecture5.htm](http://news.bbc.co.uk/hi/english/static/events/reith_2000/lecture5.htm).

pesticidas en Warangal se incrementaron en un 2.000%, desde 2,5 millones de dólares en 1980 a 50 millones en 1997. Ahora los campesinos están consumiendo los mismos pesticidas como un modo de matarse para escapar permanentemente de deudas que ya no pueden pagar.

Las corporaciones están ahora tratando de introducir semillas modificadas genéticamente que aumentarán aún más los costos y riesgos ecológicos; es por ello que campesinos como Malla Reddy del sindicato de agricultores de Andhra Pradesh ha arrancado de raíz el algodón *bollgard* genéticamente modificado de Monsanto en Warangal.

El 27 de marzo Betavati Ratan, de 25 años, se quitó la vida porque no podía hacer frente a las deudas de la perforación un tubo de drenaje en su granja de 2 acres. Las cisternas ahora están secas, como lo están las cisternas en Gujarat y en Rajasthan donde más de 50 millones de personas se enfrentan a la hambruna por falta de agua.

La sequía no es «un desastre natural». Ha sido «hecha por el hombre». Es el resultado de la extracción de la escasa agua subterránea de las regiones áridas para alimentar los sedientos y costosos cultivos en vez de los cultivos para las necesidades locales, que son menos consumidores de agua.

Son experiencias como éstas las que me han enseñado que estamos muy equivocados con respecto a la economía global. Defiendo en esta conferencia que es preciso detenernos a pensar acerca del impacto de la globalización sobre la vida de la gente común. Esto es vital para alcanzar la sustentabilidad.

Seattle y las protestas del último año en contra de la Organización Mundial de Comercio nos obligan a todos a pensar de nuevo. A través de esta serie de conferencias muchos ponentes se han referido a aspectos del desarrollo sustentable dando la globalización como un hecho establecido. Para mí ya es hora de reevaluar radicalmente lo que estamos haciendo. Ya que lo que hacemos a lo pobres en nombre de

la globalización es brutal e imperdonable. Esto es especialmente evidente en la India, donde tenemos testimonios de los desastres que despliega la globalización, especialmente en lo que se refiere a la alimentación y a la agricultura.

¿Quién alimenta al mundo? Mi respuesta es muy diferente a la que da la mayoría de la gente. Son las mujeres y los pequeños campesinos que trabajan con la biodiversidad, los principales proveedores de alimento en el Tercer Mundo y, al contrario de la opinión dominante, sus pequeñas parcelas basadas en la biodiversidad son más productivas que los monocultivos industriales.

La rica diversidad y los sistemas sustentables de producción alimenticia están siendo destruidos en nombre de la creciente producción de alimentos. Sin embargo, con la destrucción de la diversidad desaparecen ricas fuentes de nutrición. Cuando se mide en términos de nutrición por acre, y desde la perspectiva de la biodiversidad, el denominado «alto rendimiento» de la agricultura industrial o de las pesquerías industriales no implican más producción de alimentos y nutrición.

El rendimiento usualmente se refiere a la producción por unidad de área de un único cultivo. El resultado se refiere a la producción total de diversos cultivos y productos. Al plantar sólo un cultivo en todo un campo como monocultivo aumentará, por supuesto, su rendimiento individual. Plantando múltiples cultivos en una combinación se tendrá un rendimiento bajo de cultivos individuales, pero el resultado total en la producción de alimentos será mayor. El rendimiento ha sido definido de tal manera que prácticamente hacemos desaparecer la producción de alimentos de pequeños agricultores en pequeñas parcelas. Ello también oculta la producción de millones de mujeres campesinas en el Tercer Mundo –agricultoras como las de mi Himalaya nativo, que luchan contra la tala en el Movimiento Chipko, que hacen crecer en sus campos escalonados la *jhangora* (un tipo

de arroz), el *marsha* (amaranto), el *tur* (una legumbre), el *urat* (garbanzo negro), el *gahat* (un tipo de garbanzo), la soja, el *bhat* (otro tipos de soja), una infinita diversidad en sus campos—. Desde la perspectiva de la biodiversidad, la productividad basada en la biodiversidad es más alta que la productividad del monocultivo. Por eso llamo a esta ceguera ante la alta productividad de la diversidad «un monocultivo de la mente», que crea monocultivos en nuestros campos y en nuestro mundo.

Los campesinos mayas en Chiapas (México) son caracterizados como improductivos porque producen sólo dos toneladas de maíz por acre. Sin embargo, la producción de alimentos completa es de 20 toneladas por acre cuando se consideran también sus alubias y sus calabazas, sus verduras y sus árboles frutales.

En Java pequeños agricultores cultivan 607 especies en los huertos de sus casas. En el África subsahariana las mujeres cultivan 120 plantas diferentes. Un solo huerto doméstico en Tailandia tiene 230 especies y los huertos africanos contienen más de 60 especies de árboles.

Las familias rurales en el Congo comen hojas de más de 50 especies diferentes de árboles de sus parcelas.

Un estudio en Nigeria oriental descubrió que los huertos domésticos ocupaban solamente el 2% de la tierra cultivable del grupo familiar y equivalían a la mitad del total de la producción agrícola. En Indonesia el 20% del ingreso de la familia y el 40% de la provisión de alimentos domésticos proviene de huertos domésticos administrados por las mujeres.

Investigaciones hechas por la FAO demuestran que las pequeñas parcelas biodiversas pueden producir miles de veces más alimentos que los grandes monocultivos industriales. Y que la diversidad, además de dar más alimentos, es la mejor estrategia para prevenir la sequía y la desertificación.

Lo que necesita el mundo para alimentar una población creciente de manera sustentable es la intensificación de la biodiversidad, no la intensificación química ni la intensificación de la ingeniería genética. Mientras las mujeres y los pequeños campesinos alimentan al mundo mediante la biodiversidad se nos dice repetidamente que sin ingeniería genética y sin globalización de la agricultura el mundo se morirá de hambre. En contra de toda la evidencia empírica que muestra que la ingeniería genética no produce más alimentos y de los hechos que a menudo conducen a una caída del rendimiento, se promueve constantemente como la única alternativa a nuestro alcance para alimentar a los hambrientos. Es por eso que preguntamos, ¿quién alimenta al mundo?

La deliberada ceguera ante la diversidad, la ceguera ante la producción de la naturaleza, ante la producción de las mujeres, ante la producción de los campesinos del tercer mundo, permite que la destrucción y la apropiación sean presentadas como creación.

Consideremos el caso del tan alabado «arroz de oro», o de la vitamina A del arroz genéticamente modificado, como una cura para la ceguera. Se suele asumir que sin la ingeniería genética no podríamos eliminar la deficiencia en vitamina A. Sin embargo, la naturaleza nos da abundantes y diversas fuentes de vitamina A. Si el arroz no se descascara ese mismo arroz provee vitamina A. Si no se echaran herbicidas a nuestros campos de granos tendríamos bathua, amaranto, hojas de mostaza tan deliciosas y nutritivas como la verdura que proporciona vitamina A.

Las mujeres en Bengala usan más de 150 plantas como verdura –hinche sak (*enhydra fluctuans*), palang sak (*spina- cea oleracea*), tak palang (*rumex vesicarios*), lal sak (*amarantus gangeticus*)–, por nombrar sólo algunas.

Pero el mito de la creación presenta a los biotecnólogos como los creadores de la vitamina A, negando los diversos dones de la naturaleza y el conocimiento de las mujeres en

cuanto a cómo usar esta diversidad para alimentar a sus hijos y a sus familias.

El modo más eficiente de conducir a la destrucción de la naturaleza, de las economías locales y de los pequeños productores autónomos, es hacer invisible su producción.

Las mujeres que producen para sus familias y comunidades son tratadas como «no productivas» y «económicamente inactivas». La devaluación del trabajo de las mujeres, y del trabajo realizado en las economías sustentables es el resultado natural de un sistema construido por el patriarcado capitalista. Es así como la globalización destruye economías locales y como la destrucción misma es contada como crecimiento.

Y las mismas mujeres son devaluadas. Ya que muchas mujeres en las comunidades rurales e indígenas trabajan cooperativamente con los procesos de la naturaleza, su trabajo es a menudo contradictorio con las orientaciones del mercado dominante al «desarrollo» y de las políticas comerciales. Y dado que el trabajo que satisface necesidades y asegura el sostenimiento es devaluado en general, hay menos consideración con la vida y los sistemas que soportan la vida.

La devaluación e invisibilidad de la producción sustentable y regenerativa es más nítida en el área de la alimentación. En tanto la división patriarcal del trabajo ha asignado a las mujeres el papel de alimentar a sus familias y comunidades, la economía patriarcal y los puntos de vista patriarcales de la ciencia y la tecnología hacen mágicamente que el trabajo de las mujeres en la provisión de alimento desaparezca. «Alimentar al mundo» viene a ser disociado de las mujeres que actualmente realizan este trabajo y es proyectado como dependiente del agronegocio global y de las corporaciones biotecnológicas.

Sin embargo, la industrialización y la ingeniería genética de los alimentos y la globalización del comercio en la

agricultura son recetas para crear hambre, no para alimentar al pobre.

En todas partes, la producción de alimentos ha llegado a ser una economía negativa, con agricultores que gastan más en comprar costosos factores de producción industrial que superan el precio de lo que reciben por su producto. La consecuencia es el incremento de las deudas y la epidemia de suicidios tanto en los países pobres como ricos.

La globalización económica está llevando a una concentración de la industria semillera, al uso creciente de pesticidas y, finalmente, al incremento de la deuda. La agricultura de capital intensivo, controlada por las corporaciones, se ha estado extendiendo a regiones donde los campesinos son pobres, pero en donde hasta ahora habían sido autosuficientes en alimentos. En las regiones en donde se ha introducido la agricultura industrial mediante la globalización, con los altos costos se ha hecho virtualmente imposible la supervivencia de los pequeños agricultores.

La globalización de la agricultura industrial no sustentable ha ido evaporando literalmente los ingresos de los agricultores del Tercer Mundo, mediante una combinación de devaluación monetaria, aumento de los costos de producción y un colapso en el precio de los productos primarios.

A los campesinos de todas partes se les ha estado pagando por el mismo artículo una fracción de lo que recibían hace una década. El Sindicato Nacional de Agricultores de Canadá lo señala de la siguiente manera en un informe del último año al Senado: «Mientras los agricultores que siembran granos –trigo, avena, maíz– obtienen retornos negativos y son empujados al borde de la bancarrota, las compañías que elaboran cereales para el desayuno obtienen grandes ganancias. En 1998, compañías cerealista como Kellog's, Quaker Oats, y General Mills gozaron de retornos equivalentes a tasas del 56%, 165% y 222%, respectivamente. Mientras un celemín de maíz se vendía a 4 dólares,

un celemín de copos de maíz tenía un precio de 133 dólares... Quizás los agricultores estaban recibiendo demasiado poco porque otros obtenían demasiado».

Y un informe del Banco Mundial ha admitido que «detrás de la polarización de los precios del consumo doméstico y de los precios mundiales está la presencia de grandes compañías comerciales en el mercado internacional de artículos».

Mientras los campesinos ganaban menos, los consumidores pagaban más. En India, los precios de la comida se han duplicado entre 1999 y el 2000. El consumo de alimentos basados en granos, ha disminuido en un 12%. El aumento en las tasas de crecimiento a través del comercio global se basa en pseudosuperávits. Se comercializan más alimentos mientras el pobre consume menos. Cuando el crecimiento incrementa la pobreza, cuando la producción real llega a ser una economía negativa, y los especuladores son definidos como «creadores de riqueza», algo anda mal en los conceptos y categorías de riqueza y de creación de riqueza. Empujar la producción real de la naturaleza y de la gente hacia una economía negativa implica que la producción de mercancías y servicios reales está declinando, y que se está creando una miseria más honda a millones que no son parte del rumbo *punto com* de la creación instantánea de riquezas.

Las mujeres –como ya he indicado– son las principales productoras y procesadoras de alimentos en el mundo. Sin embargo su trabajo en la producción y en el procesamiento ahora ha llegado a ser ahora invisible.

Recientemente, la McKinsey Corporation dijo: «Los gigantes americanos en materia de alimentos reconocen que el agronegocio de la India tiene todavía bastante espacio de crecimiento, especialmente en materia de procesamiento de comidas. La India procesa a penas un minúsculo uno por ciento del alimento que produce, comparando con el 70% en EEUU...». No es que nosotros, los hindúes, comamos cruda

nuestra comida. Los consultores globales no aciertan a ver el 99% del procesamiento de comidas hecho por mujeres en el hogar, o por las pequeñas industrias en casas de campo, ya que no están controladas por el agronegocio. El 99% del agroprocesamiento en India se ha mantenido intencionalmente en el nivel bajo. Ahora, bajo la presión de la globalización, las cosas están cambiando: leyes de pseudohigiene se están empleando para cerrar las economías locales y los procesamientos en pequeña escala.

En agosto de 1998, los procesos en pequeña escala de aceite comestible fueron prohibidos en India mediante una «norma de envasado» que declaró ilegal la venta de aceite a granel, y exige que todo aceite debe ser envasado en plástico o aluminio. Esto terminó cerrando los pequeños «*ghanis*» o molinos de presión fría. Destruyó el mercado de nuestras diversas semillas oleaginosas: mostaza, linaza, sésamo, cacahuete y coco.

Y la conquista de la industria del aceite comestible afectó a los ingresos de 10 millones de personas. La conquista de la harina o «*atta*» por las harinas empaquetadas costó el sustento a 100 millones. Y estos millones han sido empujados a una nueva pobreza.

El uso forzado de envases aumentará la carga ambiental con millones de toneladas de residuos.

La globalización del sistema alimentario está destruyendo la diversidad de las culturas en materia de comidas y las economías alimenticias locales. Un monocultivo global se impone a la gente definiendo todo lo que es fresco, local o artesano como arriesgado para la salud. Las manos humanas han sido definidas como el peor contaminante, y el trabajo de las manos humanas ha sido puesto fuera de la ley, reemplazado por máquinas y productos químicos comprados a las corporaciones globales. Éstas no son recetas para alimentar al mundo, sino el robo de los medios de vida de los pobres para crear mercados para los poderosos.

Las personas son percibidas como parásitos, a ser exterminados para la «salud» de la economía global.

En el proceso, se han añadido nuevos riesgos a la salud y a la ecología del Tercer Mundo a través del *dumping* de alimentos genéticamente modificados y otros productos peligrosos.

Recientemente, por culpa de la OMC, India ha sido forzada a retirar las restricciones sobre todas las importaciones.

Entre las importaciones sin restricciones están los cadáveres y desechos de animales que crean una amenaza a nuestra cultura e introducen riesgos a la salud pública tales como el mal de las vacas locas.

El Centro de EEUU para la Prevención de Enfermedades, en Atlanta, ha calculado que en aquel país se producen cada año cerca de 81 millones de casos de enfermedad que tienen su origen en la comida. Las muertes por envenenamiento de la comida se han multiplicado por cuatro a causa de la desregulación. La mayoría de estas infecciones tienen su causa en la carne industrializada. En EEUU se despiezan 93 millones de cerdos, 37 millones de vacunos, 2 millones de terneros, 6 millones de caballos, cabras y ovejas, 8 mil millones de pollos y de pavos... cada año. Y ahora la gigantesca industria cárnica de EEUU quiere descargarle a los consumidores de la India la carne contaminada producida mediante métodos violentos y crueles.

Lo que le sobra a los ricos se le arroja a los pobres. La riqueza del pobre es apropiada violentamente mediante métodos nuevos e inteligentes como las patentes sobre la biodiversidad y el conocimiento indígena.

Se supone que las patentes y los derechos de propiedad intelectual deben ser otorgados por los nuevos inventos. Pero las patentes se han reclamado por variedades de arroz tales como la *basmati* que en el valle donde yo nací es famosa, o pesticidas derivados del *neem* que habían estado usando nuestras madres y abuelas.

Rice Tec, una compañía con sede en EEUU, fue agraciada con la patente Número 5.663.484 por el arroz *basmati* y sus granos.

El *basmati*, el *neem*, la pimienta, el *gourd* amargo, el *turmeric*... todo aspecto de la innovación encarnada en nuestras comidas indígenas y sistemas medicinales ha sido ahora pirateado y patentado. El conocimiento de los pobres ha sido convertido en la propiedad de las corporaciones globales, creándose una situación en donde los pobres tendrán que pagar por las semillas y las medicinas que han hecho evolucionar y que han usado para satisfacer sus propias necesidades de nutrición y salud.

Tales falsos reclamos de creación son ahora norma global, como el acuerdo sobre el Derecho Comercial relativo a la Propiedad Intelectual (conocido en inglés por las siglas TRIP), de la OMC, que obliga a los países a introducir regímenes que permiten el patentado de las formas de la vida y del conocimiento indígena.

En vez de reconocer que los intereses comerciales se construyen sobre la naturaleza y la contribución de otras culturas, la ley global ha elevado a los altares el mito patriarcal de la creación para establecer nuevos derechos de propiedad sobre las formas de la vida, del mismo modo como el colonialismo usó el mito del descubrimiento como base para hacerse con las tierras de otros como colonias.

Los seres humanos no crean la vida cuando la manipulan. El reclamo de Rice Tec, en el sentido de que ha «inventado de manera instantánea una nueva variedad de arroz», o la declaración del Instituto Roslin de que Ian Wilmut «creó» a Dolly niegan la creatividad de la naturaleza, la capacidad autorganizadora de las formas de la vida, y las innovaciones anteriores de las comunidades del Tercer Mundo.

Se supone que las patentes y los derechos de propiedad intelectual tienen que prevenir la piratería. Pero en vez de eso han llegado a ser los instrumentos de la piratería del

conocimiento tradicional común de los pobres del Tercer Mundo al convertirlo en «propiedad» exclusiva de los científicos occidentales y de las corporaciones.

Cuando se otorgan patentes sobre las semillas y las plantas, como en el caso del *basmati*, el hurto se define como creación, y la conservación y el compartir las semillas se define como robo de la propiedad intelectual. Las corporaciones que poseen amplias patentes sobre siembras como el algodón, el grano de soja, la mostaza, persiguen a los campesinos si guardan la semilla o si la comparten con sus vecinos.

El anuncio reciente de que Monsanto entrega gratis el genoma del maíz induce a error, ya que Monsanto nunca se ha comprometido a no patentar variedades de arroz o de cualquier otro grano.

Compartir e intercambiar, bases de nuestra humanidad y de nuestra supervivencia ecológica, han sido definidos como un crimen. Esto nos empobrece a todos.

La naturaleza nos dio abundancia, y el conocimiento indígena de las mujeres sobre la biodiversidad, la agricultura y la nutrición, construyó sobre esa abundancia para hacer más de menos, para crear crecimiento mediante la coparticipación.

Los pobres son empujados hacia una pobreza más profunda, al hacerles pagar lo que es de ellos. Incluso los ricos se hacen más pobres ya que sus ganancias se basan en el robo y en el uso de la coacción y de la violencia. Esto no es creación de riqueza, sino saqueo.

La sustentabilidad requiere de la protección de todas las especies y de todas las personas y del reconocimiento de que diversas especies y los distintos pueblos juegan un papel esencial en el mantenimiento de los procesos ecológicos. Los polinizadores son críticos para la fertilización y generación de las plantas. La biodiversidad en los campos provee vegetales, forraje, medicina y protección del suelo de la erosión del agua y del viento.

A medida que los seres humanos se adentran en el camino de la no sustentabilidad, se vuelven más intolerantes con las otras especies y más ciegos respecto a su papel vital para nuestra supervivencia.

En 1992, cuando campesinos de India destruyeron la planta de semillas de Cargill en Bellary (Karnataka), protestando por el fracaso de estas semillas, el presidente de la Cargill dijo: «Nosotros les trajimos a los agricultores de la India tecnologías inteligentes que prevenían que las abejas usurparan el polen». Cuando participaba en las Negociaciones de las Naciones Unidas sobre la Bioseguridad, Monsanto hizo circular bibliografía para defender a su herbicida resistente Roundup sobre la base de que prevenía «que las malas hierbas se apropiaran la luz del sol». Pero lo que Monsanto llamaba «malas hierbas» eran los campos verdes que proveían arroz con vitamina A que prevenía la ceguera en los niños y la anemia en las mujeres.

Una visión del mundo que define la polinización como «el hurto de las abejas» o que declara que la biodiversidad «le roba el sol» es una visión del mundo que ella misma tiene como objetivo robar las cosechas de la naturaleza y reemplazarlas abiertamente por variedades polinizadas con híbridos y semillas estériles, mientras destruye la flora biodiversa con herbicidas como el mencionado Roundup. La amenaza proyectada sobre la mariposa monarca por cultivos genéticamente modificados *bt* es también un ejemplo de la pobreza ecológica creada por las nuevas biotecnologías. Mientras las abejas y las mariposas desaparecen, la producción es socavada. A medida que desaparece la biodiversidad, con ella se van las fuentes de la nutrición y de la comida.

Cuando las grandes corporaciones ven a los pequeños campesinos y a las abejas como ladrones, y mediante normas de comercio y nuevas tecnologías buscan el derecho a exterminarlos, la humanidad ha alcanzado un umbral peligroso. El imperativo de pisotear hasta al más pequeño insec-

to, la más pequeña planta, al más pequeño campesino, surge de un miedo profundo —el miedo a todo lo que esté vivo y sea libre—. Y este profundo miedo e inseguridad está desencadenando la violencia contra todos los pueblos y todas las especies.

La economía global de libre mercado ha llegado a ser una amenaza a la sustentabilidad, y a la misma supervivencia de los pobres y de las demás especies está en juego, no como un efecto colateral o como una excepción, sino de un modo sistemático a través de la reestructuración de nuestra visión del mundo desde sus niveles más fundamentales. La sustentabilidad, la coparticipación y la supervivencia han sido puestas fuera de la ley económica en nombre de la competitividad y de la eficiencia del mercado.

Esta noche desearía argumentar que necesitamos hacer regresar urgentemente al interior de este cuadro al planeta y a los pueblos.

El mundo puede ser alimentado solamente alimentando a todos sus seres que lo forman.

Al proporcionar alimentos a otros seres y especies mantenemos al mismo tiempo las condiciones para nuestra propia seguridad alimentaria. Al alimentar a las lombrices de la tierra nos estamos alimentando nosotros mismos. Al alimentar a las vacas, alimentamos al suelo, y al alimentar al suelo, proveemos de alimentos a los humanos. Esta visión del mundo en abundancia, se basa en compartir y en una profunda percepción de los humanos como miembros de la familia terrestre. Esta percepción de que empobreciendo a otros seres nos empobrecemos nosotros, y que al alimentar a otros seres, nos alimentamos nosotros, es la base real de la sustentabilidad.

El reto de la sustentabilidad para el nuevo milenio es si el hombre económico global puede salir de la visión del mundo basada en el miedo y la escasez, los monocultivos y los monopolios, la apropiación y la desposesión, y cambiar

a una visión basada en la abundancia y la donación generosa, la diversidad y la descentralización, y el respeto y la dignidad para todos los seres.

La sustentabilidad demanda que nos escapemos de la trampa económica que no deja espacios para otras especies y otros pueblos. La Globalización Económica ha llegado a ser una guerra contra la naturaleza y contra los pobres. Pero las reglas de la globalización no fueron dadas por dios. Pueden ser cambiadas. Deben cambiarse. Debemos llevar esta guerra hasta el final.

Desde Seattle, una frase usada muy frecuentemente ha sido la necesidad de un sistema basado en normas. La globalización es la norma del comercio y ha elevado a Wall Street a ser la única fuente de valor. Como resultado, cosas que tienen valores más elevados —como la naturaleza, la cultura y el futuro— han sido devaluadas y destruidas. Las normas de la globalización están socavando las normas de la justicia y de la sustentabilidad, de la compasión y de la coparticipación. Debemos salirnos del totalitarismo del mercado hacia una democracia de la Tierra.

Podremos sobrevivir como especies sólo si vivimos bajo las normas de la biosfera. La biosfera tiene suficiente para las necesidades de todos, si la economía global respeta los límites de la sustentabilidad y de la justicia.

Como Gandhi nos recordó: «La Tierra tiene suficiente para las necesidades de todos, pero no para la avaricia de algunos».



**NUESTRO SIGUIENTE PROGRAMA:  
¡OXIMORÓN! LA DERECHA INTELECTUAL  
Y EL FASCISMO LIBERAL**

SUBCOMANDANTE INSURGENTE MARCOS

*En la figura que se llama oximorón, se aplica a una palabra un epíteto que parece contradecirla; así los gnósticos hablaron de una luz oscura; los alquimistas, de un sol negro.*

Jorge Luis Borges

ADVERTENCIA, INTRODUCCIÓN Y PROMESA

Ojo: Si usted no ha leído la cita previa, más vale que lo haga ahora porque si no, no va a entender algunas cosas. Un hecho irrefutable: la globalización está aquí. No la califíco (todavía), simplemente señalo una realidad. Pero, OXIMORÓN, hay que señalar que se trata de una globalización fragmentada.

La globalización ha sido posible, entre otras cosas, por dos revoluciones: la tecnológica y la informática. Y ha sido y es dirigida por el poder financiero. De la mano, la tecnología y la informática (y con ellas el capital financiero) han hecho desaparecer las distancias y han roto las fronteras. Hoy es posible tener información sobre cualquier parte del mundo, en cualquier momento y en forma simultánea. Pero también el dinero tiene ahora el don de la ubicuidad, va y viene en forma vertiginosa, como si estuviera en todas partes al mismo tiempo. Y más, el dinero le da una nueva forma al mundo, la forma de un mercado, de un megamercado.

Sin embargo, a pesar de la «mundialización» del planeta, o más bien precisamente por ella, la homogeneidad está

muy lejos de ser la característica de este cambio de siglo y de milenio. El mundo es un archipiélago, un rompecabezas cuyas piezas se convierten en otros rompecabezas y lo único realmente globalizado es la proliferación de lo heterogéneo.

Si la tecnología y la informática han unido al mundo, el poder financiero que las usa lo ha roto usándolas como armas, como armas en una guerra. Antes hemos dicho (el texto se llama «7 Piezas sueltas del rompecabezas mundial», Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN), 1997) que en la globalización se lleva a cabo una guerra mundial, la cuarta, y que se desarrolla un proceso de destrucción/despoblamiento y reconstrucción/reordenamiento (estoy tratando de resumir apretadamente, sed benévolo) en todo el planeta. Para la construcción del «nuevo orden mundial» (planetario, permanente, inmediato e inmaterial, siguiendo a Ignacio Ramonet), el poder financiero conquista territorios y derriba fronteras, y lo consigue haciendo la guerra, una nueva guerra. Una de las bajas de esta guerra es el mercado nacional, base fundamental del Estado-nación. Éste último está en vías de extinción, o cuando menos, lo está el Estado-nación tradicional o clásico. En su lugar, surgen mercados integrados o, mejor aún, tiendas departamentales del gran «mall» [galería] mundial, el mercado globalizado.

Las consecuencias políticas y sociales de esta globalización son una figura de oximorón reiterada y compleja: menos personas con más riquezas, producidas con la explotación de más personas con menos riquezas, la pobreza de nuestro siglo es incomparable con ninguna otra. No es, como lo fuera alguna vez, el resultado natural de la escasez, sino de un conjunto de prioridades impuestas por los ricos al resto del mundo [John Berger: *Cada vez que decimos adiós*, Ediciones de la flor, Argentina, 1997, pp. 278-279]; para unos cuantos poderosos el planeta se abrió de par en par, para millones de personas el mundo no tiene lugar y vagan errantes de uno a otro lado; el crimen organizado forma la

columna vertebral de los sistemas judiciales y de los gobiernos (los ilegales hacen las leyes y «guardan el orden público»); y la «integración» mundial multiplica las fronteras.

Así que, si resaltáramos algunas de las principales características de la época actual, diríamos: supremacía del poder financiero, revolución tecnológica e informática, guerra, destrucción/despoblamiento y reconstrucción/reordenamiento, ataques a los Estados-nación, la consiguiente redefinición del poder y de la política, el mercado como figura hegemónica que permea todos los aspectos de la vida humana en todas partes, mayor concentración de la riqueza en pocas manos, mayor distribución de la pobreza, aumento de la explotación y del desempleo, millones de personas al destierro, delincuentes que son gobierno, desintegración de territorios. En resumen: globalización fragmentada.

Bien, según este planteamiento, en el caso de los intelectuales (puesto que tienen que ver con la sociedad, el poder y el Estado) cabría preguntarse: ¿han padecido el mismo proceso de destrucción/despoblamiento y reconstrucción/reordenamiento?, ¿qué papel les asigna el poder financiero?, ¿cómo usan (o son usados por) los avances tecnológicos e informáticos?, ¿qué posición tienen en esta guerra?, ¿cómo se relacionan con esos golpeados Estados-nación? ¿cuál es su vínculo con ese poder y en esa política redefinidos?, ¿qué lugar tienen en el mercado?, y ¿qué posición toman frente a las consecuencias políticas y sociales de la globalización? En suma: ¿cómo se insertan en esa globalización fragmentada?

El mundo habría cambiado por y para esta guerra. Si así fuera, los intelectuales «clásicos» no existirían más, ni sus antiguas funciones. En su lugar, una nueva generación de «cabezas pensantes» (para usar un término acuñado por el comandante zapatista Tacho) habría emergido (o está por emerger) y tendrían nuevas funciones en su quehacer intelectual.

Aunque aquí nos trataremos de limitar a los intelectuales de derecha, serán evidentes algunos señalamientos sobre los intelectuales en general y sobre su relación con el poder. Como el propósito de este texto es participar y alentar la polémica entre intelectuales de derecha e izquierda, queda una reflexión más profunda (sobre los intelectuales y el poder, y sobre los intelectuales y la transformación) para futuros e improbables escritos.

Vale. Salud y tenga a la mano su control remoto. En un momento comenzamos...

#### LA MUNDIALIZACIÓN: PAY PER VIEW

En la bisagra del calendario, el dos mil se balancea aún entre los siglos XX y XXI, y entre el segundo y tercer milenio. No sé qué tan importante sea esta cuenta del tiempo, pero me parece que es, también, un momento adecuado para que por todos lados surja OXIMORÓN. Para no ir muy lejos, se puede decir que esta época es el principio del fin o el fin del principio de «algo». «Algo», irresponsable forma de eludir un problema. Pero ya se sabe que nuestra especialidad no es la solución de problemas, sino su creación. ¿«Su creación»? No, es muy presuntuoso, mejor su proposición. Sí, nuestra especialidad es proponer problemas.

Allá arriba todo parece haber ocurrido ya antes, como si una vieja película se repitiera con otras imágenes, otros recursos cinematográficos, incluso actores diferentes, pero el mismo argumento. Como si la «modernidad» (o «postmodernidad», dejo la precisión para quien se tome la molestia) de la globalización se vistiera con su OXIMORÓN y se nos presentara como una modernidad arcaica, rancia, antigua.

Si esto que digo les parece una mera apreciación subjetiva, póngalo a cargo de nuestro estar en la montaña, resistiendo y en rebeldía, pero concédanos el privilegio de la lec-

tura y vea si se trata en efecto de un síntoma más del «mal de montaña», o usted comparte esta sensación de *dejà vu* que fluye por el hipercinema que es el mundo globalizado.

El mundo no es cuadrado, cuando menos esto es lo que se enseña en la escuela. Pero, en el filo cortante de la unión de dos milenios, el mundo tampoco es redondo. Ignoro cuál sea la figura geométrica adecuada para representar la forma actual del mundo, pero, puesto que estamos en la época de la comunicación digital audiovisual, podríamos intentar definirla como una gigantesca pantalla. Usted puede agregar «una pantalla de televisión», aunque yo optaría por «una pantalla de cine». No sólo porque prefiero el cinematógrafo, también (y sobre todo) porque me parece que hay frente a nosotros una película, una vieja película, modernamente vieja (para seguir con OXIMORÓN).

Es, además, una de esas pantallas donde se puede programar la presentación simultánea de varias imágenes (*picture in picture* la llaman). En el caso del mundo globalizado, de imágenes que se suceden en cualquier rincón del planeta. No son todas las imágenes. Y no se debe a que falte espacio en la pantalla, sino a que «alguien» ha seleccionado esas imágenes y no otras. Es decir, estamos viendo una pantalla con diversos recuadros que presentan imágenes simultáneas de diferentes partes del mundo, es cierto, pero no todo el mundo está ahí.

Al llegar a este punto, uno se pregunta, inevitablemente, ¿quién tiene el control remoto de esta pantalla audiovisual? y ¿quién hace la programación? Buenas preguntas, pero aquí no encontrará usted las respuestas. Y no sólo porque no las sabemos a ciencia cierta, sino también porque no son el tema de este escrito.

Puesto que no podemos cambiar de canal o de cinema, veamos algunos de los diferentes recuadros que nos ofrece la megapantalla de la globalización.

Vayamos al continente americano. Ahí tiene usted, en

aquel rincón, la imagen de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) ocupada por un grupo paramilitar del gobierno: la llamada Policía Federal Preventiva. No parece que estén estudiando esos hombres uniformados de gris. Más allá, enmarcada por las montañas del sureste mexicano, una columna de grises tanquetas blindadas cruza una comunidad indígena chiapaneca. En el otro lado, la imagen gris presenta a un policía norteamericano que detiene, con lujo de violencia, a un joven en un lugar que puede ser Seattle o Washington.

En el recuadro europeo proliferan también los grises. En Austria es Joer Heider y su fervor pro-nazi. En Italia, con la ayuda desinteresada de D'Alema, Silvio Berlusconi se arregla la corbata. En el Estado español, Felipe González le maquilla la cara a José María Aznar. En Francia es Le Pen quien nos sonrío.

Asia, África y Oceanía presentan el mismo color repitiéndose en sus respectivos rincones.

Mmh... Tantos grises... Mmh... Podemos protestar... Después de todo, nos prometieron un programa a todo color... Cuando menos subamos el volumen y tratemos de entender así de qué se trata...

## UN OLVIDO MEMORABLE

Al igual que la globalización fragmentada, los intelectuales están ahí, son una realidad de la sociedad moderna. Y su «estar ahí» no se limita a la época actual, se remonta a los primeros pasos de la sociedad humana. Pero la arqueología de los intelectuales escapa a nuestros conocimientos y posibilidades, así que partimos del hecho de que «están ahí». En todo caso, lo que tratamos de descubrir es la forma que adquiere ahora su «estar ahí».

Los intelectuales como categoría son algo muy vago, ya

se sabe. Diferente es, en cambio, definir la «función intelectual». La función intelectual consiste en determinar críticamente lo que se considera una aproximación satisfactoria al propio concepto de verdad; y puede desarrollarla quien sea, incluso un marginado que reflexione sobre su propia condición y de alguna manera la exprese, mientras que puede traicionarla un escritor que reaccione ante los acontecimientos con apasionamiento, sin imponerse la criba de la reflexión [Umberto Eco: *Cinco escritos morales*, Ed. Lumen, traducción Helena Lozano Miralles, pp. 14-15]. Si esto es así, entonces el quehacer intelectual es, fundamentalmente, analítico y crítico. Frente a un hecho social (por limitarnos a un universo), el intelectual analiza lo evidente, lo afirmativo y lo negativo, buscando lo ambiguo, lo que no es ni una cosa ni otra (aunque así se presente), y exhibe (comunica, desvela, denuncia) lo que no sólo no es lo evidente, sino incluso contradice a lo evidente.

Es de suponer que las sociedades humanas tengan personas que se dediquen profesionalmente a este análisis crítico y a comunicar su resultado (en palabras de Norberto Bobbio: «Los intelectuales son todos aquellos para los cuales transmitir mensajes es la ocupación habitual y consciente [...] y para decirlo en un modo que puede parecer brutal, casi siempre representa también el modo de ganarse el pan»). Quedémonos con esta aproximación al intelectual, al profesional del análisis crítico y la comunicación.

Ya hemos sido advertidos de que el intelectual no siempre ejerce la función intelectual. La función intelectual se ejerce siempre con adelanto (sobre lo que podría suceder) o con retraso (sobre lo que ha sucedido); raramente sobre lo que está sucediendo, por razones de ritmo, porque los acontecimientos son siempre más rápidos y acuciantes que la reflexión sobre los acontecimientos [Umberto Eco, *op cit*, p. 29].

Por su función intelectual, este profesional del análisis

crítico y su comunicación sería una especie de conciencia incómoda e impertinente de la sociedad (en esta época, de la sociedad globalizada) en su conjunto y de sus partes. Un inconforme con todo, con las fuerzas políticas y sociales, con el Estado, con el gobierno, con los medios de comunicación, con la cultura, con las artes, con la religión, con el etcétera que el lector agregue. Si el actor social dice «¡ya está!», el intelectual murmura con escepticismo: «le falta, le sobra».

Tendríamos entonces que el intelectual en su papel es un crítico de la inmovilidad, un promotor del cambio, un progresista. Sin embargo, este comunicador de ideas críticas está inserto en una sociedad polarizada, enfrentada entre sí de muchas formas y con variados argumentos, pero dividida en lo fundamental entre quienes usan el poder para que las cosas no cambien y entre quienes luchan por el cambio. El intelectual debe, por un elemental sentido del ridículo, comprender que no se le otorga un papel de brujo del espíritu en torno al cual va a girar el ser o no ser de lo histórico, pero que evidentemente él tiene saberes [...] que lo pueden alinear en un sentido o en otro de lo histórico. Lo pueden alinear en la búsqueda de la clarificación de las injusticias presentes en el mundo actual o en la complicidad con la paralización e instalación en el Limbo [Manuel Vázquez Montalbán: *Panfleto desde el planeta de los simios*, Ed. Drakontos. Barcelona, 1995, p. 48].

Y es aquí donde el intelectual opta, elige, escoge entre su función intelectual y la función que le proponen los actores sociales. Aparece así la división (y la lucha) entre intelectuales progresistas y reaccionarios. Unos y otros siguen trabajando con la comunicación de análisis críticos pero, mientras los progresistas siguen en la crítica a la inmovilidad, a la permanencia, a la hegemonía y a lo homogéneo; los reaccionarios enarbolan la crítica al cambio, al movimiento, a la rebelión y a la diversidad. El intelectual reaccionario «olvi-

da» su función intelectual, renuncia a la reflexión crítica, y su memoria se recorta de modo que no hay pasado ni futuro, el presente y lo inmediato es lo único asible y, por ende, incuestionable.

Al decir «intelectuales progresistas y reaccionarios», nos referimos a los intelectuales «de izquierda y de derecha». Aquí conviene agregar que el intelectual de izquierda ejerce su función intelectual, es decir, su análisis crítico, también frente a la izquierda (social, partidaria, ideológica), pero en la época actual su crítica es fundamentalmente frente al poder hegemónico: el de los señores del dinero y quienes los representan en el campo de la política y de las ideas.

Dejemos ahora a los intelectuales progresistas y de izquierda, y vayamos a los intelectuales reaccionarios, la derecha intelectual.

## EL PRAGMATISMO INTELECTUAL

En el principio, los gigantes intelectuales de derecha fueron progresistas. Y hablo de los grandes intelectuales de derecha, los «*think tanks*» de la reacción, no de los enanos que fueron ingresando a sus clubes «pensantes». Octavio Paz, excelente poeta y ensayista, el más grande intelectual de derecha de los últimos años en México, declaró: «Vengo del pensamiento llamado de izquierda. Fue algo muy importante en mi formación. No sé ahora... lo único que sé es que mi diálogo –a veces mi discusión– es con ellos [los intelectuales de izquierda]. No tengo mucho que hablar con los otros.» [Braulio Peralta: *El poeta en su tierra. Diálogos con Octavio Paz*, Ed. Grijalbo. México, 1996, p. 45]. Y casos como el de Paz se repiten en la megapantalla global.

El intelectual progresista, en tanto que comunicador de análisis críticos, se convierte en objeto y objetivo para el poder dominante. Objeto a comprar y objetivo a destruir.

Multitud de recursos se ponen en juego para una y otra cosa. El intelectual progresista «nace» en medio de este ambiente de seducción persecutoria. Algunos se resisten y defienden (casi siempre en solitario, la solidaridad intergremial no parece ser la característica del intelectual progresista), pero otros, tal vez fatigados, buscan entre su bagaje de ideas y sacan aquéllas que sean a la vez coartada y razón para legitimar al poder. Lo nuevo exige mucho, lo viejo ahí está, así que basta enarbolar el argumento de «lo inevitable» para que el sistema le ofrezca un cómodo sillón (a veces en forma de beca, puesto, premio, espacio) a la vera del Príncipe ayer tan criticado.

«Lo inevitable» tiene nombre hoy: globalización fragmentada, pensamiento único [es decir, la traducción en términos ideológicos y con pretensión universal de los intereses de un conjunto de fuerzas económicas, en particular las del capital internacional: Ignacio Ramonet. *Un mundo sin rumbo. Crisis de fin de siglo*, Editorial Debate, Madrid], fin de la historia, omnipresencia y omnipotencia del dinero, reemplazo de la política por la policía, el presente como único futuro posible, racionalización de la desigualdad social, justificación de la sobreexplotación de seres humanos y recursos naturales, racismo, intolerancia, guerra.

En una época marcada por dos nuevos paradigmas, comunicación y mercado, el intelectual de derecha (y ex de izquierda) entiende que ser «moderno» significa cumplir la consigna: ¡adaptaos o perded vuestros privilegiados lugares!

Ni siquiera tiene que ser original, el intelectual de derecha ya tiene la cantera de la que habrá que picar las piedras que adornen la globalización fragmentada: el pensamiento único. La asepsia no importa mucho, el pensamiento único tiene sus principales «fuentes» en el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional, la Organización para el Comercio y el Desarrollo Económico, la Organización Mundial de Comercio, la Comisión Europea, el Bundesbank, el Ban-

co de Francia que, mediante su financiamiento, enrolan al servicio de sus ideas a través de todo el planeta a numerosos centros de investigación, universidades y fundaciones, los cuales, a su vez, perfilan y difunden la buena nueva [Ignacio Ramonet, *op. cit.*, p. 111].

Con tal abundancia de recursos, es fácil que florezcan elites que, desde hace años, se emplean a fondo en hacer los elogios del «pensamiento único»; que ejercen un auténtico chantaje contra toda reflexión crítica en nombre de la «modernización», del «realismo», de la «responsabilidad» y de la «razón»; que afirman el «carácter ineluctable» de la evolución actual de las cosas; que predicán la capitulación intelectual, y arrojan a las tinieblas de lo irracional a todos los que se niegan a aceptar que «el estado natural de la sociedad es el mercado [*ibid.*, p. 114].

Lejos de la reflexión, del pensamiento crítico, los intelectuales de derecha se convierten en los pragmáticos por excelencia, destierran la función intelectual y se transforman en ecos, más o menos estilizados, de los spots publicitarios que inundan el megamercado de la globalización fragmentada.

Refuncionalizados en la globalización fragmentada, los intelectuales de derecha modifican su ser y adquieren nuevas «virtudes» (entre ellas reaparece oximorón): una audaz cobardía y una profunda banalidad. Ambas brillan en sus «análisis» del presente globalizado y sus contradicciones, sus revisitaciones al pasado histórico, sus clarividencias. Se pueden dar el lujo de la audaz cobardía y de la profunda banalidad, puesto que la hegemonía universal casi absoluta del dinero los protege con torres de cristal blindado. Por esto, la derecha intelectual es particularmente sectaria y tiene, además, el respaldo de no pocos medios de comunicación y gobiernos. El ingreso a esas altas torres intelectuales no es fácil, hay que renunciar a la imaginación crítica y autocrítica, a la inteligencia, a la argumentación, a la reflexión, y optar por la nueva teología, la teología neoliberal.

Puesto que la globalización se vende como el mejor de los mundos posibles, pero carece de ejemplos concretos de sus ventajas para la humanidad, se debe recurrir a la teología y suplir con dogmas y fe neoliberales la falta de argumentos. El papel de los teólogos neoliberales incluye el señalar y perseguir a los «herejes», a los «mensajeros del mal», es decir, a los intelectuales de izquierda. Y qué mejor forma de combatir a los críticos que acusarlos de «mesianismo».

Frente al intelectual de izquierda, el de derecha impone la etiqueta lapidaria de «mesianismo trasnochado». ¿Quién puede cuestionar un presente pleno de libertades, donde cualquiera puede decidir qué compra, sean artículos de primera necesidad, ideologías, propuestas políticas y conductas para toda ocasión?

Pero paradoja no perdona. Si en algún lado hay mesianismo, es en la derecha intelectual. El Gran Circo de Intelectuales Neoliberales Químicamente Puros o Ex Marxistas Arrepentidos o la Trilateral pueden ser mesiánicos cuando prefiguran la fatalidad de un universo basado en la verdad única, el mercado único y el ejército gendarme único vigilando el fogonazo de flash que acompaña la foto final de la Historia, pulsado ante los mejores paisajes de las mejores sociedades abiertas [Manuel Vázquez Montalbán, *op.cit.*, p. 47].

La foto final. O la escena culminante del filme de la globalización fragmentada.

## LOS CLARIVIDENTES CIEGOS

Parafraseando a Régis Debray [*Croire, Voir, Faire*, Ed. Odile Jacob, París, 1999], el problema aquí no es por qué o cómo la globalización es irremediable, sino por qué o cómo todo el mundo, o casi, está de acuerdo en que es irremediable. Una posible respuesta: La tecnología del hacer-crear

[...]. El poder de la información... In-formar: dar forma, formatear. Con-formar: dar conformidad. Trans-formar: modificar una situación [*ibid.*, p. 193].

Con la globalización de la economía se globaliza también la cultura. Y la información. De ahí que las grandes empresas de la comunicación «tiendan» sobre el mundo entero su red electrónica sin que nada ni nadie se los impida. Ni Ted Turner, de la CNN; ni Rupert Murdoch, de News Corporation Limited; ni Bill Gates, de Microsoft; ni Jeffrey Vinik, de Fidelity Investments; ni Larry Rong, de China Trust and International Investment; ni Robert Allen, de ATT, al igual que George Soros o decenas de otros nuevos amos del mundo, han sometido jamás sus proyectos al sufragio universal [Ignacio Ramonet, *op.cit.*, p. 109].

En la globalización fragmentada, las sociedades son fundamentalmente sociedades mediáticas. Los media son el gran espejo, no de lo que una sociedad es, sino de lo que debe aparentar ser. Plena de tautologías y evidencias, la sociedad mediática es avara en razones y argumentos. Aquí, repetir es demostrar.

Y lo que se repite son las imágenes, como esas grises que ahora nos presenta la pantalla globalizada. Debray nos dice: La ecuación de la era visual es algo así como: lo visible = lo real = lo verdadero. He aquí la idolatría revistada (y sin duda redefinida) [Régis Debray, *op.cit.*, p. 200]. Y los intelectuales de derecha han aprendido bien la lección. Y más, es uno de los dogmas de su teología.

¿Dónde se dio el salto que iguala lo visible con lo verdadero? Trucos de la pantalla globalizada.

El mundo entero, mejor aún, el conocimiento entero está ahora a la mano de cualquiera con una televisión o una computadora portátil. Sí, pero no cualquier mundo y no cualquier conocimiento. Debray explica que el centro de gravedad de las informaciones se ha desplazado de lo escrito a lo visual, de lo diferido a lo directo, del signo a la imagen. Las

ventajas para los intelectuales de derecha (y las desventajas para los progresistas) son obvias.

Analizando el comportamiento de la información en Francia durante la Guerra del Golfo Pérsico, se devela el poder de los media: al inicio del conflicto el 70% de los franceses se mostraban hostiles a la guerra, al final el mismo porcentaje la apoyaba. Bajo el golpeo de los media, la opinión pública francesa se «volteó» y el gobierno obtuvo el beneplácito por su participación bélica.

Estamos en la «era visual». Así las informaciones se nos presentan en la evidencia de su inmediatez, por tanto es real lo que se nos muestra, por tanto es verdadero lo que vemos. No hay lugar para la reflexión intelectual crítica, a lo más hay espacio para comentaristas que «completen» la lectura de la imagen. Lo visual no está hecho, en esta era, para ser visto, sino para dar «conocimiento». El mundo ha devenido en una mera representación multimedia, que suprime al mundo exterior, capaz de ser conocida en la misma medida en que es vista. Sí, inicios del tercer milenio, siglo XXI, y la filosofía boyante en nuestro mundo «moderno» es el idealismo absoluto.

Se pueden sacar ya algunas conclusiones: el nuevo intelectual de derecha tiene que desempeñar su función legitimadora en la era visual; optar por lo directo e inmediato; pasar del signo a la imagen y de la reflexión al comentario televisivo. Ni siquiera tiene que esforzarse por legitimar un sistema totalitario, brutal, genocida, racista, intolerante y excluyente. El mundo que es el objeto de su «función intelectual» es el que ofrecen los media: una representación virtual. Si en el hipermercado de la globalización el Estado-nación se redefine como una empresa más, los gobernantes como gerentes de ventas y los ejércitos y policías como cuerpos de vigilancia, entonces a la derecha intelectual le toca el área de Relaciones Públicas.

En otras palabras, en la globalización, los intelectuales de derecha son «multiusos»: sepultureros del análisis crítico

y la reflexión, malabaristas con las ruedas de molino de la teología neoliberal, apuntadores de gobiernos que olvidan el «*script*», comentaristas de lo evidente, porristas de soldados y policías, jueces gnoseológicos que reparten etiquetas de «verdadero» o «falso» a conveniencia, guardaespaldas teóricos del Príncipe, y locutores de la «nueva historia».

## EL FUTURO PASADO

Quemar libros y erigir fortificaciones es tarea común de los príncipes, dice Jorge Luis Borges. Y añade que todo Príncipe quiere que la historia comience desde él. En la era de la globalización fragmentada no se queman los libros (aunque sí se erigen fortificaciones), sino que se les sustituye. Aun así, más que suprimir la historia previa a la globalización, el Príncipe neoliberal instruye a sus intelectuales para que la rehagan de modo que el presente sea la culminación de los tiempos.

«Los maquillistas de la historia», así tituló Luis Hernández Navarro un artículo dedicado al debate con los intelectuales de derecha en México [Ojarasca en *La Jornada*, 10 de abril, 2000]. Además de provocar el presente texto (escrito con el ánimo de darle seguimiento a sus planteamientos), Hernández Navarro advierte sobre una nueva ofensiva: la nueva derecha intelectual dirige sus baterías contra figuras representativas de la intelectualidad progresista mexicana. Rentista tardía de la bonanza planetaria del «pensamiento único», renegada de su identidad, heredera con escrituras de la caída del muro de Berlín, socia y émula del circuito cultural conservador estadounidense, esta derecha está convencida de que la crítica cultural otorga credenciales suficientes para emitir, sin argumentación, juicios sumarios a sus adversarios en el terreno político [*ibidem*].

Las razones no-ideológicas de este ataque deben buscar-

se en la disputa por el espacio de credibilidad. En México los intelectuales de izquierda tienen gran influencia en la cultura y la academia. Estorban, ése es su delito.

No, más bien ése es uno de sus delitos. Otro es el apoyo de estos intelectuales progresistas a la lucha zapatista por una paz justa y digna, por el reconocimiento de los derechos de los pueblos indios, y por el fin de la guerra contra los indígenas del país. Este «pecado» no es menor. El levantamiento zapatista inaugura una nueva etapa, la de la irrupción de movimientos indígenas como actores de la oposición a la globalización neoliberal [Ivon Le Bot, «Los indígenas contra el neoliberalismo», *La Jornada*, 6 de marzo 2000]. No somos los mejores ni los únicos: ahí están los indígenas de Ecuador y de Chile, las protestas de Seattle y Washington (y las que sigan en tiempo, no en importancia). Pero somos una de las imágenes que distorsionan la megapantalla de la globalización fragmentada y, como fenómeno social e histórico, demandamos reflexión y análisis crítico.

Y la reflexión y el análisis crítico no están en el «arsenal» de la derecha intelectual. ¿Cómo cantar las glorias del nuevo orden mundial (y su imposición en México) si un grupo de indígenas «premodernos» no sólo desafiaban al poder, sino que lograban la simpatía de una importante franja de intelectuales? En consecuencia el Príncipe dictó sus órdenes: atacad a unos y a otros, yo pongo el ejército y los medios de comunicación, ustedes pongan las ideas. Así que la nueva derecha intelectual dedicó burlas y calumnias a su par de izquierda. A los indígenas rebeldes zapatistas nos dedicó... una nueva historia.

Y, en tanto que el zapatismo tuvo impacto internacional, la derecha intelectual en varias partes del mundo (no sólo en México) se dedicó a esta tarea. Los intelectuales de derecha no sólo maquillan la historia, la rehacen, la reescriben a conveniencia del Príncipe y a modo con su función intelectual.

Pero volvamos a México. A lo largo de este siglo los

intelectuales en México han desempeñado funciones diversas: cortesanos de lujo del poder en turno, decoración estatal, voces disidentes (a las que se llama, para institucionalizarlas, «Conciencias Críticas»), intérpretes privilegiados de la historia y de la sociedad, espectáculos en sí mismos [Carlos Monsiváis. «Intelectuales mexicanos de fin de siglo», *Viento del Sur*, 8, 1996, p. 43].

El último gran intelectual de derecha en México, Octavio Paz, cumplió a cabalidad la labor encomendada por el Príncipe. No escatimó palabras para desprestigiar a los zapatistas y a quienes mostraron simpatía por su causa (ojo: no por su forma de lucha). Una de las mejores muestras del Paz al servicio del Príncipe está en sus escritos y declaraciones en los inicios de 1994. Ahí Octavio Paz definía, no al EZLN, sino los argumentos sobre los que deberían ahondar sus «soldados» intelectuales: maoísmo, mesianismo, fundamentalismo, y algunos «ismos» más que ahora escapan a mi memoria. Frente a los intelectuales progresistas, Paz no escatimó acusaciones: ellos eran responsables del «clima de violencia» que marcó el año de 1994 (y todos los años del México moderno, pero la derecha intelectual nunca ha brillado por su memoria histórica), en concreto, del asesinato del candidato oficial a la presidencia de la República, Colosio. Años después, antes de morir, Paz rectificaría y señalaría que el sistema estaba en crisis y que, aun sin el alzamiento zapatista, esos hechos ocurrirían de todas formas [véase: Braulio Peralta, *op.cit.*].

Ninguno de los actuales herederos de Paz tiene su estatura, aunque no les faltan ambiciones para ocupar su lugar. No como intelectual, pues les faltan inteligencia y brillo, sino por el lugar privilegiado que ocupó al lado de Príncipe. Sin embargo, su lucha hacen. Y siguen en su empeño de confectionarle al zapatismo una historia que les sea cómoda, no sólo para atacarlo, sino, sobre todo, para eludir el análisis crítico y la reflexión serios y responsables.

Pero no sólo la historia del zapatismo y de los pueblos

indios describen los intelectuales de derecha. La historia entera de México se está rehaciendo para demostrar que estamos, ya, en el mejor de los Méxicos posibles. Así que los enanos de la derecha intelectual revisitan el pasado y nos venden una nueva imagen de Porfirio Díaz, de Santa Anna, de Calleja, de Cárdenas.

Y este afán de remodelar la historia no es exclusivo de México. En la pantalla de la globalización ya se nos oferta una nueva versión en donde el Holocausto nazi en contra de los judíos fue una especie de Disneylandia selectiva, Adolfo Hitler es una especie de alegre Mickey Mouse ario y, más acá en el tiempo, las guerras del Golfo Pérsico y de Kosovo fueron «humanitarias». En el futuro pasado que nos prepara la derecha intelectual, la globalización es el «*deus ex machina*» que trabaja sobre el mundo para preparar su propio advenimiento.

Pero, esas imágenes grises que nos presenta ahora la megapantalla de la globalización, ¿qué llegada anuncian?

## EL LIBERAL FASCISTA

Yo digo que esta película ya la vimos antes, y si no la recordamos es porque la historia no es un artículo atractivo en el mercado globalizado. Esos grises pueden significar algo: la reaparición del fascismo.

¿Paranoia? Umberto Eco, en un texto llamado «El fascismo eterno» [*op.cit.*], da algunas claves para entender que el fascismo sigue latente en la sociedad moderna, y que, aunque parece poco probable que se repitan los campos de exterminio nazis, en uno y otro lado del planeta acecha lo que él llama el «Ur-Fascismo».<sup>1</sup> Luego de advertirnos que el

---

<sup>1</sup> «Ur» es un prefijo alemán que significa «originario», «primitivo» [*Nota de la editorial*].

fascismo era un totalitarismo *fuzzy*», es decir, disperso, difuso en el todo social, propone algunas de sus características: rechazo al avance del saber, irracionalismo, la cultura es sospechosa de fomentar actitudes críticas, el desacuerdo con lo hegemónico es una traición, miedo a la diferencia y racismo, surge de la frustración individual o social, xenofobia, los enemigos son simultáneamente demasiado fuertes y demasiado débiles, la vida es una guerra permanente, elitismo aristocrático, sacrificio individual para el beneficio de la causa, machismo, populismo cualitativo difundido por televisión, «neolengua» (de léxico pobre y sintaxis elemental).

Todas estas características pueden ser encontradas en los valores que defienden y difunden los media y los intelectuales de derecha en la era visual, en la era de la globalización fragmentada. Acaso, hoy casi como ayer, ¿no se está utilizando el cansancio democrático, la náusea ante la nada, el desconcierto ante el desorden como aval de una nueva situación histórica de excepción que requiere un nuevo autoritarismo persuasivo, unificador de la ciudadanía en clientes y consumidores de un sistema, un mercado, una represión centralizada? [M. Vázquez Montalbán, *op.cit.*, p. 76].

Mire usted la megapantalla, todos esos grises son la respuesta al desorden, es lo que se necesita para enfrentar a quienes se niegan a disfrutar el mundo virtual de la globalización y se resisten. Y, sin embargo, parece que el número de inconformes crece. Uno de los enanos mexicanos que aspiran a ocupar la silla vacía de Octavio Paz, constataba, aterrado, que en una encuesta en México del Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM, en 1994, el 29% de los entrevistados respondía que las leyes no deben obedecerse si son injustas. En noviembre de 1999, en la revista *Educación 2001*, era el 49% el que a la pregunta «¿Puede el pueblo desobedecer las leyes si le parece que son injustas?», respondió «sí». Después de reconocer que es necesario resolver problemas de crecimiento económico, educación,

empleo y salud, señalaba: todas esas cosas sólo pueden alcanzarse si la sociedad está parada en un piso más básico que es de la seguridad pública y el cumplimiento de la ley. Ese piso está lleno de agujeros en México y tiende a empeorar [Héctor Aguilar Camín. «Leyes y crímenes», en «Esquina», *Proceso* 1225, 23 de abril, 2000]. El razonamiento es sintomático: a falta de legitimidad y consenso, policías.

El clamor de la derecha intelectual demandando «orden y legalidad» no es exclusivo de México. En Francia, el fascista Le Pen está dispuesto a responder al llamado. En Austria el neonazi Heider ya está listo, lo mismo que el franquista Aznar en el Estado español. En Italia, Berlusconi (alias el «Duce Multimedia») y Gianfranco Fini se arreglan para el momento.

¿Europa asomada de nuevo al balcón del fascismo? Sueña duro... y lejano. Pero ahí están las imágenes de la mega pantalla. Esos «*skin heads*» que asoman sus garrotes en aquella esquina, ¿están en Alemania, en Inglaterra, en Holanda? «Son grupos minoritarios y bajo control», nos tranquiliza el audio de la megapantalla. Pero parece que el fascismo renovado no siempre trae la cabeza rapada ni se adorna el cuerpo con esvásticas tatuadas, y aun así no deja de ser una siniestra derecha.

Si digo «siniestra derecha» le parecerá a usted que juego con las palabras y sólo recorro de nuevo a OXIMORÓN, pero trato de llamar su atención sobre algo. Después de la caída del muro de Berlín, el espectro político europeo, en su mayoría, corrió atropelladamente hacia el centro. Esto es evidente en la izquierda europea tradicional, pero también ocurrió con los partidos derechistas [véanse: Emiliano Fruta, «La nueva derecha europea», y Hernán R. Moheno, «Más allá de la vieja izquierda y la nueva derecha», en *Urbi et Orbi*, ITAM, abril, 2000]. Con una careta moderna, la derecha fascista empieza a conquistar espacios que ya rebasan con mucho los de las notas policiacas en los media. Ha sido

posible porque se han esforzado en construirse una nueva imagen, alejada del pasado violento y autoritario.

También porque se han apropiado de la teología neoliberal con una facilidad asombrosa (por algo será), y porque en sus campañas electorales han insistido mucho en los temas de seguridad pública y empleo (alertando contra la «amenaza» de los inmigrantes). ¿Alguna diferencia con las propuestas de la social democracia o de la izquierda tradicional?

Detrás de la «tercera vía» europea acecha el fascismo, y también de la izquierda que no se define (en teoría y práctica) contra el neoliberalismo. A veces, la derecha se puede vestir con andrajos de izquierda. En México, en el reciente debate televisivo entre los 6 candidatos a la presidencia de la República, el candidato que obtuvo el beneplácito de la derecha intelectual fue Gilberto Rincón Gallardo, del Partido Democracia Social (PDS), de izquierda aparente. Acaso la televisión no mostró que algunos de los militantes y candidatos del PDS en Chiapas son cabezas de varios grupos paramilitares, responsables, entre otras cosas, de la masacre de Acteal.

Que la derecha fascista y la nueva derecha intelectual estén listas para mostrarle sus «habilidades» a los señores del dinero no sorprende. Lo que desconcierta es que, algunas veces, son la socialdemocracia o la izquierda institucional quienes les preparan el camino.

Si en el Estado Español, Felipe González (ese político tan aplaudido por la derecha intelectual) trabajó para el triunfo del derechista Partido Popular de José María Aznar, en Italia, la autopista por la que la derecha se dirige al poder se llama Massimo D'Alema. Antes de renunciar, D'Alema hizo todo lo necesario para hacer naufragar a la izquierda. D'Alema y los suyos financiaron con el dinero de todos la educación religiosa y prepararon la privatización de la educación pública, participaron plenamente en la aventura de la OTAN contra Yugoslavia y en la ocupación virtual de Albania, privatizaron lo que pudieron, atentaron contra los

jubilados, reprimieron a los inmigrantes, se sometieron a Washington, «reflotaron» a los corruptos y al mismo Bettino Craxi, por cuya residencia en el exilio, como prófugo de la justicia, desfilaron para pedirle ayuda, hicieron una ley sobre los carabineros dictada por el comando golpista de los mismos... [Guillermo Almeyra, «La izquierda de la derecha», *La Jornada*, 23 de abril, 2000]. ¿Resultado? Buena parte del electorado de izquierda se abstuvo de votar.

En la complicada geometría política europea, la llamada «tercera vía» no sólo ha resultado letal para la izquierda, también ha sido la rampa de despegue del neofascismo.

Tal vez estoy exagerando, pero la memoria es una facultad extraña. Cuanto más agudo y más aislado es el estímulo que recibe la memoria, más se recuerda; cuanto más abarcador, se recuerda con menor intensidad [John Berger, *op.cit.*, p. 234], y sospecho que ese alud de imágenes grises en la pantalla es para que recordemos con menor intensidad, con pereza, con ganas de olvidar.

Y si los libros no mienten, fue el fascismo italiano el que resultó atractivo para muchos líderes liberales europeos porque consideraban que estaba llevando a cabo interesantes reformas sociales, y podría ser una alternativa a la «amenaza comunista» [Véase: U. Eco, *op.cit.*].

En agosto de 1997, Fausto Bertinotti (secretario del italiano Partido de Refundación Comunista) escribía en una carta al EZLN: «Se ha abierto, en Europa, una verdadera crisis de civilización. Se podrían, desgraciadamente, narrar cientos y miles de episodios de barbarie cotidiana, de violencia gratuita, de agresión a las personas, al cuerpo, de tráfico de personas, de cuerpos, de órganos, sin ningún sentido. Y encima de todo una gruesa capa de indiferencia, como si la vida hubiera perdido el sentido. Le podría contar de cosas que ocurren en la periferia urbana, realidad y metáfora de la tragedia humana en la que se ha convertido este nuevo ciclo del desarrollo capitalista».

Frente a esta vida sin sentido, el liberal fascista ofrece su cara amable y argumenta, haciendo hincapié en sus bondades, el recurso de la violencia legalizada, institucional.

El horizonte anuncia tormenta, y la derecha intelectual nos trata de tranquilizar presentándola como un chubasco sin importancia. Todo sea por asegurar el pan, la sal... y el lugar junto al Príncipe. ¡Protegedlo! No importa que su camisa sea gris y en su cálido seno se cultive el huevo de la serpiente.

«El huevo de la serpiente». Si mal no recuerdo, es el título de una película de Bergman que describía el ambiente en el que se gestó el fascismo. ¿Y qué hacemos? ¿Seguimos sentados hasta que termine la película? ¿Sí? ¿No? ¡Un momento! ¡Vea usted hacia los otros espectadores! ¡Muchos se han levantado de sus asientos y hacen corrillos! ¡Los murmullos crecen! ¡Algunos lanzan objetos contra la pantalla y abuchean! ¡Y mire esos otros! ¡En lugar de dirigirse a la pantalla van hacia arriba! ¡Como que buscan al que proyecta la película! ¡Parece que lo encontraron porque señalan insistentemente hacia un rincón allá arriba! ¿Quiénes son esas personas y con qué derecho interrumpen la proyección? Uno de ellos levanta una pancarta que reza: Tomemos entonces, nosotros, ciudadanos comunes, la palabra y la iniciativa. Con la misma vehemencia y la misma fuerza con que reivindicamos nuestros derechos, reivindicemos también el deber de nuestros deberes [José Saramago: *Discursos de Estocolmo*, Ed. Alfaguara]. ¿El deber de nuestros deberes? ¡Que alguien explique porque no entendemos nada! ¡Silencio! Alguien toma la palabra...

#### LA ESCÉPTICA ESPERANZA

Los intelectuales progresistas. Los de la escéptica esperanza. El sociólogo francés Alain Touraine propone una clasificación de ellos [¿*Comment sortir du libéralisme?*, Ed.

Fayard, París, 1999]: la más clásica la del intelectual denunciador, donde toda la atención se concentra sobre la crítica al sistema dominante; el segundo tipo de intelectuales se identifican con tal lucha o tal fuerza de oposición y se convierten en sus intelectuales orgánicos; la tercera cree en la existencia, la conciencia y la eficacia de los actores, al mismo tiempo que conocen sus límites; la cuarta son los utopistas, se identifican con las nuevas tendencias culturales, de la sociedad o de la existencia personal. Todos ellos (y ellas, porque ser intelectual no es privilegio masculino) empeñan sus esfuerzos en entender, críticamente, la sociedad, su historia y su presente, y tratan de desentrañar la incógnita de su futuro.

Nada fácil la tienen los pensadores progresistas. En su función intelectual se han dado cuenta de qué va todo y, nobleza obliga, deben desvelarlo, exhibirlo, denunciarlo, comunicarlo. Pero para hacerlo deben enfrentarse a la teología neoliberal de la derecha intelectual, y detrás de ésta están los media, los bancos, las grandes corporaciones, los Estados (o lo que queda de ellos), los gobiernos, los ejércitos, las policías.

Y deben hacerlo, además, en la era visual. Aquí están en franca desventaja, pues hay que tener en cuenta las grandes dificultades que implica enfrentarse al poder de la imagen con el único recurso de la palabra. Pero su escepticismo frente a lo evidente les ha permitido ya descubrir la trampa. Y con el mismo escepticismo arman sus análisis críticos para desmontar, conceptualmente, la maquina de las bellezas virtuales y las miserias reales. ¿Hay esperanza?

Hacer de la palabra bisturí y megáfono es ya un desafío descomunal. Y no sólo porque en esta época la reina es la imagen. También porque el despotismo de la era visual arrincona a la palabra en los burdeles y en las tiendas de trucos y bromas. Aun así, sólo podemos confesar nuestra confusión y nuestra impotencia, nuestra ira y nuestras opiniones, con palabras. Con palabras nombramos aun nuestras

pérdidas y nuestra resistencia porque no tenemos otro recurso, porque los hombres están indefectiblemente abiertos a la palabra y porque poco a poco son ellas las que moldean nuestro juicio. Nuestro juicio, temido a menudo por quienes detentan el poder, se moldea lentamente, como el cauce de un río, por medio de corrientes de palabras. Pero las palabras sólo producen corrientes cuando resultan profundamente creíbles [John Berger, *op.cit.*, p. 255].

Credibilidad. Algo de lo que carece la derecha intelectual y que, afortunadamente, abunda entre los intelectuales progresistas. Sus palabras han producido, y producen, en muchos la sorpresa primero, la inquietud después. Para que esa inquietud no sea aplastada por el conformismo que receta la era visual, hacen falta más cosas que escapen al ámbito del quehacer intelectual.

Pero aun cuando la palabra se ha hecho raudal, la función intelectual no termina. Los movimientos sociales de resistencia o de protesta frente al poder (en este caso frente a la globalización y el neoliberalismo) todavía deben recorrer un largo camino, no digamos ya para conseguir sus fines, sino para consolidarse como alternativa organizativa para otros. Finalmente, hay que reconocer la responsabilidad particular de los intelectuales. Depende de ellos, más que de cualquier otra categoría, que la protesta se desgaste en denuncia sin perspectiva o, por el contrario, que ella conduzca a la formación de nuevos actores sociales e, indirectamente, a nuevas políticas económicas y sociales [Alain Touraine, *op.cit.*, p. 15].

El intelectual progresista está debatiéndose continuamente entre Narciso y Prometeo. A veces la imagen en el espejo lo atrapa y empieza su inexorable camino de transmutación en un empleado más del megamercado neoliberal. Pero a veces rompe el espejo y descubre no sólo la realidad que está detrás del reflejo, también a otros que no son como él pero que, como él, han roto sus respectivos espejos.

La transformación de una realidad no es tarea de un solo actor, por más fuerte, inteligente, creativo y visionario que sea. Ni solos los actores políticos y sociales, ni solos los intelectuales pueden llevar a buen término esa transformación. Es un trabajo colectivo. Y no sólo en el accionar, también en los análisis de esa realidad, y en las decisiones sobre los rumbos y énfasis del movimiento de transformación.

Cuentan que Miguel Ángel Buonarroti realizó su «David» con serias limitaciones materiales. El pedazo de mármol sobre el que trabajó Miguel Ángel era uno que ya había sido empezado a trabajar por alguien más y tenía ya perforaciones, el talento del escultor consistió en hacer una figura que se ajustara a esos límites infranqueables y tan restringidos, de ahí la postura, la inclinación, de la pieza final [Pablo Fernández Christlieb, *La afectividad colectiva*, Ed. Taurus, 2000, pp. 164-165].

De la misma forma, el mundo que queremos transformar ya ha sido trabajado antes por la historia y tiene muchas horadaciones. Debemos encontrar el talento necesario para, con esos límites, transformarlo y hacer una figura simple y sencilla: un mundo nuevo.

Vale de nuez. Salud y no olvidéis que la idea es también un cincel.

Desde las montañas del Sureste Mexicano  
*Subcomandante Insurgente Marcos*  
*México, abril del 2000*

PD. ¿Alguien tiene un martillo a mano?

# **EL MERCADO MUNDIAL: UN RETO PRIMORDIAL PARA EL SINDICALISMO**

CONFEDERACIÓN INTERNACIONAL DE ORGANIZACIONES  
SINDICALES LIBRES (CIOSL)  
DECIMOSEXTO CONGRESO MUNDIAL

## **CAPÍTULO 1**

### *Un mundo donde las divisiones se profundizan*

#### **LOS CONTINENTES DEL MUNDO EN VÍSPERAS DEL SIGLO XXI**

La brecha entre ricos y pobres se hace cada vez más profunda en todo el mundo. En 1960, los ingresos medios per cápita en los países menos adelantados eran algo inferiores al 10% de los mismos ingresos en los países industrializados. En 1990, habían bajado a apenas por encima del 5%. Según el Banco Mundial, los niveles de ingreso de África Subsahariana han disminuido un 0,7% anual durante los últimos veinte años mientras que en los países industrializados los ingresos medios aumentaron un 2,0% anual. Durante los últimos diez años, los salarios altos de los países industrializados aumentaron más rápidamente que la media, en detrimento de una creciente subclase de familias que dependen de empleos inseguros poco remunerados o de prestaciones sociales.

El número total de personas que vive por debajo de la línea de la pobreza ha aumentado en forma substancial, con una proporción significativamente más alta de mujeres que de hombres. La feminización de la pobreza está estrechamente relacionada con el aumento substancial de los hogares encabezados por mujeres y con la feminización del trabajo de bajo salario, así como con los niveles más bajos de educación en algunas regiones y los prejuicios relacionados con el género en la asignación de los recursos productivos.

En nuestras sociedades se está produciendo una creciente polarización entre quienes tienen los medios o la capacidad para aprovechar la integración global y quienes quedan atrapados en la pobreza sin empleo productivo. Los ideólogos del libre mercado estiman que la remuneración en las enormes cantidades de empleos con bajos salarios se irá mejorando a través de las inversiones y la productividad. No obstante, está sucediendo lo contrario. La racionalización y la reestructuración están ocasionando la desaparición de empleos seguros con remuneración decente y el desempleo está aumentando en el mundo. En muchos países aún existe una discriminación profundamente arraigada contra la mujer, está aumentando la cantidad de niños que trabajan y es muy alarmante que los índices de crecimiento mundial se hayan estancado en niveles que dejan poco o ningún margen a estos países para salir de la pobreza. Tampoco el crecimiento en los países industrializados y en transición se traduce en más empleo. El meollo del problema es que el objetivo primordial de la organización de la producción –para que responda a las necesidades humanas básicas– no se logra a causa de la obcecación de los gobiernos con las políticas orientadas al mercado.

Para revertir esta desastrosa tendencia, los gobiernos deben poner en práctica activas políticas que aumenten los niveles de salud, seguridad social, educación y formación en sus países. Se requiere que gobiernos, empleadores y sindicatos acuerden estrategias locales, nacionales, regionales e internacionales destinadas a producir el cambio necesario para enfrentar la presión competitiva del comercio mundial y de la inversión. El reconocimiento de parte de gobiernos y empleadores de los derechos de los trabajadores/as a ser representados por sus propios sindicatos libremente elegidos, es para los sindicatos un requisito necesario a la hora de asumir las responsabilidades de una estrategia común. Allí donde las dictaduras o los gobiernos y empleadores antisin-

dicales rechazan la contribución que los sindicatos están dispuestos a aportar en pos de la consolidación de una sociedad civil, es imposible cualquier alianza.

### ÁFRICA: UN CONTINENTE RICO SUMIDO EN LA POBREZA

África es el continente abandonado del planeta. De sus 660 millones de habitantes, más de 300 millones sobreviven con ingresos apenas por encima de la extrema pobreza. No obstante, de los US\$ 80.000 millones de inversiones extranjeras directas privadas hechas en el mundo en desarrollo en 1994, solamente US\$ 4.500 millones se destinaron a África. A pesar de más de un decenio de ajuste estructural, los ingresos medios per cápita de US\$ 520 continúan siendo inferiores al nivel de 1975. Siete de cada diez africanos viven en zonas rurales y dependen de actividades agrícolas en pequeña escala y de las industrias que abastecen el mercado local para tener trabajo. Seis de cada diez mujeres africanas son analfabetas y menos de las dos terceras partes de las niñas africanas van a la escuela primaria. El treinta por ciento de los niños africanos menores de cinco años tienen un peso inferior al indicado para su normal desarrollo futuro.

Las mujeres constituyen un grupo particularmente vulnerable en el mercado laboral en África. Ellas han sido las más afectadas por la situación de deterioro económico y por el impacto de los programas de ajuste estructural y las devaluaciones. La mayoría de las mujeres aún trabaja en la agricultura de subsistencia, a menudo no remunerada, trabaja largas jornadas con poca participación en la productividad o en la tecnología. La reducida minoría de mujeres que trabaja en el sector moderno, a menudo en los servicios públicos, se ha visto especialmente afectada por despidos provocados por la reestructuración o la privatización. La combinación de la pobreza rural y urbana y la falta de oportunidades ha

provocado una intensificación de las disparidades ya existentes entre hombres y mujeres y, a los efectos de poder sobrevivir, grandes cantidades de mujeres se han visto forzadas a realizar actividades en el sector informal.

Las ciudades africanas crecen un 6% anual, que es el índice de crecimiento urbano más rápido del mundo. Enormes cantidades de agricultores pobres —que con sus familias constituyen más del 80% del total de personas que viven en extrema pobreza— continúan trasladándose a los barrios marginales que van rodeando la mayoría de las ciudades. Muchos emigran a través de las fronteras nacionales con ese fin. Debido al recorte del empleo en el sector público y en las pocas empresas comerciales grandes, con frecuencia de propiedad estatal, los trabajos que encuentran pertenecen casi todos al sector informal. Dos terceras partes de todos los trabajadores/as urbanos están en el sector informal y el desempleo urbano se duplicó desde los años setenta situándose ahora entre el 15% y el 20%. Los salarios reales del sector manufacturero han acusado un agudo descenso durante los años ochenta, habiéndose registrado un promedio anual de declive del 12% en 15 países sobre los cuales la Organización Internacional del Trabajo dispone de datos fiables. Las actuales políticas de ajuste estructural no responden a las necesidades humanas básicas ni reducen el peso de la deuda, razón por la cual África no se ha encarrilado en el camino del crecimiento económico sostenible.

Con este sombrío panorama económico, las nuevas democracias enfrentan enormes problemas para contener las tensiones que amenazan su supervivencia. Las previsiones más optimistas para la recuperación de la economía africana sugieren que la cantidad total de personas que vive en la pobreza no comenzará a disminuir hasta bien entrado el siglo próximo. Hasta entonces, 60 millones de jóvenes mujeres y hombres africanos habrán comenzado la frustrante tarea de procurarse un medio de subsistencia. El SIDA

habrá infectado a 20 millones de personas y por lo menos otros 80 millones de personas habrán muerto de enfermedades que se podrían prevenir. Además, se prevé que la escasez de alimentos del continente se habrá ampliamente triplicado para el año 2000. Existe un claro peligro de que el avance hacia la creación de instituciones democráticas pueda frenarse en medio de una dislocación social a gran escala y una regresión a la corrupción y al gobierno represivo que ha detenido el desarrollo durante mucho tiempo.

Los sindicatos, que durante mucho tiempo tras la independencia se enfrentaron con una considerable injerencia de sus gobiernos e incluso, en algunos casos, con un control absoluto, desempeñaron un papel clave en muchos países en el proceso de democratización. Actualmente enfrentan una nueva crisis a medida que sus antiguos bastiones en sectores como la enseñanza, el transporte y la función pública se ven socavados por la privatización y por restricciones en el sector público. Con ayuda de la CIOSL están luchando y respondiendo también al enorme desafío de sindicarse miembros en los sectores hasta ahora no organizados. Aunque algunos gobiernos han procurado ejercer control sobre el movimiento sindical de sus países, los sindicatos continúan siendo las instituciones más organizadas y democráticas de África. En muchos casos, han elaborado propuestas de acción nacional para detener el declive económico. Todo examen de las economías nacionales de este continente aquejado de problemas mostraría que la participación de los sindicatos y el respeto de sus derechos son fundamentales para sostener cualquier evolución económica y social. En efecto, África nos ha dado uno de los mejores ejemplos de sindicalismo: el papel desempeñado por el movimiento sindical sudafricano en la lucha contra el apartheid. Fueron los sindicatos y sus miembros, con el apoyo de la CIOSL y los SPI, quienes jugaron el papel clave en el derrocamiento del régimen. Los sindicatos sudafricanos pusieron fin al apartheid con medios pacíficos posi-

bilitando así la reconciliación y el establecimiento de la democracia. Están demostrando el mismo empeño en la lucha por construir la nueva Sudáfrica y pueden hacerlo porque el gobierno democráticamente electo está reformando su legislación laboral de conformidad a los Convenios de la OIT.

El potencial de África requiere una consolidación de la democracia para echar abajo las barreras con las que se confrontan las mujeres y hombres africanos cuando quieren salir de la pobreza. El apoyo internacional debería centrarse en políticas orientadas a incrementar el empleo y los salarios, elevar los niveles de educación y salud y poner fin a la carga de la deuda contraída por militares corruptos y dictaduras unipartidarias y que debe asumir la generación actual. El movimiento sindical africano tiene un papel protagonista en el diseño e implementación de políticas que atraigan el amplio apoyo necesario para romper con los patrones de desarrollo del pasado. La concentración puntual en la desregulación y la privatización no soluciona el tema fundamental de infundir confianza en las autoridades públicas que durante demasiado tiempo han sido el instrumento de las elites ocupadas con sus propias ambiciones y que explotaron para sobrevivir las rivalidades producidas por guerras nacionales tribales y por la guerra fría internacional. El respeto por los derechos humanos y sindicales es capital para cualquier estrategia exitosa orientada a la reforma y recuperación en África.

#### AMÉRICA LATINA: EL LEGADO DE LA CRISIS DE LA DEUDA

América Latina ha luchado por salir de la crisis de la deuda de comienzos de los años ochenta pero continúa siendo una región de extremos de pobreza y riqueza. Brasil es el segundo mercado más grande del mundo de aviones privados, mientras que 47% de su población vive en la extrema pobreza. Más de 1.250.000 niños menores de cinco años

sufren de desnutrición y más de tres millones de niños en edad escolar no van a la escuela. Muchos de ellos han sido abandonados para que escarben en los basurales y sean víctimas de bandas asesinas. Y sin embargo, los niveles impositivos sobre los más altos ingresos son, según el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo y el Banco Interamericano de Desarrollo, los más bajos del mundo.

En América Latina los salarios han comenzado a recuperarse recientemente de la merma del 5%-20% que habían sufrido y aún continúan por debajo de los niveles de 1980. El salario mínimo actualmente tiene tan sólo las tres cuartas partes de su valor anterior. El desempleo oficial se elevó a un 10% y más en diversos países de la región mientras que el empleo urbano aumentó a más del 18% en el sector informal, aumento que se vio acompañado de una disminución equivalente en el trabajo estable. Como mostró la devastadora crisis de la economía mexicana en 1995, los trabajadores/as de la región son todavía muy vulnerables a los flujos y reflujos de la especulación a corto plazo. Aunque la necesidad de reforzar el poder adquisitivo de las personas con bajos ingresos y de inversiones sociales en educación y viviendas sea apremiante, los mercados de divisas castigan cualquier desliz en las austeras metas presupuestarias fijadas por los gobiernos y el FMI. Esto significa que las medidas vitales necesarias para potenciar la estabilidad social se ven constreñidas por políticas destinadas a reducir la inestabilidad financiera. Si las instituciones financieras internacionales realmente desearan ayudar al continente a encontrar una base sólida para la recuperación, deberían procurar reducir la pesada carga de la deuda que aún dificulta todos los esfuerzos orientados a un crecimiento sostenible y empeñarse a mejorar los sistemas tributarios, en lugar de achicar el gasto social tan esencial.

Por más que algunas mujeres ostentan niveles de educación superior al de los hombres, siguen concentradas en ocu-

paciones con baja remuneración. Las mujeres se han visto más afectadas que los hombres por la reestructuración y los recortes en el sector público y en una gran proporción han debido aceptar trabajos poco seguros en el sector informal. Asimismo, ha aumentado el trabajo a tiempo parcial para las mujeres. Las mujeres constituyen la mayoría (por ejemplo en México el 77%) de los trabajadores en las maquiladoras en donde los derechos sindicales están restringidos y las condiciones de trabajo no reguladas.

#### LA BATALLA PARA SOBREVIVIR EN LA JUNGLA URBANA EN BRASIL

Brasil ostenta la brecha más ancha del mundo entre ricos y pobres, un desempleo galopante (São Paulo solo tiene 1,14 millones de desocupados) y la ausencia total de un sistema de bienestar. El salario mínimo se ha reducido a la mitad durante el decenio de los 80 y ahora es de 64 dólares al mes, increíblemente, un 33% más bajo de lo que era hace 50 años. La mortalidad infantil en Brasil es de 58 niños por mil, lo que representa más de diez veces el nivel en los países industrializados. Y lo único que les espera a muchos de los niños que logran atravesar los peligrosos primeros años de vida es una batalla constante para sobrevivir en las calles en donde todas las noches bandas organizadas de asesinos tratan de liquidarlos.

Para algunos, las calles brasileñas están pavimentadas en oro. Un estudio reciente concluyó que la economía informal –la prostitución, las drogas y el juego ilegal mueven alrededor de \$US 490.000 millones al año– más de la totalidad del producto nacional bruto del país. Un fenómeno nacional, la economía subterránea es más visible en Río de Janeiro –que cuenta con alrededor de 200.000 quioscos (o «camelos» nombres que se da tanto a los quioscos como a los quiosqueros)– y en São Paulo que tiene alrededor de 160.000, cinco veces superior al número de negocios. Los «camelos» son apenas una fracción de la economía informal. Casi 40% de la mano de obra de Río participa en «actividades no reguladas», ya sea el transporte, reparaciones o loterías ilegales.

Mientras que algunos amasan fortunas en el sector informal (o sector no estructurado), la condición de la gran mayoría de trabajadores y trabajadoras fue bien resumida en la Memoria del Director General de la OIT: «Los productores y trabajadores del sector no

estructurado casi nunca están sindicados (aunque a veces, en el plano local, forman asociaciones profesionales sin carácter oficial) y, por consiguiente, se sitúan fuera del campo de acción de los sindicatos y de las organizaciones de empleadores. En estas circunstancias, viven y trabajan generalmente en un medio ambiente lamentable, a menudo peligroso e insalubre, en barriadas pobres carentes de instalaciones sanitarias, incluso mínimas.».

La CIOSL cree que los gobiernos deben asumir su responsabilidad e implementar políticas que mejoren las condiciones en el sector informal. A este fin, el gobierno debería suministrar capacitación, líneas de crédito a pequeña escala e infraestructura como electricidad, agua y edificios y promocionar al mismo tiempo la aplicación de las normas de trabajo y la protección social. De esta manera podrán lograr el objetivo a largo plazo de incorporar este sector en la economía formal, en otras palabras «formalizar» el sector informal.

Fuente: ORIT y OIT.

La fuga de capitales ha sido un problema persistente en la región y ha llevado a los gobiernos a implementar políticas diseñadas para atraer de nuevo y mantener en la región los dólares de las elites ricas. La fuga de mano de obra a América del Norte, Europa y las maquiladoras es un fenómeno igualmente peligroso pero que no se ha transformado en una prioridad similar. Familias enteras dependen de las remesas de las ganancias de mujeres y hombres jóvenes que hacen trabajos bajos, sucios y peligrosos lejos de sus hogares. El doble objetivo debe ser proteger a los/las migrantes de la discriminación y la explotación y crear empleos en un entorno seguro en sus países de origen.

El movimiento sindical de América Latina continúa siendo fuerte y está superando progresivamente su legado de división política. No obstante, a pesar de la restauración de los gobiernos democráticos en muchos países todavía se cuestiona el papel de los sindicatos en la sociedad. Tradicionalmente, y en gran medida como resultado de una larga

historia de participación estatal en la economía, los gobiernos procuraron centralizar las relaciones laborales a través de extensos códigos legales que, en teoría, obligaban a los empleadores a ofrecer condiciones y salarios decentes. Aunque a menudo se hizo caso omiso de ellos, o los gobiernos los aplicaron como consideraron conveniente, los códigos fueron, de hecho, una forma de contrato de empleo negociado centralmente para la mayoría de los trabajadores/as del sector formal. Al retirarse progresivamente la intervención gubernamental de la economía, a través de la privatización y de la desreglamentación, se observa una creciente presión para debilitar el contenido y el alcance de los códigos laborales. Los sindicatos están particularmente preocupados por este hecho, dado que quienes promueven la reforma son mayormente hostiles a los sindicatos.

#### MAQUILADORAS: LOS NUEVOS CAMPOS DE CONCENTRACIÓN DE AMÉRICA CENTRAL

Los «nuevos campos de concentración» es la descripción de un sindicalistas de la maquiladoras de América Central o zonas francas de exportación donde más de 200.000 trabajadores, en su mayoría mujeres, trabajan confeccionando ropa y otros bienes de consumo para mercados en Estados Unidos y Europa.

En Guatemala, los trabajadores/as de las maquiladoras perciben entre \$1 y \$2 por día por 9-10 horas de trabajo. A veces se ven forzados a trabajar hasta 18 horas. En la fábrica Lucasan en Guatemala, los trabajadores/as son encerrados en la fábrica desde las 8.00 h. de la mañana hasta las 8.00 h. de la noche, seis días a la semana. En otras fábricas, los trabajadores/as que deben quedarse hasta medianoche son encerrados en la fábrica hasta el día siguiente que comienzan a trabajar temprano a la mañana. Cuando llegan grandes encargos, se les da anfetaminas a fin de que puedan trabajar 60 horas sin parar. Las amenazas y el abuso verbal es común y los supervisores de la planta golpean a las trabajadoras por cualquier simple error, por llegar tarde o incluso por conversar con sus compañeros. El abuso sexual de parte de los jefes es un precio que las mujeres deben pagar para mantener sus empleos. Las fábricas tienen pocas ventanas y pocos sistemas de ven-

tilación y no existe protección contra los productos químicos o el polvo. Las salidas están generalmente clausuradas.

Estas fábricas funcionan en estructuras de chapa fáciles de desmontar y transportar. Pueden ser trasladadas de una maquila a otra e incluso de un país a otro. Esto es exactamente lo que sucede cuando los propietarios desean evitar las obligaciones con sus acreedores, el gobiernos o sus trabajadores/as. Con frecuencia, y por las mismas razones, se cambia el nombre registrado oficialmente de la compañía.

Sólo el hecho de pensar en un sindicato le puede costar al trabajador o trabajadora su empleo. Tomar medidas para constituir un sindicato puede tener consecuencias más serias. Los trabajadores que intentan organizar un sindicato son seguidos, transferidos, despedidos, hostigados, golpeados y a menudo amenazados de muerte. A veces, simplemente desaparecen, asesinados por querer un sindicato. Los casos a continuación fueron elevados a la CIOSL durante el curso de unos pocos meses del año pasado.

28 de febrero de 1995: Déborah Guzmán, dirigente sindical en la fábrica de la maquiladora fue secuestrada, se le vendaron los ojos, fue atada, drogada, golpeada y detenida hasta el 5 de marzo. Durante su cautiverio fue obligada a hacer llamadas por teléfono a su marido, otro dirigente sindical, para advertirle que si no renunciaba al sindicato ella no volvería.

19 de marzo de 1995: El cuerpo del dirigente sindical de una maquiladora, Víctor Alexander Gómez Virula, fue encontrado en un barranco tres días después de que fuera declarado desaparecido por su sindicato. Las autoridades se negaron a actuar. Después que se encontró el cuerpo, otros dirigentes del mismo sindicato, inclusive su Secretario General, fueron seguidos por vehículos con vidrios ahumados y sin matrícula.

29 de marzo de 1995: Adela Agustín, miembro del comité ejecutivo de un sindicato en otra maquiladora fue atacada, golpeada y dejada abandonada. Esto ocurrió después de que recibiera amenazas de muerte de la dirección de la empresa en donde trabajaba.

17 de mayo de 1995: Flor de María Salguero de Kaparra, organizadora sindical del Sindicato de Trabajadores de la Alimentación de Guatemala, que había testificado ante el Congreso de Estados Unidos sobre las violaciones de derechos de los trabajadores en la maquiladoras guatemaltecas, fue secuestrada, drogada, violada y golpeada. Posteriormente ha recibido llamadas telefónicas anónimas de alguien que le pregunta si le gustó «su pequeño presente».

*Fuente: ORIT*

Algunos gobiernos han intentado obtener la colaboración de los sindicatos en diversos tipos de pactos sociales concebidos para estabilizar la inflación y reducir los déficits de las balanzas de pago. Pero los empleadores de muchos países están dispuestos a contratar sicarios para secuestrar y asesinar a valientes representantes de los sindicatos locales, y a los jueces y abogados que tratan de defender los derechos sindicales básicos de los trabajadores/as y campesinos.

La región sufre una epidemia de zonas francas de exportación o maquiladoras en las cuales empresas desarraigadas que abastecen principalmente el mercado norteamericano abusan de los derechos de los trabajadores. Este estilo de capitalismo de «roza y quema» destruye el desarrollo estable económico y social y está entrapando a muchas comunidades y países enteros en un ciclo de explotación. Incluso después de la restauración de la democracia, los gobiernos en muchos países están dominados por los intereses de las familias acomodadas y las empresas multinacionales. En el sector privado cunde la corrupción aunque la publicidad de los medios de comunicación, que tienen mayor interés en lo que oscurecen que en lo que revelan, recaen en los abusos en el sector público.

Cualquier cambio de estas tendencias requiere una nueva orientación del papel del gobierno a fin de que los servicios públicos y los partidos políticos sean mucho más independientes de intereses empresarios puntuales.

Los gobiernos tienen que ejercer presión sobre los empleadores para que éstos desempeñen un papel constructivo en el diálogo social necesario para garantizar un crecimiento sostenible. La negociación centralizada puede garantizar que los aumentos salariales sean consistentes con las políticas generales económicas y sociales destinadas a buscar una recuperación y a enfrentar la pobreza y el desempleo. Al mismo tiempo, un giro gradual hacia la negociación a nivel local ayudaría tanto a los sindicatos como a los empleadores

a convenir cambios en el lugar de trabajo destinados a mejorar las condiciones de trabajo y la productividad. No hay negociación posible a menos que los organizadores sindicales estén protegidos contra la violencia y la discriminación. Los gobiernos y los empleadores deben reconocer el papel esencial de los sindicatos para abordar las causas subyacentes del conflicto social que amenaza la frágil recuperación de la región.

#### LA OTRA CARA DEL MILAGRO ASIÁTICO

Durante diez años consecutivos la región asiática ha alcanzado un crecimiento más rápido que ninguna otra parte del mundo. No obstante, tiene más personas que pueden ser calificadas de pobres absolutos que cualquier otro lugar del mundo. Más de 1.500 millones de habitantes del subcontinente indio, en China e Indonesia sobreviven con menos de un dólar diario. Con India solamente, que necesita crear alrededor de siete millones de puestos de trabajo por año para satisfacer el crecimiento previsto de la mano de obra, es esencial un crecimiento económico de más del 5% anual para reducir la cantidad de gente que vive en extrema pobreza.

Los salarios han aumentado en un promedio de 5% anual durante la década de los ochenta en una serie de países del este y del sudeste asiático, a medida que disminuye la proporción de trabajadores/as del sector agrícola y manufacturero y aumenta el empleo en el sector de servicios. No obstante, este rápido traslado de las zonas rurales a las ciudades está provocando enormes problemas, incluyendo un atraso de inversiones en la infraestructura necesaria para apoyar una economía moderna urbana e industrial. El llamado milagro asiático se construyó en gran medida gracias al rápido crecimiento sobre todo de las industrias ligeras de

ensamblado que producen para la exportación y al aumento constante de la productividad agrícola. La mayoría de las zonas francas industriales que proliferan en la región ha sido deliberadamente creada para evitar la organización sindical como incentivo para los inversores.

La piedra angular de la industrialización orientada a la exportación ha sido el trabajo de las mujeres jóvenes. Los inversores extranjeros han sabido aprovechar los bajos salarios y la destreza manual de estas jóvenes. La participación de las mujeres en el empleo en el sector manufacturero excede el 80% en algunos países, especialmente en aquéllos con un crecimiento económico más acelerado. Estas industrias han generado oportunidades de empleo sin precedentes para las mujeres, que las consideran una forma de escapar de la pobreza rural. Las jornadas de trabajo con frecuencia son largas, duras y peligrosas. Pocas mujeres continúan trabajando pasados los veinte años porque los empleadores despiden a las que se casan y fundan una familia. Muchas también están físicamente desgastadas por el ritmo de producción, por la exposición a sustancias peligrosas y por las lesiones derivadas del carácter repetitivo de su tarea. Este «camino de fábricas de explotación hacia el desarrollo» deja a su paso muchas víctimas y socava el desarrollo a largo plazo.

En los países de Asia del Sur, la mayoría de las trabajadoras sigue dependiendo del empleo agrícola con mano de obra no remunerada en tierras familiares, trabajo que se alterna con el trabajo remunerado de temporada.

Al igual que en otras regiones, las mujeres asiáticas se han visto más adversamente afectadas que los hombres por la privatización y por el recorte en el sector público. Asimismo ha habido un incremento en la producción a domicilio y en la subcontratación.

En la mayoría de los países de la región los sindicatos tuvieron que funcionar dentro de un marco legal estricta-

mente controlado por el gobierno. Los sindicatos que representan a los trabajadores/as calificados lograron un nivel de seguridad en el empleo e incrementos del salario real para sus miembros. No obstante, los empleadores –al amparo de leyes que no protegen el derecho de sindicación– han desalentado activamente con la intimidación la sindicación del personal no calificado.

Comparando con otras regiones en desarrollo, la comunidad empresarial del este y sudeste de Asia se caracteriza por una generación de grandes patriarcas que no exportaron simplemente ganancias a paraísos fiscales de ultramar sino que reinvirtieron en la expansión. Pero la cultura tradicional asiática –caracterizada por la deferencia y el deber– que impregna las relaciones laborales y desalienta el sindicalismo libre comienza a derrumbarse. Una nueva generación de ejecutivos con formación profesional está asumiendo el control. Las empresas empiezan a competir por inversiones internacionales de capital móvil en los nuevos mercados bursátiles de la región. La nueva generación de trabajadores/as asiáticos también está afirmando cada vez más los derechos básicos de representación independiente y trato no discriminatorio por parte de la patronal. Los gobiernos se ven enfrentados ahora a la realidad de que el desarrollo necesita una sociedad más abierta, democrática y respetuosa de las leyes.

La mayor excepción a este modelo es China, con un quinto de la población mundial. El Partido y el Ejército saben que con la democratización terminará su control autoritario de las principales palancas de poder, pero para contener las tensiones sociales se necesita un rápido ritmo de crecimiento y, en su opinión, el desarrollo del sector privado. La inestable alianza resultante de un estado policíaco con un capitalismo voraz no sólo es una explosiva mezcla social y política sino también un destructivo rival para los estados vecinos que procuran avanzar hacia el desarrollo por el

camino de la democracia. Las abundantes noticias sobre disturbios laborales indican que los trabajadores/as de China cuestionan –al igual que agrupaciones internacionales como la CIOSL, preocupadas por los abusos cometidos contra los derechos humanos– el nuevo modelo chino de gobierno de la llamada «economía de mercado socialista».

#### TRABAJO INFANTIL: OPERACIONES DE RESCATE

«La gente se niega a hablar. Alguien se nos adelanta. Cuando llegamos a una fábrica, todo el mundo parece prevenido y los niños que puede haber habido han desaparecido» se queja Mercedes, una periodista de una cadena de televisión privada de Manila, que está compaginando un documental sobre el trabajo infantil. En Filipinas existen entre tres y cinco millones de niños que trabajan, estima Alejandro Apit, Director del Centro de Desarrollo Kamalajan, el KDC. Creado en 1992, con el apoyo del UNICEF y de la Organización Internacional del Trabajo, inicialmente el centro iba a dedicarse a la investigación del trabajo infantil y a la promoción de una toma de «conciencia» (o «kamaljan» en tagalo, idioma oficial de Filipinas) del problema. Rápidamente la organización se convirtió en un grupo de acción que incluso ganó el respaldo del Ministerio del Trabajo y de la Oficina Nacional de Investigaciones, NBI.

El detonador fue el descubrimiento de una decena de niños esclavos en la más grande fábrica de sardinas, Highlands Sardines. «Supimos que había niños en la fábrica. Sabíamos que estaban aislados de las demás personas y que no podían salir», cuenta Alejandro Apit. El KDC decidió enviar tres jóvenes adultos que se hicieron contratar por la empresa. En una semana habían establecido contactos con los niños. «Tenían menos de 13 años y nos costaba creer lo que contaban», recuerda el Director del KDC. La historia de los niños de Highlands Sardines parece haber sido sacada directamente de las páginas más sombrías de las novelas de Charles Dickens. Reclutados en el sur del país, en Mindanao, los niños son llevados a Manila o Ciudad Quezon. El reclutador cobra una comisión y se le reembolsan los gastos de transporte y de comida de los niños. El dinero que recibe ese intermediario constituye la deuda de los jóvenes con sus futuros patrones, deuda que continuará aumentando y que probablemente leguen a sus hijos.

«Al principio se les había prometido 23 pesos por día (apenas un dólar), pero se les dedujo 25 pesos por la comida. Nunca vieron un solo peso durante su estadía en Highlands. Su piel estaba macilenta, tenían que dormir sobre planchas de cartón, hacinados de a siete en una pequeña habitación que daba a un estrecho pasillo. En caso de incendio se hubieran asado vivos.» Su trabajo consistía en cortar las sardinas y colocarlas en las latas. Al cabo de la jornada de trabajo sus manos sangraban. Apit se puso en contacto con el Ministerio de Trabajo y organizó la primera operación de rescate. Un guardia reticente abrió los portones de Highlands cuando el funcionario de NBI mostró sus credenciales. Media hora más tarde todos los niños habían salido. «Algunos de los trabajadores adultos nos suplicaban que los lleváramos también», comenta Alejandro.

El KDC ha realizado una decena de operaciones de rescate y logró liberar a cientos de niños que son llevados a centros de rehabilitación y progresivamente enviados a sus hogares con un poco de dinero y la seguridad de que volverán a la escuela. Pero el KDC nos ayuda primero a obtener indemnizaciones de sus negreros, defendiendo su causa ante la justicia. «Después estos niños juraron que nos ayudarían a salvar a otros», aseguró Alejandro. Gracias a una reunión organizada en Manila por la CIOSL y su afiliada, el TUCP, Mercedes la periodista y Alejandro Apit el organizador conseguirán ayuda para que los niños continúen tirando abajo el muro del silencio.

*Fuente: Mundo del Trabajo Libre*

## EUROPA CENTRAL Y ORIENTAL: DESPUÉS DE LA REVOLUCIÓN

Cinco años después de la caída del Muro de Berlín se reconoce en general que la transición del sistema comunista y el proceso de reforma y ajuste necesario para que los países de Europa Central y Oriental se integren plenamente en la economía mundial, será mucho más prolongado y más difícil de lo previsto. La mayoría de los países en transición se vio compelida por los condicionamientos de los programas del FMI/Banco Mundial a concentrarse primero que nada en medidas de estabilización aunadas con la privatización, inclusive de los servicios públicos esenciales. A menu-

do, hasta los componentes más elementales de la legislación comercial y la reforma de la seguridad social fueron dejados en segundo plano. Para los trabajadores y trabajadoras, el amargo precio del derrocamiento del viejo régimen ha sido con mucha frecuencia los recortes de salario, el desempleo e intentos de marginar los sindicatos. Según las estadísticas oficiales, el desempleo en la mayoría de los países excede el 10%, una mitad de esta gente ha estado desocupada durante más de un año, las mujeres y hombres de más edad abandonan la fuerza laboral y cantidades incalculables de personas aceptan trabajo no registrado. Al mismo tiempo ha habido un alza brusca en el costo de la salud, la educación, la vivienda, la energía, el transporte y otros servicios esenciales. Además, el colapso de muchas viejas empresas, que anteriormente suministraban amplias redes locales de servicios sociales, amenazó la estabilidad social de las familias. La pobreza ha aumentado dramáticamente.

En el marco de esta pobreza, hay quienes han logrado beneficios en la transición. La carencia de un marco legislativo adecuado para la privatización ha permitido la emergencia y el enriquecimiento de nuevos poderosos que a menudo explotan las conexiones y privilegios de la vieja nomenclatura y que surgen como accionistas mayoritarios de los bancos con más beneficios, fondos de privatización e inversión y empresas; siempre al margen de los mecanismos de negociación oficiales a nivel nacional. Las empresas multinacionales en los países de Europa Central y Oriental se han convertido en intensos grupos de presión y en general han buscado esquivar el reconocimiento de los sindicatos y la negociación colectiva. Los niveles evidentes de consumo de esta nueva elite han patentizado la impresión dominante de disloque social, frustración y desconfianza. Los sindicatos han advertido persistentemente sobre las lagunas en la legislación, las falencias en la representatividad de las organizaciones de empleadores, la desilusión del electorado y la

inestabilidad en alza. Sólo ahora algunos gobiernos y las principales instituciones y agencias internacionales están tardíamente tomando consciencia de la dimensión social de la transición.

Las mujeres en Europa Central y Oriental siguen viendo el trabajo a tiempo completo como la norma general. No obstante, el desempleo ha afectado más gravemente a las mujeres que a los hombres. Las mujeres suelen concentrarse en la industria ligera y en los servicios, lo que ha redundado en favor de sus perspectivas de empleo, aunque están a menudo en sectores y empleos de baja remuneración. El empleo masculino ha crecido más rápidamente que el femenino en algunas actividades nuevas del sector de servicio, como por ejemplo el sector bancario y de turismo. Otro factor que afecta la participación de las mujeres en la fuerza laboral ha sido el cierre de guarderías como resultado del desmantelamiento de las empresas estatales.

Los sindicatos de la región han aceptado en general la necesidad de una reforma a gran escala, incluyendo la privatización. Por el contrario, los inversores privados, tanto nacionales como internacionales han hecho gala en general de una actitud hostil frente a la sindicación libre. Con mucha frecuencia no se les ha permitido a los sindicatos influir ni en el ritmo ni en la dimensión del cambio, ni tampoco intervenir en la aplicación de los programas sociales paralelos destinados a ayudar a los más afectados. Esto ha originado numerosos choques con los gobiernos, especialmente con respecto a los efectos de los presupuestos de austeridad, erosión de los servicios de bienestar social y planes de privatización mal concebidos y la incapacidad de establecer relaciones cabales de diálogo y alianzas sociales. Se desperdió, en la mayoría de los casos, la oportunidad de que los gobiernos crearan una amplia base de apoyo popular para la reforma, retrasando la recuperación y debilitando la confianza en las constituciones democráticas recientemente

promulgadas, socavando profundamente las esperanzas y expectativas de las revoluciones democráticas. Esto, incluso en tonos más sombríos, refleja también la situación en los nuevos estados que han emergido del colapso de la Unión Soviética.

#### DESEMPLEO CRÓNICO Y CRECIENTE DESIGUALDAD EN LOS PAÍSES INDUSTRIALIZADOS

La crisis social mundial ha llegado ahora a las economías más avanzadas del mundo. Los elevados niveles de desempleo de la recesión de comienzos de los años ochenta han descendido a un ritmo terriblemente lento. En Europa Occidental en particular, se cifran por encima del 10% y están subiendo en Japón. Los salarios medios de la economía más fuerte, Estados Unidos, llevan más de diez años estancados y en el caso de las personas que perciben bajas remuneraciones y que tienen pocas calificaciones están disminuyendo. Al aumentar la cantidad de personas que dependen de la seguridad social y de subsidios, muchos gobiernos han reducido el nivel y la cobertura de los subsidios para los más pobres. Los gastos gubernamentales en educación y salud de muchos países también han sido recortados.

Por el contrario, las reducciones impositivas para las personas acaudaladas y los enormes aumentos salariales para los altos ejecutivos han profundizado la brecha entre ricos y pobres por primera vez en los últimos cincuenta años. Los dividendos del crecimiento no llegaron a la tercera capa inferior de la sociedad. Todas estas presiones hicieron que aumentaran el racismo y la xenofobia; la extrema derecha, profundamente hostil a los intereses de los trabajadores y de los sindicatos, ganó una cantidad considerable de votos en elecciones locales e incluso nacionales.

Para quienes tienen trabajo, la inseguridad se ha intensi-

ficado y ha ampliado su margen. Es corriente que aquéllos más calificados, incluso cuadros directivos, sean licenciados y tengan pocas perspectivas de conseguir nuevos empleos. En todas las industrias manufactureras y de servicios está aumentando el empleo temporario, a tiempo parcial y la subcontratación. Todo esto ha afectado especialmente a las mujeres, cuyos salarios constituyen una parte cada vez más esencial de los ingresos de la mayoría de las familias. La gran cantidad de despidos afectó principalmente a grandes empresas manufactureras y a otras donde los sindicatos habían negociado buenos salarios y condiciones, mientras que la mayoría de los nuevos puestos de trabajo están en empresas relativamente pequeñas del sector de servicios, más difíciles de sindicalizar y conocidas por sus malos salarios y condiciones. Han quedado atrás los días en que los empleos del sector público eran seguros. En la actualidad, los gobiernos del mundo industrializado están privatizando o subcontratando los servicios públicos y aplicando una rigurosa disciplina salarial a los trabajadores.

Mientras que los cambios en la estructura industrial y en el mercado laboral han favorecido el crecimiento del empleo de las mujeres en actividades de servicios, el grueso de los nuevos empleos tiende a ser «atípico», a menudo formas precarias de trabajo, como por ejemplo trabajo a tiempo parcial, ocasional y a domicilio. Hombres y mujeres mantienen todavía pautas diferentes de participación en el mercado laboral y en todos los países existe una brecha genérica en las ocupaciones, calificaciones y salarios. Por ejemplo, en los empleos a tiempo parcial existe una enorme segregación, las mujeres ostentan entre un 60% y un 80% de estos puestos de trabajo. La adjudicación de distintos valores al trabajo de hombres y de mujeres continúa. Las ocupaciones más orientadas a la mujer se caracterizan por su baja condición, mala remuneración y limitado potencial de adquisición de especialización, promoción o formación.

Muchos gobiernos de derecha han optado por combatir las leyes laborales que especifican condiciones mínimas para los contratos de empleo. Los salarios mínimos, la indemnización por despido y el preaviso han sido blancos especiales de ataque. En algunos países, principalmente el Reino Unido y Nueva Zelanda, los gobiernos han hecho importantes cambios en las leyes de relaciones laborales para debilitar la posición de los sindicatos y la negociación colectiva. Los políticos del libre mercado mantienen que esas medidas son fundamentales para que los países industrializados, mediante una presión financiera, puedan obligar a los desempleados a volver a trabajar u obtener la flexibilidad laboral que la competencia mundial ahora exige. No obstante, durante diez años los salarios crecieron a un ritmo más lento que la productividad y los índices de ganancias se han recuperado pero no se observa un crecimiento sostenido del empleo ni un aumento de la competitividad en los países donde predominan políticas antisindicales de libre mercado.

#### LA POBREZA EN LA TIERRA DE LA ABUNDANCIA

La brecha entre ricos y pobres es inmensa en Estados Unidos y estudios recientes señalan que está creciendo más rápido que en ninguna otra parte. Tres cuartos de los ingresos durante la década del 80 fueron percibidos por un 20% de familias que ahora controlan más del 55% del total de la riqueza. El resto –80% de todos los hogares norteamericanos– deben compartir lo que queda. El 1% de los hogares más acaudalados en Estados Unidos controla en este momento el 40% de la riqueza nacional, el doble que en Gran Bretaña, que cuenta con la mayor desigualdad en Europa Occidental. En Alemania, las familias con altos salarios ganan 2,5 veces más que los trabajadores/as con bajos salarios. En Estados Unidos esta cifra supera las cuatro veces y está en alza.

El nivel de vida del trabajador estadounidense común sigue bajando. Los salarios reales de los trabajadores/as de la producción estadounidense han disminuido en un veinte por ciento en los últimos veinte años, al desaparecer millones de empleos decentes y bien pagos.

Entre 1947 y 1973 el salario medio de los trabajadores/as norteamericanos subió a más del doble y el veinte por ciento de los estamentos más bajos percibieron las mayores ganancias. Empero, desde 1973 las entradas medias han caído alrededor de un 15% y el 20% de más abajo ha caído aún más. Más de 40% del total de las ganancias ha ido a parar a manos del 1% más rico.

En el Reino Unido, casi 17 años de gobierno conservador han producido una sociedad en la cual la pobreza y la desigualdad está en alza y los niveles de educación y de sanidad están empeorando progresivamente. La porción de riqueza del 10% de los estamentos superiores de la población subió de un 50% a un 53% entre 1976 y 1989. Esto revirtió la tendencia de los cincuenta años previos en lo que hace a una mayor igualdad en la distribución de la riqueza. Cada persona perteneciente a 1% del estamento de arriba de la población (alrededor de 600.000) poseía más de £250.000 (\$450.000) en 1989. El ingreso ganado por el 10% de arriba subió en un 62% entre 1971 y 1992 mientras que el ingreso del 10% más pobre disminuyó en un 17%.

Una comparación internacional de la proporción del consumo del 20% más rico con el 20% más pobre en los países en desarrollo muestra que en la India los ricos consumen 4,5 veces más que los pobres, en comparación con el 4,9 veces más en Indonesia, el 7,3 en Jordania, 13,6 en México, 15,6 en Zimbabwe, 26,1 en Tanzania y un increíble 32,1 veces más en Brasil.

*Fuente: AFL-CIO, PNUD, New York Times, Independent.*

Por el contrario, muchos otros países de la OCDE están aprovechando la fuerza que el diálogo social puede brindar a la difícil tarea de equilibrar las políticas económicas y sociales. En más de dos terceras partes de los 25 estados miembros de la OCDE, los gobiernos han buscado el apoyo de los sindicatos para establecer un marco general de incremento salarial. Dicho marco es el elemento clave de sus políticas para estabilizar la inflación, el tipo de cambio y el presupuesto. Algunos «pactos sociales» también contienen medidas complementarias para fomentar el crecimiento del empleo a través de la formación y de otras políticas activas de mercado laboral.

## LA DIVISIÓN MUNDIAL DEL TRABAJO: CAMBIOS Y CONSECUENCIAS

De los 2.500 millones de hombres y mujeres que trabajan en el mundo, 1.400 millones viven en países en desarrollo donde cada persona tiene un promedio de ingreso anual inferior a \$US 695. Tres de cada cinco trabajadores de los países menos adelantados trabajan la tierra, la mayoría en sus pequeñas granjas. Otro 22% está en el sector informal. Solamente el 15% —principalmente trabajadores urbanos de fábricas y servicios— tiene contratos de empleo. En los países en desarrollo que se sitúan en la franja intermedia, casi la mitad de la mano de obra tiene trabajos asalariados formales en la industria y en los servicios. Menos de la tercera parte permanece en la agricultura y aproximadamente uno de cada cinco está en el sector informal rural o urbano. En los países industrializados, solamente el 4% de la mano de obra trabaja en actividades agrícolas, 27% en la industria manufacturera y 60% tiene puestos de trabajo en el sector de servicios. La mayoría de los trabajadores son asalariados aunque en algunos países está aumentando el trabajo por cuenta propia. En el mundo hay un total de 120 millones de personas sin empleo pero se estima que otros 600 millones no tienen un trabajo o ingreso regular la mayor parte del año.

Durante los últimos tres decenios ha disminuido de manera progresiva el porcentaje de empleos en la agricultura —aún predominante— y se registró un aumento de la proporción de trabajos en el sector de servicios. El empleo industrial ha disminuido apenas del 19% al 17% del total de empleos. Durante los últimos treinta años, dicho empleo registró una aguda disminución, del 37% al 26% del total, en los países industrializados y aumentó en los países en desarrollo del 11% al 14%. La mayor parte de esta expansión se produjo en el este y en el sudeste de Asia donde actualmente 18% del total de puestos de trabajo pertenecen al sector

industrial, mientras que en 1965 representaban el 9%. Actualmente hay más trabajadores/as en el sector manufacturero del mundo en desarrollo que en los países industrializados, muchos de los cuales trabajan en las maquilas.

Las proyecciones indican que durante los próximos treinta años la mano de obra mundial aumentará en otros 1.200 millones. Para reducir la pobreza, se ha de dar prioridad a aumentar la productividad y los ingresos de los campesinos pobres del mundo en desarrollo. La liberalización del comercio agrícola ayudaría en este proceso pero solamente si se la acompaña de un gran esfuerzo para abordar problemas tales como la reforma agraria, el transporte y la discriminación contra las mujeres, que constituyen el grueso de la mano de obra agrícola del mundo en desarrollo. Sin embargo, la tremenda magnitud de los problemas de desempleo del mundo en desarrollo implica que es necesario crear cientos de millones de puestos de trabajo para evitar una catástrofe social. Para lograrlo, en un mundo donde los países industrializados ya dominan prácticamente la mitad de la producción mundial, se requieren más medidas internacionales positivas de las que existen actualmente a fin de garantizar así un patrón de crecimiento mundial más equilibrado y sostenible.

Los países industrializados se enfrentarán con problemas de creación de empleo. En este momento están dirigiendo su atención al comercio con las economías asiáticas en rápido desarrollo, en particular para satisfacer la demanda de bienes de capital tales como máquinas herramientas. Sin embargo, durante cierto tiempo todavía el comercio entre los países industrializados constituirá el grueso de su producción para exportaciones. No obstante, a medida que se van poniendo en práctica las medidas de liberalización del mercado de la Ronda Uruguay, sumadas a la eliminación de controles en los movimientos de capital, es probable que aumente la ya intensa competencia por mercados. En los países industrializados

está aumentando el desempleo entre los trabajadores hombres con bajas calificaciones y que ocupan puestos relativamente poco remunerados, tradicionalmente en el sector manufacturero, que es el más expuesto a la intensificación de la competencia. Esos países enfrentan la enorme tarea de crear nuevos puestos de trabajo y de dotar a los trabajadores con las nuevas calificaciones que necesitan. Si el crecimiento en el mundo industrializado pierde impulso o si en los países en desarrollo permanece circunscrito a la región de Asia del este y del sudeste, podría empeorar la crisis de empleo de los mismos países industrializados.

Los gobiernos de los países que han puesto en práctica medidas de libre mercado tales como reducciones de salarios y de prestaciones sociales pretenden que se han creado puestos de trabajo como resultado de sus políticas. Hasta el momento los resultados muestran que han aumentado los puestos de trabajo inseguros a tiempo parcial o temporarios con baja remuneración o malas condiciones.

En Estados Unidos y en el Reino Unido se agrega la preocupante evidencia de un aumento de las diferencias salariales entre los grupos de trabajadores/as no calificados y los de altos ingresos. Este fracaso de la solución de libre mercado fue el tema central de la Cumbre del Empleo de Detroit de 1994. Los países industrializados fueron confrontados al «diabólico dilema» del desempleo masivo a largo plazo o la creación de una nueva y numerosa subclase de trabajadores/as pobres. Ambas opciones son peligrosas tanto desde el punto de vista social como político; ambas originan un enorme derroche de recursos humanos y un terreno fértil para políticos extremistas antidemocráticos y para el crimen organizado. Igualmente preocupante es la tendencia de algunos políticos de derecha en el gobierno que tratan de distraer la atención de los efectos desastrosos de sus políticas de libre mercado utilizando a los extranjeros y a las instituciones de cooperación internacional como chivos expiatorios.

A los efectos de crear más puestos de trabajo y mejores perspectivas de empleo para los asalariados/as de hoy y de la generación futura es necesario adoptar una política mundial común de crecimiento económico. Ahora bien, el crecimiento económico tal cual lo conocemos causa problemas en el ámbito del medio ambiente. Un mayor uso de recursos naturales y una mayor contaminación de la tierra, agua y atmósfera no sólo causará problemas para esta generación sino que también tendrá un impacto en la actitud y las posibilidades de las generaciones futuras. Por consiguiente, los gobiernos tienen la obligación de incorporar reglas y medidas en una política mundial de crecimiento económico que asegure un desarrollo sostenible y ecológicamente idóneo. Dichas reglas y medidas deberían garantizar que los asalariados/as no estén expuestos en su lugar de trabajo a substancias y a condiciones peligrosas de trabajo. La misma garantía debería tenerse en relación con el medio ambiente general. Los sindicatos no pueden aceptar, y no aceptarán, que los trabajadores/as en el mundo estén expuestos a normas ambientales inadecuadas a causa de la competencia.

La globalización de la economía y la revolución tecnológica han ayudado a crear una red de subcontratistas de pequeña y mediana escala y de productores fuera de la fábricas (con una creciente proporción de producción a domicilio) en ámbitos que van desde la imprenta a la publicación, pasando por la indumentaria y el calzado hasta los repuestos de automóviles y microplaquetas. También está incrementando el teletrabajo y el procesamiento de datos en el exterior (por ejemplo, Swissair hace sus reservas pasando por la India). Esto significa que cada vez menos trabajadores están cubiertos por la legislación laboral estándar y tienen derecho a garantías sociales del estado o subsidios de empleo formales tales como condiciones mínimas de cobertura de la seguridad social. Una gran proporción de los trabajadores/as subcontratados no sabe quién es su empleador, a menudo una

empresa multinacional. Estos trabajadores/as siguen siendo invisibles y no están contabilizados en las estadísticas laborales, ni reconocidos como trabajadores. Asimismo, es muy difícil para los sindicatos identificarlos y organizarlos. La índole precaria de estos empleos se hace más palmaria con la constante búsqueda de inversores y manufacturadores de costos de producción cada vez más bajos. Cuando los países mejoran sus niveles salariales y las condiciones de trabajo, los manufacturadores trasladan los contratos de producción a países con una mano de obra más barata y con una legislación laboral menos exigente.

#### APRENDIZAJE DE LAS LECCIONES DE LA TRAGEDIA DE BHOPAL

¿Cuánta gente murió a causa de la fuga de gas de Bhopal y de sus secuelas? ¿Cuántos resultaron lesionados? ¿Cuáles son las consecuencias médicas a largo plazo del peor desastre industrial en la historia? ¿Cuáles son sus lecciones para el movimiento sindical en el momento en que se prepara una movilización a favor de la protección del medio ambiente en la era pos Río? Estas son cuestiones que conciernen profundamente a los sindicatos. El 3 de diciembre de 1984 una nube de isocianato de metilo (MIC) emanó de la planta de pesticidas de la Union Carbide en Bhopal (India) matando por lo menos a 2.500 personas y lesionando a unas 200.000. Ahora hay informes de Bhopal según los cuales 25.000 personas pueden haber muerto como resultado del escape de gas. No han terminado aún las enfermedades a gran escala causadas por la fuga. Para muchos de los habitantes de villas miserias que sobrevivieron esa noche –cuando se escaparon las 40 toneladas de MIC y de otros gases tóxicos del tanque de almacenamiento– la vida se ha convertido en un infierno, totalmente debilitados y estragados por los efectos dañinos a largo plazo de este gas nocivo.

Bhopal es sinónimo de la falta total de preocupación por los trabajadores/as y la gente de la comunidad circundante. Además pone de manifiesto las operaciones de las empresas multinacionales desreglamentadas e indiferentes ante la protección inadecuada que suministran a aquellos más vulnerables en el mundo en desarrollo. Desde el incendio en Kader en una fábrica de juguetes en Tailandia, a los múltiples

desastres industriales en China, han sido los trabajadores los que con su vida han pagado el precio de la globalización. Las grandes empresas multinacionales (EMN) con un total de ventas de más de \$US 5 billones deben, al igual que todos los empleadores, reconocer su responsabilidad de proveer de sistemas adecuados de salud y seguridad para la protección de sus trabajadores/as.

La CIOSL y la ICEF investigaron y publicaron un informe sobre el desastre de Bhopal. Asimismo, la CIOSL publicó un informe titulado «¿Tiene algún Bhopal cerca?» que recogía catorce principios sindicales para la prevención de desastres químicos en el mundo. Uno de los principios más importantes y más ampliamente aceptados identifica la participación positiva de los trabajadores y de sus representantes como requisito previo a la gestión apropiada de la salud y seguridad en el trabajo y del medio ambiente. Esto, junto con la participación de la comunidad —una política de «puertas abiertas»— podrían haber evitado la tragedia de Bhopal.

Una labor ulterior de la OIT incluyó el Convenio y la Recomendación sobre seguridad en el uso de los productos químicos en el trabajo, adoptados en 1990. En julio de 1993, la OIT adoptó otro instrumento importante, el Convenio sobre prevención de desastres industriales. Por su parte, los países de la OCDE han llegado a un acuerdo sobre nuevas directivas internacionales para la prevención de los accidentes químicos, preparación y respuesta ante una eventualidad. Éstos fueron elaborados con la participación de los sindicatos.

En India misma, la presión del INTUC, HMS y de otros sindicatos hizo que el gobierno revisase la legislación que rige la salud y seguridad en el trabajo y el medio ambiente. Todos los Comités Paritarios Nacionales de los sindicatos y empleadores en industrias tales como el acero, el carbón, productos químicos y petróleo ahora toman decisiones vinculantes en materia de temas de salud, seguridad y medio ambiente y todos los acuerdos salariales nacionales las incluyen como un componente primordial.

*Fuente: CIOSL.*

Para dar marcha atrás en tan peligrosas tendencias tanto en el mundo en desarrollo como desarrollado, será necesario que los políticos reconozcan que los cambios en la división mundial del trabajo no pueden quedar librados a las fuerzas arbitrarias del mercado. Con el fin de garantizar que el poder

adquisitivo de los trabajadores aumente conforme crece la productividad, especialmente en los países en desarrollo, los sindicatos tienen que tener derecho de organizar y negociar colectivamente. Además, se debe hacer una campaña mundial para que se comprenda que deben aumentarse las inversiones en educación, salud, transporte y otros elementos vitales del crecimiento, desviando las partidas presupuestarias para gastos militares de los países desarrollados hacia políticas de ayuda más numerosas y mejor enfocadas. El apoyo internacional proporcionado a los países en desarrollo y en transición debe permitir una recuperación más duradera y menos dependiente de las exportaciones, como así también mercados financieros internacionales más orientados hacia las inversiones a largo plazo que creen oportunidades de empleo para los pobres. Dicho apoyo debería también estar orientado a aquellos países que respeten los derechos básicos de los trabajadores/as y que estén creando sistemas de responsabilidad democrática que impidan que los ricos y poderosos utilicen —gracias a métodos corruptos— el escaso dinero de los contribuyentes destinado a aliviar la pobreza.

Los países industrializados deben trabajar juntos para elevar y mantener los índices de crecimiento y evitar que las políticas no coordinadas, basadas principalmente en la prevención de todo aumento de la inflación, bloqueen el mundo en un período prolongado de bajo crecimiento, lo que condenará a más personas de la próxima generación a la pobreza. También tendrán que destinar mayor cantidad de recursos para ayudar a los trabajadores/as desplazados por los cambios de tecnología y comercio a que adquieran nuevas calificaciones y puestos de trabajo.

## EL MUNDO DEL TRABAJO EN MUTACIÓN

El desafío con que los sindicatos se ven confrontados en la era de la mundialización del comercio es lograr que los enormes y rápidos cambios en la índole del trabajo y del mercado laboral, sean concretados sin comprometer los objetivos de pleno empleo y justicia social. Tenemos que convencer a los gobiernos de que es fundamental actuar con urgencia para aumentar y difundir de manera más equilibrada el crecimiento económico mundial. La desreglamentación total de los mercados laborales aumenta los problemas que enfrentan los países para adaptarse al cambio. Los problemas se resuelven cuando los gobiernos, los sindicatos y los empleadores centran sus esfuerzos de manera colectiva en reforzar las instituciones del mercado laboral, apoyando a los individuos y a las comunidades a través de programas de formación y de creación de empleo.

El rápido cambio tecnológico y comercial está teniendo un impacto dramático en los mercados de todo el mundo. Los sistemas anticuados de producción masiva de productos estándar están siendo reemplazados por métodos que permiten períodos más cortos de producción de productos más variados. Las empresas están abocadas a reducir las existencias de componentes y de productos terminados a través de una cuidadosa planificación de sistemas de entrega «justo a tiempo». De la misma manera, su objetivo es aminorar costos reduciendo una cantidad de defectos en los productos finales, a menudo adjudicando responsabilidades en la supervisión de calidad de los supervisores a los trabajadores de producción mediante técnicas como los círculos de calidad. Se están subcontratando servicios especializados a abastecedores del exterior. Esta revolución en las técnicas de producción y en las prácticas de gestión afecta tanto al sector manufacturero como al de servicios y a los servicios públicos y, si bien está más avanzada en los países indus-

trializados, se está extendiendo rápidamente, especialmente en los países en desarrollo en rápido crecimiento.

Los sindicatos deberán probar en los lugares de trabajo que el logro de las aspiraciones de los trabajadores/as y el éxito de la empresa son inseparables y será en el lugar de trabajo donde los sindicatos puedan demostrar el valor de dicha asociación para responder al desafío que plantea el cambio en la empresa. La CIOSL tiene un importante objetivo para los años venideros que consiste en garantizar que se acepte de manera universal el derecho fundamental de afiliarse a un sindicato y de negociar de manera colectiva con el empleador, como piedra angular de la política de un país para un cambio económico positivo.

Tales cambios en el lugar de trabajo están teniendo un inmenso impacto sobre los trabajadores/as que recurren a sus sindicatos para diseñar nuevos métodos de negociación a fin de abordar los nuevos problemas y oportunidades que éstos crean. Por una parte, el pasar de empleos estandarizados y simples a procesos que permiten que los trabajadores asuman más responsabilidad por los productos o servicios que vende la empresa, abre una posibilidad de trabajos más interesantes y satisfactorios. Por otra parte, tales empleos suelen ser relativamente reducidos en número y muchos trabajadores/as se ven obligados a aceptar contratos a corto plazo, muy inseguros de pequeños abastecedores de servicios. Por su parte, los trabajadores/as en el sector público, debido a la creciente presión sobre los presupuestos gubernamentales, se ven confrontados con problemáticas muy similares respecto a cómo rediseñar empleos a fin de impartir servicios de mejor calidad, tratando, al mismo tiempo, de resolver la inseguridad provocada por la subcontratación y la privatización.

Algunos sindicatos han podido negociar convenios colectivos de un nuevo estilo adaptado a una filosofía patronal de participación obrera en una amplia gama de temas

que puede incluir el diseño del sistema de trabajo e incluso las relaciones con la clientela. No obstante, tales acuerdos tienden a cubrir un grupo cada vez menor de un núcleo de trabajadores en unas cuantas empresas importantes, dejando a los sindicatos la difícil tarea de tratar de organizar y suministrar un servicio cada vez más individualizado a grandes cantidades de trabajadores/as dispersos en pequeñas empresas de servicios. Además, el «desdoblamiento» de la patronal ha resultado en grandes cambios en la forma en la cual las empresas toman decisiones, lo que hace más difícil para los sindicatos ubicar a los patrones apropiados para negociar en una maraña de subsidiarias interconectadas, a menudo esparcidas por todo el mundo.

El fenómeno de la mundialización está cambiando totalmente la estructura de las relaciones contractuales de los trabajadores con sus empleadores en formas muy distintas. Asimismo, está cambiando el papel del estado y por ende las relaciones tripartitas entre gobierno, empleadores y sindicatos. En consecuencia los sindicatos se enfrentan al desafío de encontrar nuevas formas de influenciar y modelar el nuevo entorno internacional que afecta al mercado laboral y nuevas formas de negociación con empleadores nada interesados en los convenios colectivos ordinarios que corresponden a sistemas estandarizados de producción.

No obstante, una característica básica de la mala división global del trabajo sigue inmutable. Todo trabajador sigue en una situación de considerable desventaja en su relación con un empleador, a menos que pueda contar con el apoyo colectivo de otros trabajadores por conducto de un sindicato. Muchas empresas reconocen que este desequilibrio de poder socava la relación de confianza y cooperación esencial para el nuevo sistema de organización de trabajo y planificación estratégica necesarios para el éxito en un mercado mundial competitivo. Otros temen que el control empresarial se diluya o no están dispuestos a emprender la

inversión a largo plazo para cambiar las prácticas administrativas que requiere un enfoque genuino del «trabajo en equipo».

La negociación colectiva implica elementos de conflicto y de cooperación. Los intereses de los empleadores y de los empleados son distintos y aunque los sindicatos prefieren evitar disputas siempre están listo para un combate. Los sindicatos y muchas empresas además saben que las formas más efectivas de cooperación obrero-patronal son aquellas desarrolladas entre un sindicato fuerte y una administración innovadora, ambos comprometidos a un éxito a largo plazo de la empresa. El derecho humano básico a afiliarse a un sindicato y a negociar a través suyo por una compensación justa del trabajo es entonces una piedra fundamental de la competición constructiva en el mercado mundial. Uno de los principales nuevos desafíos con los cuales se enfrenta el movimiento sindical es asegurar el protagonismo de los sindicatos en el lugar de trabajo en el marco de reglas establecidas por los gobiernos para el funcionamiento de la economía mundial.

#### COMPROMISOS DE LA CUMBRE MUNDIAL SOBRE DESARROLLO SOCIAL DE LAS NACIONES UNIDAS

##### *Compromiso 1*

Nos comprometemos a crear un entorno económico, político, social, cultural y jurídico, que permita el logro del desarrollo social.

##### *Compromiso 2*

Nos comprometemos, como imperativo ético, social, político y económico de la humanidad, a lograr el objetivo de erradicar la pobreza en el mundo mediante una acción nacional enérgica y la cooperación internacional.

##### *Compromiso 3*

Nos comprometemos a promover el objetivo del pleno empleo como prioridad básica de nuestras políticas económicas y sociales.

*Compromiso 4*

Nos comprometemos a promover la integración social fomentando sociedades estables, seguras y justas y basadas en la promoción y protección de todos los derechos humanos, así como en la no discriminación, la tolerancia, el respeto de la diversidad, la igualdad de oportunidades, la solidaridad, la seguridad y la participación de todas las personas, incluidos los grupos y las personas desfavorecidos y vulnerables.

*Compromiso 5*

Nos comprometemos a promover el pleno respeto de la dignidad humana y lograr la igualdad y la equidad entre hombres y mujeres.

*Compromiso 6*

Nos comprometemos a promover y lograr los objetivos del acceso universal y equitativo a una educación de calidad, el nivel más alto posible de salud física y mental y el acceso de todas las personas a la atención primaria de la salud.

*Compromiso 7*

Nos comprometemos a acelerar el desarrollo económico, social y humano de África y de los países menos adelantados.

*Compromiso 8*

Nos comprometemos a asegurar por que los programas de ajuste estructural que se acuerden incluyan objetivos de desarrollo social, en particular, la erradicación de la pobreza, la generación de empleo pleno y productivo y la promoción de la integración social.

*Compromiso 9*

Nos comprometemos a aumentar sustancialmente o utilizar con mayor eficacia los recursos asignados al desarrollo social.

*Compromiso 10*

Nos comprometemos a mejorar y fortalecer con espíritu de coparticipación, el marco de la cooperación internacional, regional y subregional para el desarrollo social.

*Fuente: Naciones Unidas*













